



VÉRTICE



VITALIDAD

A-384

DW

Brazos fuertes y cerebros geniales del Viejo Continente crean, en beneficio del mundo, las más trascendentales obras.

Esta vitalidad de los Estados Europeos asegura asimismo la VIDA PROPIA de la

NUEVA EUROPA CONTINENTAL

SUMARIO

PORTADA. Grabado de la colección iconográfica de Mutis.

DIBUJO, BENJAMÍN PALENCIA.

PRESENTACION, RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS.

LAS CIENCIAS NATURALES EN EL AMBITO DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS, JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN.

METAFISICA DE LA FLOR, EUGENIO D'ORS.

ORQUIDEAS.

MIS FLORES, CONCHA ESPINA.

ELOGIO DEL HOMBRE ATENTO, ANTONIO MARICHALAR.

LAS FLORES DEL CAMPO, AZORÍN.

LAS FLORES DEL MUSEO DEL PRADO, SÁNCHEZ CANTÓN.

TRES DESTINOS MUSICALES, FEDERICO SOPEÑA.

LA FLOR EN EL RETRATO.

BOTANICA FARMACEUTICA.

LOS BOTANICOS Y NUESTRA FLORA, DUCERE.

GRABADOS DE LA COLECCION ICONOGRAFICA DE MUTIS.

ROSA DE LIMA, VÍCTOR DE LA SERNA.

ANALES DEL JARDIN BOTANICO DE MADRID, PEDRO MOURLANE MICHELENA.

CAROLUS LINNAEUS, AEMILIUS.

LAS FLORES EN LA SAGRADA LITURGIA, FRAY RAMIRO DE PINEDO.

FORMAS ELEMENTALES DEL ARTE.

CARLOS PAU ESPAÑOL, IBERDENSIS PERIANTHOS.

BIOLOGIA FLORAL.

MORFOLOGIA FLORAL.

AMIGOS, PERMITIDME CANTAR LA BERZA, GIMÉNEZ CABALLERO.

FLORES EN LA HERALDICA, EL MARQUÉS DE LOZOYA.

FLORES EN LA POESIA, JOSÉ MARÍA DE COSSÍO.

GERANEOS, GERARDO DIEGO.

ROMANCE A UNA BELLA MANO JARDINERA, ADRIANO DEL VALLE

JAZMINES, JOSÉ MARÍA PEMÁN

LA FLOR EN LA VIDA MUNDANA, ALMAGRO SAN MARTÍN.

LA FLOR EN LA CALLE, FELIPE SASSONE.

PRIMAVERA DE FLORES ARABES, EMILIO GARCÍA GÓMEZ.

FLORA HISPANICA, S. DE LINIERS.

PLANTAS SECAS, PROFESOR EMILIO GUINEA.

ESQUEMA BOTANICO.

INSTITUTO BOTANICO DE BARCELONA, ANTONIO DE BOLÓS.

JARDIN BOTANICO DE BLANES.

MARIMURTRA, DRYAS.

LA FLOR, PROBLEMA CIENTIFICO, EMILIO GUINEA.

LOS CULTIVOS MEDICINALES EN LA CASA DE CAMPO, MANUEL MADUEÑO.

FOLKLORE DE LAS FLORES EN EL ADORNO ESPAÑOL, NIEVES DE HOYOS.

ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA.

DIRECTOR: JOSE MARIA ALFARO

DIRECCIÓN ARTÍSTICA: A. T. C.

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN:

ALFONSO XII. TELÉFONO 14491. - ADMINISTRACIÓN, CARRETAS, 10. TELÉFONO 24730. - MADRID
IMPRESO EN GRÁFICAS ESPAÑOLAS, MADRID, Y TALLERES OFFSET, SAN SEBASTIAN

PRECIO: 10 PESETAS





uestro número de Año Nuevo ha elegido en la flor un tema natural e innumerable y una de las dos o tres imágenes más bellas entre cuantas hayan servido a los ojos y al entendimiento del hombre. Así, apenas hay un solo aspecto de la sociabilidad o la cultura donde la flor no esté como presencia o como figura.

Las flores vuelven siempre porque siempre se van. Son fugaces por lo mismo que son permanentes, como resucitan porque viven y mueren. El juego del amor es siempre el mismo. A las flores se las ha llorado demasiado, con lágrimas cristianas o gentiles, poéticas o filosóficas, acaso porque, como dice el poeta, «ama poco quien no ama demasiado». Y ellas han sabido hacerse amar. Todo pasa como las flores. Y, también, todo queda. Como ellas, pasan las espigas o los ganados, y, sin embargo, no han servido nunca de pretexto para decir «vanidad de vanidades», «sic transit gloria mundi», etc., etc. Esto, se les pondera tanto, por su belleza conmovedora, desintere-

sada y fragante, no porque sean más fugitivas que las otras cosas mortales. Por cada flor que muere, nace un fruto y muchas semillas. En realidad, no hay para llorar demasiado, y siempre vendrá la primavera.

Es precisamente en esta época del año cuando más nos faltan, y así tendrá este número de VERTICE la poesía amorosa de la ausencia, pues ellas, las flores, también se hacen querer más y mejor cuando no están. Lo que más nos han dado—de la preparación microscópica a la poesía mística—son representaciones del amor, porque amar—sobre todo, en aquel sentido de «*intelletto d'amore*»—no es sino establecer—o restablecer—una especie de vertical divina, casi de vertical perfumada, entre las cosas terrenales y las celestes. Cuando percibimos esta relación, amamos. Toda la clásica interpretación de la flor no es sino esto: los prados floridos emulan la gloria de los cielos. La tierra no es sino femenino y nutrición. Los luceros viriles hacen nacer las flores con su virtud, y así tuvieron, en la magia, la suerte de los astros: flores de Venus, de la Luna, del Sol, de Marte, de Saturno. En la Botánica de hoy, todavía se ven signos iguales a los de los horóscopos antiguos. Y, según esta remota ilusión, el mapa de la «Flora Hispánica», que publicamos en este número, no sería sino un espejo o un reflejo de nuestro plano astral y el horóscopo en flores de nuestras Españas: el Destino.

Dante hizo una flor de Beatriz porque la amó de verdad como flor de las flores de Florencia, estableciendo la relación que ella tenía con los altos cielos y, luego, fué sublimando esta relación de tal manera que la que en los números «nueves» de «la Vida Nueva» se eleva, sobre la astrología, en el Paraíso de la «Divina Comedia», es ya la Teología. Así, dijo también, de la Virgen Santísima, San Francisco de Sales: «María, como flor, ha nacido de la tierra de nuestra humanidad»... «Como flor, porque era la criatura en quien directamente se había cumplido el amor del cielo y de la tierra: «Rosa Mystica». Todos los laudes a María se refiere a la derecha, a la vertical y al perfume; así, es derecha como la palma, el plátano o el ciprés, y olorosa como la rosa o como el cinamomo. Es la flor que se erige bajo la estrella y nos arrastra al cielo con su aroma. En torno a esta línea, a este eje de la flor erigida, como en torno al huso platónico, pueden girar con diversas velocidades colores, sentidos y sonidos, todos los círculos del amor y el espíritu, para componer la armonía. Por eso, el tema de la flor es el tema innumerable y armonioso de la naturaleza y de la gracia.

Y bello es—y simbólico parezca—que nuestra tierra madre de España sea, entre todas las de Europa, la más rica y varia de flores; aquella que al naturalista extranjero, que venía una vez por el mar, se anunciaba en la noche de primavera, desde varias millas, al largo, con su perfume. Así, nos sea dulce morir, en olor de Patria, cuando sus orillas dejemos.

También hemos querido aquí recoger una tradición española, que es ilustre en el orden de la ciencia botánica, no sólo por lo que se refiere a la hispánica flora, sino también por lo mucho que trajimos a Europa de las Indias Occidentales y Oceanía, y lo mucho que allá llevamos, los primeros, de propia y europea o asiática semilla, con el trigo y la rosa. Y, con esto, hemos querido juntar en estas páginas algo de nuestra bella antología poética y pictórica de la flor, en versos, cuadros, bordados y tapices, y aun quisiéramos haber llegado a todo, del florón de oro de los libros a las rosas de piedra de las catedrales...

Y, también, lo que es la flor en la liturgia de nuestros templos y en la obra viva del Estado. Nuestros ministros de Agricultura y Educación han honrado nuestras páginas con este objeto, bajo el signo de aquellas Cinco Rosas, que ofrecemos, sobre la losa de José Antonio, Ara Máxima de nuestra Falange. El camarada Ibáñez Martín ha querido darnos una alegre primicia con el anuncio de la publicación de la «Flora Hispánica». La primera vez que hablé con el Caudillo de este empeño, que será honor del Régimen, fué con ocasión de haber ido, entrada la noche, a pedirle una gracia de indulto. Y mientras el Caudillo esperaba, que se confirmasen noticias y órdenes para que la ejecución se interrumpiera, hablamos un poco de las flores de España. Pero cuando salí, después de las diez, él me había dado, y no por la primera vez, una flor invisible, maravillosa, que llevé apretada contra el pecho, de prisa, a la celda de una cárcel. Era la flor verdaderamente imperial, entre todas las flores imperiales, la que desde los siglos había perfumado el mundo: la piedad.

RAFAEL SANCHEZ MAZAS

(De la Real Academia Española)



LAS CIENCIAS NATURALES

EN EL AMBITO

DEL CONSEJO DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Por el Excmo. Sr. D. JOSE IBAÑEZ MARTÍN
MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

No solamente por razones científicas y de desarrollo actual, sino además por motivos de coyuntura con el revivir histórico que hoy levanta a España, la obra del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en la zona de Ciencias Naturales tenía que caracterizarse por un hondo sentido dinámico. A nuestra España no podía satisfacer la consideración de la Naturaleza como gigantesco y desvaído depósito de objetos naturales, de los que los más bellos ejemplares se concentran y estabilizan en colecciones sistematizadas, y el Consejo rector de la investigación científica tenía que alumbrar Institutos vivos y especializados, órganos funcionales de los diversos y amplísimos problemas que alberga el estudio de la Naturaleza, proyectados en muy variados aspectos.

Y así, tras dilatar el Instituto "Ramón y Cajal" a la extensión de las investigaciones biológicas — siguiendo el pensamiento de su genial titular— y de constituir el Instituto "José de Acosta", sobre la base principal del Museo Nacional de Ciencias Naturales, se estableció una Sección de Petrografía en Barcelona, próxima a otras ampliaciones, se impulsó el Jardín Botánico, cuya vitalidad ascendente está plasmada en su nueva publicación, "Anales del Jardín Botánico", solicitada desde diversos países, y se crearon nuevos Institutos: de Geofísica, "ciencia novísima que trata de descubrir el secreto de la constitución interna de la tierra y aspira a fijar la situación de las riquezas subterráneas" (Decreto de 24 de febrero de 1941); de Entomología, "justificado científica y económicamente por la magnitud y el interés excepcionales de este grupo de seres naturales que sustraen anualmente a nuestra riqueza natural cientos de millones de pesetas" (Decreto de 10 de marzo de 1941); de Parasitología, "cuyo estudio impulsan todos los países, porque de él se derivan dilatadas y complejas consecuencias que son decisivo beneficio de la salud individual y social y de la economía pública, principalmente en su aspecto rural" (Decreto de 11 de mayo de 1942); de Edafología, Ecología y Fisiología Vegetal, dedicado al suelo y a la vida vegetal, a este "enlace constituido por los materiales geológicos y biológicos, transformado y mezclado en la formación del suelo, y base de aquella nutrición mineral que es soporte y condición del desarrollo de las plantas" (Decreto de 11 de mayo de 1942); "José Celestino Mutis", de Farmacognosia, a cuyos estudios, de gloriosa tradición, "únense la hoy acentuada utilidad de la producción que suministran las plantas llamadas medicinales e industriales y la dilatada amplitud de las condiciones que ofrece el medio español, cuya variedad de climas y tierras le proporciona riquísima aptitud para el desarrollo de la producción indígena y para ensayos y aclimataciones de cultivos exóticos" (Decreto de 11 de mayo de 1942). Acaba de crearse la Estación de Estudios Pirenaicos, dedicada a aquella zona, "rica en magnificencias e interrogantes", suscitadora de problemas variadísimos que "han llegado a perfilar cada vez con más justeza cauces de trabajo que tienen como común objetivo el Pirineo" (Orden de 10 de octubre de 1942). La incorporación al Consejo del Instituto de Estudios Canarios implica la extensión de la actividad del Instituto a los demás sectores de la investigación, especialmente a "la consideración de la naturaleza física y del desarrollo biológico de las Islas, en las que interfieren condiciones óptimas para alcanzar riquezas y bellezas de fertilísimo paraíso" (Decreto de 10 de noviembre de 1942).

Este es el afán del Consejo por el desarrollo de las Ciencias Naturales.

La predilección manifestada por la Botánica es una deuda, ya que ella le ha prestado escudo y símbolo con el Arbol de la Ciencia. La vida del Consejo marcha calcada sobre ese modelo de crecimiento: arraigo, fortaleza, amplitud, fecundidad.

Y así el Consejo, en servicio de la Ciencia Botánica, va a acometer la magna empresa de la publicación de la "Flora Nacional", archivo impresionante de nuestra riqueza florística, monumento a la gloria de nuestros botánicos y afirmación firmísima de esta voluntad de trabajo investigador en que se funden la pasión por España y el servicio de la Ciencia. Sólo con tan altas empresas justifica el Consejo la protección continua y vigilante, la atención impulsora, firme, decisiva, que recibe del Caudillo de España.

METAFISICA DE LA FLOR

Por EUGENIO D'ORS

(De la Real Academia Española)

Otto Weininger, que no falta quien juzgue el alemán de mayor genio que haya existido después de Nietzsche, quiso entender por Metafísica muy otra cosa que los profesores de la asignatura. Según éstos, la Metafísica se encarga directamente con el ser, con lo abstracto del ser; y, sobre esta abstracción, elucubra, Weininger, en la misma apariencia formal, en lo concreto de las cosas que nos rodean, en la irreductible pluralidad de los objetos que componen el mundo, en la flor, el lucero, la fuente, la copa y el vals vienés, descubría la presencia de un contenido simbólico, que se derrama de la estrechez de esta concreción y se vierte a campos vastísimos de generalidad... La manera de metafísica que aquí intentamos es la de Weininger.



Llena de sorpresas. Empecemos por un descubrimiento suyo, donde se encuentran derrumbados todos nuestros anteriores saberes de Botánica. No en la guisa libre del poeta, sino siempre con austeridades rigurosas de filósofo, lanza el nuestro la afirmación de que todas las flores, cualquiera que sea su forma, a cualquier planta a que pertenezca, son femeninas. Quédase allí lo masculino para el tronco o el tallo. Sin que nos estorben los detalles, más o menos científicos, de la anatomía y la fisiología vegetales. Haciendo ahora tabla rasa de cualquier saber empírico o experi-sobre especies estambríferas u ovulíferas, monoclinas o diclinas; sobre cualquier especialidad fecundadora o gastadora o cualquier sobre especies estambríferas u ovulíferas, monoclinas o diclinas; duplicidad hermafrodita, o andrógina, de los órganos florales de reproducción.



En aquella feminidad acompañan, según nuestra metafísica, a las flores, el ligero y circular baile de Viena, ya citado (y, de creer a Weininger, todo Viena); la estrella también, y no recuerdo ahora si la copa o la fuente. No empee que, a la segunda, hayamos, hace un instante, designado con una palabra que es en castellano gramaticalmente masculina: en alemán, el obstáculo resulta peor... Y, a propósito, recordemos aquí otra sorpresa, que sigue a nosotros turbándonos siempre, desde aquel día, cuando nuestro primer aprendizaje de la lengua de Walter von der Vogelweide, de Goethe y de Stefan George, en que nos hallamos con un sol perteneciente al género femenino —“die Sonne”—y con el masculino “der Mond”—“la Luna”...—¿Cómo acostumbrarnos nosotros a esto? ¿Cómo los mismos alemanes han podido aquí prescindir del gran acervo y juego copioso de asociaciones, metáforas, figuraciones y mitos, ligados a la sensación del fuego y de la fuerza de Febo, a la palidez, y hasta la castidad, de Diana? ¿Concebimos que sea una mujer quien conduzca la cuadriga frenética de la luz; un varón, quien capitaneé a las amazonas? ¿Nos dejaremos despertar y empujar al trabajo y a la guerra por una caricia, nos daremos a dormir por el golpe de una lanza de resplandor? Hay un misterio aquí, no disipado por las consideraciones que pueden hacerse sobre la convencionalidad del género

gramatical atribuido a los vocablos. Ni el ayuno de humanidades, ni siquiera el ciego, deja entre nosotros de sentir semejante inversión como una paradoja.



A lo de una atribución uniforme de feminidad en las flores, nuestra imaginación repugna menos, ciertamente. Luces de cultura pueden aquí ayudarnos a superar conocimientos sobre natura. Vamos a ver, culturalmente hablando, ¿qué nos dicen ahí aquellas definiciones esenciales, donde la ley de lo viril es captada más allá de cualquier precisión sexual mezquina, y análogamente, la definición de lo mujeril? Nos dicen que la ley de lo uno es el trabajo; la de lo otro, el amor. Recuérdese la doble condenación bíblica. A él: “ganarás el pan con el sudor de tu frente”; a ella: “darás la vida a tus hijos en el dolor”. Por la fatiga de las manos de Adán, la vida se nutre; por la de las entrañas de Eva, se perpetúa. Cometido del hombre, la producción de las cosas; cometido de la mujer, la generación de otros seres humanos. Y, para cada uno, en la condena, el honor. Vergüenza para el poltrón, a su ley no obediente. Vergüenza para la higuera maldita, que da sombra y no fruto.



Ahora, si en el tronco o en el tallo se cumple la nutrición de la planta, su flor se consagra a la función reproductora. La primacía del amor feminiza todo aquello en que se instala. ¿No se ha advertido ya, por tantos tratadistas, cómo, a última hora, les han salido a esos temas, con qué generalidad el arquetipo del mismo “Don Juan”, del hombre de amor, corresponde a organizaciones feminoides? Virago, recíprocamente, la Diosa de la guerra; Virago, la virgen cazadora, mutilada de un pecho. Por el “Ewig-weibliche” goethiano, por el Eterno Femenino, no hay que entender una alusión galante cualquiera. Hay que entender, fieles al sentido, según el cual venimos conduciendo nuestra simbólica investigación, una verdadera entidad metafísica. Paralelamente, tendremos derecho a hablar de un Eterno Viril. Manifestaciones de cuya imperturbable realidad son, ahora ya lejos de las Gretchen absolutorias y de los Don Juan irresponsables. Prometeo el encadenado y Jacob, que lucha inclusive con un Ángel, para darle un alma y una misión a un pueblo entero, cuyo responsable, cuyo Padre, será él...



Anegue Don Juan una rosa en la copa de su festín. Rompa en lirios la vara del Casto, a quien el Espíritu dispensó de ser Padre. El vicio y la virtud se colocan aquí bajo análoga enseña vegetal. Para corona del guerrero o del artista, cortad más bien en su rama el laurel o el roble... Secretamente, si acaso, en la media luz conclusa, y doméstica, el héroe se embriagará, una hora única, en el perfume de las violetas o en la caricia de la mujer. Y, ante la feminidad rendida—acordémonos siempre, en cifra y figura, del cuadro de aquel Correggio—, a la vez que tienda a la Magdalena una mano de ternura, donde se humedece una especulación metafísica, sentenciará férreamente aquel “Noli me tangere”, despectivo de otros olores que los de la sangre o los del mar.



Paphiopedilum Curtianum



Stapelia variegata

Foto. Else Hupper

MIS FLORES

Por CONCHA ESPINA

Así titulé yo, ansiosamente, el primer libro de mi vida con alta fiebre de versos y de jardines, que ya me acreditaba de codiciosa en punto a cosechar rimas y perfumes. Y era en los años adolescentes, más bien propicios a la cosecha de novios y de vanidades.

Pues sí, ya entonces eran míos todos los vergeles de nuestro septentrión, toda la mies florida de nuestro litoral. Y que no son poco fecundos, en belleza campestre, aquellos pagos norteños. Un gran poeta, como tal galante y generoso, prologó «Mis flores», haciéndome creer que, en efecto, era yo dueña y señora de todos los caminos montañoses, donde la lluvia y el sol producían un capullo que en aquel terreno siempre da el resultado exquisito de un aroma.

Desde aquellos días lejanos desaté yo mi ambición jardinera por montañas y arenales, por bosques, riscos y cantiles, hasta por los helgueros y los páramos donde nunca falta un brote salvaje, oloroso y gentil.

Diríase que el suelo de mi tierra es el mejor del mundo para flores, como si la humedad tuviera allí el don fecundo de las lágrimas, el hechizo de un llanto que produce belleza. Y dondequiera que habite una grana telúrica, en el monte, en la roca, en el erial, allí tenemos un arbusto, una florecilla silvestre, una planta medicinal: genciana, malvavisco, líquen, arándano, romero, saúco y tantas más en las cuales se pierde la memoria como en una selva de tributos para la vista, el olfato y la salud.

Por tales veredas anduve, empinada y curiosa cientos de veces; y otras muchas en miles de horas por aquellos maravillosos parques, ya civiles y todavía muy agrestes, donde se desborda toda la hermosura de una incomparable vegetación.

Así, por ejemplo, el jardín asturiano que se llama del Príncipe y que bien se pudiera llamar del Rey o del Emperador. Tienen allí los árboles copas de flores en las ramas; flecos de enredaderas y vilortos; mantos de jazmines; túnicas de clemátides; porción de todas las parasitarias vivientes en aquella lujuria forestal. Alamos, pinos, laureles, encinas, abedules, ayucos, fresnos, cuantas raíces vegetales se clavan en la tierra húmeda del Norte, gozan una espléndida floración en el real sitio de Covadonga, que es un bosque natural por más que se engalane con macizos cultivados y se encinte de geranios, marilindos, celindas, hortensias, campánulas, mirabeles, gran copia de flores sativas y de muchas otras montaraces.

Hasta la horcadura de los troncos, hasta lo sumo de las quimas ingentes, llegan tentáculos, botones, melenas y racimos de esta bravía explosión que sube por todo aquel Parque Nacional saturada de esencias, desde los calderones siniestros de la vaguada a los costillares luminosos de los Picos de Europa.

Y vamos a descender hasta la costa cantábrica, junto a la llanura marinera, a este sitio solitario que se conoce por Oriñón, con resones de grande orilla, envuelta en el latido inmenso de las olas. Pues aquí está una playa sin veraneantes... ¡Qué delicia! Se extiende al abrigo de dos montes laterales, abierta al mar por una ancha boca azul que participa mucho del cielo, y llena de lirios olorosos, profusos, insurgentes entre los nácares de la arena, entre las joyas finamente labradas por el hervor de las espumas, odorantes a sales y a yodo, preciosas flores de la mar.

Inolvidables lirios aquellos; tanto abundan, agazapados en el arenal, que se puede uno dormir en su colchón transido de aromas, blando y dulce como los sueños mejores de la niñez. En menos cantidad los había yo recogido en la playa de Comillas,

Pero, ¡ay!, en aquel balneario no es tan fácil encontrar una suave almohada de capullos para la siesta, pues aunque no muy populoso, afortunadamente, lo es bastante para que un poeta logre soñar en su florido remanso. Otros hay en mi costa más señeros y también con el natural adorno de los lirios; pero ninguno como el remanso de Oriñón, entre Bilbao y Santander, confines todavía de la Montaña.



A lo largo de la América española, también son las flores mías, ¡ya lo creo! Yo las busqué allí con devoción excepcional, con ánimo orgulloso de sembradora, porque fueron mis antepasadas, las infanzonas de Castilla, quienes llevaron a los ultramares españoles suerte de las semillas más selectas del mundo en plantas olorosas y floridas; quienes allí las cultivaron, en una primera generación y les dieron nombre en nuestro idioma imperial. Y todo un tratado inagotable de botánica aprendí en América: para mi repertorio jardinero, aquel archivo único y personal que teníamos algunos escritores hecho a través de mares y tierras, perdido aquí en unos días de ferocidad comunista.

De un modo singular yo había recogido en la América hispana la tradición y el origen de la cosa española, y era un tesoro de mi corazón en aquella ingente mies de volumen esencial, de inefable peso histórico.

Por eso, sin duda obediente al designio de dar a mi «espina» punzadora siempre una flor, un día planté por mi mano una glicinia, al pie de la solana familiar, en un pueblo insignificante, quieto a la sombra de un monte encima de un río.

Pasaron los años sobre la inocente plantación y mi única propiedad inmueble, mi sola herencia y mi solo refugio solariego se convirtió en un árbol de flores, un ejemplar ya célebre en la comarca, un tronco robusto que sube y se desdobra con espesa ramazón en torno al edificio como un brazaete formidable, lleno de racimos fragantes y azules, una multitud de panojas que se inclinan, como para ofrecerse, alrededor de las cuatro fachadas, y se asoman a cada aposento por todos sus huecos exteriores, llamando a los cristales si están cerrados, ciñendo la casa con su bosque de hojas y de perfumes con la agitación del viento y de los pájaros. La casona ha desaparecido; allí no hay más que un gigantesco árbol de flores, una maravillosa cortina de susurros y de cantares, también de sordas plegarias.

La gente se detiene en el silencioso camino de Luzmela para ver la glicinia más hermosa del país, donde las hay magníficas.

Mi selva tutelar se deshoja durante los días invernales para que entre el sol a calentar la casa y para que la luna de enero baje a posar su medallón romántico en las habitaciones. Pero mi árbol nunca se desflora, sino que al desnudarse de sus ramas nutre y aprieta más sus colgantes azules a porfía con el cierzo y la nieve, intrépidos contra las inclemencias de la invernada. Entonces la vivienda antañona descubre una parte de su blancura solemne bajo el cinturón glauco de la glicinia. Desde el próximo jardín suben a enlazarse con los celestes corimbos las idílicas madre selvas, «lámparas de Jerusalén», por un religioso antecedente. Yo recibo en todo tiempo el homenaje de mi huerto pensil como una recompensa a la consagración que a las flores hizo siempre mi arte.

(Continúa en la página 100)



ELOGIO DEL H

MUTIS CON A

Por ANTONIO

atrincherado frente a él. Pero está atento, igualmente, al pájaro, al insecto, a la planta, a la piedra misma. Un día, es el 29 de marzo de 1940, amanece buen sol entre los árboles: "Rehm llega el primero, como siempre; me salta y deja en mi mesa flores y naranjas... Después del alnuerzo voy hacia los álamos, donde me aguarda mi Compañía, en posición de firme, mientras el trompeta lanza su bienvenida. El jefe, suboficial Fassbinder, me entrega una botella de vino tinto, a cuyo cuello viene sujeto un ramo de violetas". Diríase que, como la Naturaleza, florece junto a ella, desasida, el alma germana. Esta lectura trae a mi memoria un letrero; lo ví un día, no lejano, a la entrada del Parque de Munich: "Hoy florecen los nenúfares", decía.

Durante toda la ocupación, Junger cumple escrupulosamente sus deberes militares. Gana una cruz de hierro. Mas esto no le impide herborizar, descubrir conchas y atisbar alimañas. El día que se firma el armisticio—y aun no ha cesado el avance—lo celebra poniendo en orden su recolección. Y hasta se extiende en algunas reflexiones acerca de esta afición suya, que no pocos de sus allegados toman por manía. No obstante, él la explica como una vocación; y si le asiste la serenidad precisa para proseguir esa minuciosa tarea entre los más grandes peligros, es porque, en cierto modo, a él "no le basta el alfabeto". Necesita—nos dice—una escritura, únicamente comparable a la egipcia o a la china, con sus cien mil ideogramas, y por eso adoptó ésta, que es, para él, un modo de penetrar más profundamente, a través de la ciencia, en la Naturaleza. ¿Mas no habría, en rigor, que preguntarse si lo que el hombre busca, siempre, no es eso: un abecedario? Todo tiende a encontrar una clave con la cual pueda hacerse descifrabable el misterio que nos rodea.

Al bajar por la feria de libros, una cubierta—sepia tostada—me da la respuesta. En ella un trenzado de orlas y cartelas, hojas, ramilletes y caligrafías, donde las letras inclinadas se enlazan con ramajes rústicos sobre la enredadera de un arabesco. El todo dice: *El lenguaje de las flores*, por Florencio Jazmín, 1878. Viene seguido de algunas indicaciones acerca del lenguaje del pañuelo y del abanico, y hasta de las frutas y piedras preciosas. Es el tratado de una época en que todo tenía que decir algo, aunque no siempre tuviera algo que decir: el tallo, el tallo, el ademán, los guantes, etc. Y no es un libro baladí. No hay razón para que el lingüista desdeñe este lenguaje y se interese por el de las banderas, v. gr. Tanto más que se halla muy cerca del signo convencional y lejos del sonido; significa, sin elevar la voz, y es muy del tiempo aquel en que algunos románticos interpretaban, para sí, un nocturno sobre teclado mudo.

Hojeando estas páginas damos con la clave. Hemos perdido hoy, quizá, capacidad de atención. Entonces no sólo el nombre y el color de las flores hablan a los expertos; su posición y su distribución explican, en el ramo completo, la frase más complicada del repertorio sensible.

En el libro se sigue, claro está, un estilo afín. Así, dice: "Las flores se han empleado de tres maneras, a saber: trópica, enigmática y homónimamente... Hase hablado ya de lo que toca al



ac la tarde en el Retiro. El sol—ya herido—alcanza con su estocada al Parterre en el corazón. Por entre troncos verdinegros, afelpados—"de ese color cabeza de etiope", como acertaron a llamarlo nuestros mayores—, alumbran chorros de oro y fulgores de ocre. Un seto verde, vivo, se resiste al Otoño; hay una rama de laurel que—Dafne esquiva—se humaniza perseguida por el último sol. Ya el frío empieza a amoratar la carne de un puñado de rosas: la punta del espino se ha quedado temblando porque ese pajarillo la dejó...

Vine leyendo un libro. Es de Junger: *El Diario* de su entrada en Francia como oficial del Ejército alemán. Pero, antes de ser soldado era, además de escritor, botánico. El día que le notifican la movilización, anota cómo interrumpe la lectura de Herodoto para adquirir alcanfor y resguardar, por algún tiempo, sus colecciones. Luego hará esta obligada reflexión: la indiferencia de la Naturaleza, que sigue su curso. Iniciada la campaña, *El Diario* ya no habla de simientes ni de cultivos de esta o aquella leguminosa.

Aparecen los elementos bélicos. El escritor está en una chabola y observa a la Naturaleza lo mismo que observa al enemigo

LIBRE ATENTO

FLOR

AR

análisis; digamos algo de la sintaxis". Pues la selva es enmarañadísima y necesitamos una mano docta para salir de este laberinto. Hoy no entendemos tal lenguaje. ¿Pero es que reconocemos las flores? ¿Seríamos capaces de distinguir el *déjeme en paz* de las *buenas noches*, el *picaranto* de la *marimóna*, la *niña bonita* del *tártago* o del *monigote*? Cada flor tiene su mensaje, y éste es distinto cuando su perfume se complica con el de las otras. No basta que el rojo signifique ardor, y el verde, esperanza. La *dalia* encarnada dice "te amo"; el laurel, "ten valor"; el *miosotis*, "te recuerdo". Ajenjo es amargura, y acebo, melancolía; alhelí es fidelidad; girasol, alma voluble; anémona, celos, y boca de dragón, desconfianza. Hay infinitos acordes; así, la savia con laurel es "te idolatro"; la rosa y la amapola, "amor fugitivo"; el toronjil con lirio, "lástima"; la rosa con ciprés, "desengaño"; mirto y siempreviva, "constancia"; el tilo con verbena o durazno, "amor conyugal"; para decir "te quiero" se basta el *heliotropo* o el *sicomoro* por sí sólo.

El autor, luego de esclarecer el modo de hablar en presente o en condicional, o para expresarse en infinitivo, etc., construye oraciones complementarias. Y para ello sale al encerado. Si queremos decir: "yo te amo con amistad durable", ha de ser: "yo amo" (verbo en la primera persona del tiempo presente: una flor de mirto, abierta y sin hojas, acompañada en su base de una hoja suelta); "con amistad" (sustantivo: una rama de hiedra); "durable" (adjetivo: dos flores de coronilla silvestre con sus hojas); el pronombre "te" se suprime porque la oración se ha dirigido a otra persona únicamente. Y estos diferentes elementos del ramillete habrán de estar sujetos por una cinta blanca, signo de pureza, anudada en lazo para indicar que el todo forma sentido.

¡No eran tan inocentes las guirnaldas, que, con sutil candidez, trepaban por el busto de una doncella en los días del Romanticismo! Pero no nos es dada ya aquella mirada anhelante y redicha del galán que, desde el palco de enfrente, la devoraba con los ojos. Mas si se piensa que una misma flor puede tener significados distintos (el jazmín, siete, y la margarita, cinco, etc.), según su variedad, y que, en virtud de su posición, puede tenerlos opuestos (la flor derecha es "sí"; pero es "no" cuando está invertida), espanta suponer los fulminantes equívocos a que pudo, acaso, dar lugar un furtivo error o un fortuito empellón, sufrido en el aderezo, durante el baile...; mucho más en unos tiempos, cuya inmediata reacción era la del suicidio.

Divierte, en cambio, pensar que tamaños extremos eran, a su vez, puntuales adivinaciones de exactos esoterismos. La nostalgia trajo a la actualidad lenguajes pretéritos (el de las manos —de balcón a la calle—, el del abanico, el de los guantes, etc.) rezumantes de arcanos; y la atención obligada. Por eso es también, entonces, extremada la cortesía. Descifrar un lenguaje escondido requiere una dedicación absorta; es esa máxima atención que aplica el sabio jesuita ante el jeroglífico egipcio o el policía ante la contraseña del espía. Los primeros detectives se nos aparecieron armados de una lupa; dijéranse botánicos, y, a veces, escrutaban, en la suela del criminal, algún pistilo revelador que el fango había adherido.



Ya se han quedado atrás las hondas alamedas del Botánico. El valho de la tierra fermenta, con humos de hoguera, en una neblina densa. No se distinguen los letreros en la afonía del atardecer. De noche son todas las plantas iguales: la sensitiva, que descansa, ahora, libre de amenazas, y la mimética (la más romántica de todas ellas, por lo del "trágame tierra, que no me sienta").

La estatua de Cavanilles parece, repujada en plata, que hubiera atravesado el caído intercolumnio de Martínez, clásico del Romanticismo.

De un pabellón, al fondo, nos llega algún recuerdo conmovedor. Es el retrato de un anciano sacerdote, envuelto en sus pliegues talares; lleva una sonrisa en los labios y en la mano una flor.

Don Celestino Mutis, avezado en la cura de cuerpos y de las almas, posó, por este viejo, y por el nuevo, mundo, esas manos aportadoras de bálsamo y absolución. Vivió inclinado sobre el prójimo; atento al pétalo y al cáliz de la flor. Es una estampa del sosiego esa vida suya, dulce y tensa, en incesante esfuerzo de dedicación. Nos muestra una flor; nos invita a mirarla; y a recordar, acaso, el divino ademán de Jesucristo, mediado ya el Sermón de la Montaña, y la palabra firme y delicada que reúne la dispersa atención de una multitud rumorosa, disponiéndola de nuevo al recogimiento: *Considerate lilia agri...*

LAS FLORES DEL CAMPO

Por AZORIN

¿Qué nos dicen las flores del campo? ¿Son alegres o tristes? ¿Mitiga su contemplación nuestra iracundia cuando estamos alborotados? Las flores del campo son las incultas; no necesitan la mano del cultor para su nacimiento y propagación. De las ciudades y sus vorágines no quieren saber nada; les basta el aire libre y el azul o el gris de los cielos. No confundamos unas y otras flores silvestres; unas son las montaraces y otras las del llano. No juzguemos que ni la altitud ni el clima influyen en las flores del campo; cuando en las fragosidades del Guadarrama tenemos en la mano una morada flor de cantueso, no es lo mismo esa flor—ni en su coloración, ni en su olor, ni en su tamaño—que otra flor de cantueso cogida en Levante, después de haber descendido seiscientos metros y hallarnos próximos al Mediterráneo. Las flores montaraces no son, en realidad, ellas solas, con independencia de la planta, lo que estimamos; en nuestro aprovechamiento entran las ramas con sus hojas. La flor suele ser chiquita.

En las queiebras y laderas de los montes ya sabéis lo que podréis coger; están allí, entre sabinas, enebros y atochares—si continuamos en Levante—, el romero, el tomillo, el espliego o alhucema, el cantueso, el orégano. Todas estas plantas no viven para ellas mismas; rinden sus sabores y sus olores al hombre; su independencia es tan sólo aparente; del monte pasan a las cocinas. Como si no estuviéramos satisfechos de la docilidad de estas plantas, llevamos nuestra debelación hasta el punto de domesticar algunas de ellas. El tomillo, de silvestre, lo hacemos salsero, plantado y cultivado en los huertos. La trayectoria del tomillo, aunque en menos gloriosa escala, es la misma de todos estos panes. Trémos quieros decir, que, enhiestos, cimbreantes, mostrando sus pródidas espigas, han pasado, en un pretérito milenarío, desde la selvaticidad a la domesticidad suma.

¿Cómo hemos de abandonar laderas y quebradas sin tener un recuerdo para estas plantas, con sus flores, que en el caminar descuidado huellan nuestros pies y que luego el olor penetrante que nos han donado trasciende a la casa? Las abejas, sabias y silenciosas, aman las flores de todas estas plantas. El romero florece con florecitas azules. La bella poesía del clásico lo dice:

*Las flores del romero, niña Isabel,
hoy son flores azules; mañana serán hiel.*

El tomillo es inestimable; sus virtudes múltiples las conocen las amas hacendosas de casa. En Levante, el tomillo aliña esas aceitunas negrillas, llamadas del cuquillo, tan exquisitas y que en las mesas elegantes se desdennan. Del espliego, ¿cómo no hemos de acordarnos siempre con emoción? Si vivimos una pizca a lo antiguo, tendremos brasero en los días invernales; al echar una firma, como se dice, esparciremos en el rescoldo un puñado de espliego; la estancia olerá suave y sanamente. Y quien escribe estas líneas, ¿podrá no recordar el agua de lavanda que se usaba en los tiempos de su niñez? Todo un mundo de recuerdos infantiles gira en torno de ese vocablo; el término es francés y latino; del latín habrá pasado al francés. En las calles de París, en puestos establecidos transitoriamente, hemos comprado a vendedoras vestidas con trajes regionales, no ha muchos años, pomos de agua de lavanda y saquitos de espliego: espliego que venía, ya de los Pirineos, ya de los Alpes. ¿Y dónde dejamos al orégano? Lectores de Baltasar del Alcázar, al nombrar el orégano, viene a las mientes el negro y sabroso embutido que en el más popular de los romances, no el mejor, de Baltasar del Alcázar es encarecido.

En la cocina de la casa rústica o la casa del pueblo, se han puesto a sobreasar uno o dos palmos de ese mantenimiento: el fuego ha hecho que reviente y la casa se ha henchido de olor estimulante. Y en cuanto a lo espiritual, en la memoria tenemos el proverbio que con la planta de que hablamos se relaciona: *No todo el monte es orégano*. Palabras son éstas de cautela y discreción; cuando femos en algo, no entreguemos a la ilusión, a la promesa, a la esperanza, todo nuestro ánimo; reservemos para nuestra seguridad, para evitar el desengaño, un poco de recelo. En la vida el bien y el mal andan mezclados: *no todo el monte es orégano*.

Las flores propiamente del campo nos esperan. Lozanear esas flores, señaladamente, en las márgenes de los caminos, en las lindes de los bancales, en los ribazos, en los bordes de las acequias.

Son estas flores silvestres, espontáneas y libres, nuestras flores. Tenemos aquí la matricaria, el amargón, el jaramago, el

cardo borriquero, la retama, el gordolobo, la hierba de los por-dioseros, la amapola o ababol. Nos detenemos en nuestro paseo por el campo; en la soledad y en el silencio—con grata sedancia nerviosa—tenemos, sentados al borde del camino, al alcance de la mano, la roja flor de la amapola, con la pinta negra en la base del pétalo; las amarillas claras del jaramago y del guardalobo, la amarilla intensa del amargón, el azul del cardo en su forma de brocha de pintar. Nadie repara en estas flores, y nosotros nos sentimos atraídos por ellas; nos parece, a primera vista, que en su abandono estas flores ni sirven para el ornato ni para la utilidad. La apariencia nos engaña. Todas estas flores encierran propiedades curativas que han sido utilizadas; alguna de ellas, el amargón o diente de león, es comestible. De la matricaria o manzanilla no será preciso hablar; nos dicen competentes autores que la flor de la manzanilla—un botón de oro con orla de pétalos blancos—es nada menos que “carminativa, aperitiva, resolutive, dulcificante, febrífuga, estimulante y estomacal”. De todas estas libres plantas, la más universal, la que se halla en todos los parajes del globo, la que encontramos en las heredades de Levante y en los parques de Madrid, es el amargón, o sea el *pissenlit* francés, que hemos comido como guarnición de viandas en los restaurantes de París. En la tierra alicantina se la codicia, y aliñada con denso aceite dorado y con olorosísimo vinagre, constituye exquisita ensalada.

Si, encierran estas flores del camino y del ribazo cierta utilidad: no se las aprovecha ya; si algún tiempo, en lo antiguo, fueron buscadas, nos tranquiliza su abandono presente. A tales flores las deseamos dignas y enteras en su independencia y rusticidad. Flaquea, en verdad, la manzanilla y se rinde al hombre. ¿Cuál de todas ellas nos place más? ¿El gordolobo, en forma de rama? ¿La flor del jaramago? ¿El penacho áureo del amargón? El jaramago dicen que es flor de las ruinas. ¿Y en cuál corazón no habrá ruinas, ruinas de amores malogrados, de ambiciones frustradas, de amistades desleales? Cojamos un manojo de flores del campo y vayamos con él a la casa. Imaginemos que en la casa hay un aposento sin muebles y que hemos de alhajar; estas flores nos dirán cómo hemos de exornar tal ámbito, donde deseamos meditar y escribir. De la espontaneidad e independencia de estas flores manará todo un orden estético, que dentro de las cuatro paredes blancas se halle con las flores en concordancia.

Ya tenemos, junto a la ventana, una mesa de pino sin pintar; no podía ser la tabla ni de nogal, ni de alerce, ni de roble, ni menos de caoba. En el dorado y resinoso tablero—el pino no ha sido sangrado—reposa ya nuestro ramo. Al pino hemos de añadir un jarrito de tosca loza donde colocar el ramo. No podía ser colocado tampoco ni en loza de Alcora o de Talavera, ni en precioso vidrio.

El sillón en que hemos de sentarnos ha sido labrado, cual las cuatro sillas, también de pino y con el asiento de esparto. La atocha que nos da el esparto se da también, como estas flores, sin cultivo. En la pared encajada de blanco necesitaremos una obra de arte. La oficiosidad de un hábil copista nos proporcionará el trasunto del gran cuadro que deseamos. ¿Y cuál pintor preferiremos que se halle en consonancia con las flores, con la mesa, con el esparto y con la nítida cal de las paredes? ¿De qué escuela lo escogeremos y a qué tiempo habrá de pertenecer?

Escenas solemnes, históricas o mitológicas, no compaginarán; sentimos admiración por Rembrandt, por “el Greco”, por Goya y por Rubens. No casaría ninguno de estos pintores con las flores silvestres.

El recuerdo nos trae, desde el Museo del Louvre, en París, imágenes de Ruysdael y Hobbema. De Hobbema estamos viendo su cuadro *El molino*. Decididamente, ese molino estará ante nosotros, en tanto que ante las cuartillas, con la pluma en la mano, vayamos nosotros también molturando.

Y si hemos de colocar un libro en la mesa, cabe al jarro de tosca loza, ¿qué libro será? ¿De prosista o de poeta? De poeta, seguramente; en las horas de tregua, cuando descansenos, abriremos al azar sus páginas y nos deportaremos con su lectura. ¿Y qué poeta escoger, querido lector? El problema reviste ahora más gravedad que cuando el cuadro. ¿Poeta antiguo o moderno? ¿De la Edad Media o del Renacimiento? ¿Berceo o Garcilaso? ¿El Arcipreste de Hita, desbordante de vida, o Hernando de Herrera, elocuente, temerario en el vocablo, resonante en cadencias? ¿O bien Góngora, coloreado, amigo del oro, del carmín y de lo blanco? No lo sabemos; no acertamos a decidir. Nuestra sensibilidad pide una cosa y las flores reclaman otra. Dirime tú la cuestión, lector; decide tú; arriégate tú.





Juan Arellano. *Guirnalda con paisaje*



FLORES
DEL
MUSEO
DEL
PRADO

Jan Brueghel de Velours. *Florero*



BRUEGHEL



Goya. *Las floristas*



Zurbarán. *San Diego de Alcántara. Detalle*



El Maestro de Flemalle. *Santa Bárbara. Detalle*



LUIS PARET.—Ramo de flores

FLORES DEL MUSEO DEL PRADO

Por F. J. SANCHEZ CANTON

Tres especies se diferencian dentro del género "pintura de flores": floreros, guirnaldas y flores sueltas. En la primera las flores constituyen el tema del cuadro; en la segunda orlan un asunto; en la tercera son mero adorno. Y estas tres especies nacieron en orden inverso en que se han enumerado.

La tercera es tan antigua como la Pintura: símbolo de la pureza virginal aparecen las azucenas en *Las Anunciaciones*; flores varias, en la mano de la Madre de Dios, o en las de los ángeles que la acompañan; o son emblemas de Santos, o animan retratos, o esmaltan campos y jardines, o engalanan templos y aposentos.

Salen las "guirnaldas" de las páginas de los códices miniados, y en el siglo XVII alcanzan en Flandes entidad independiente. Siguenes muy de cerca los "floreros", y se comprenden en ellos así las flores en jarrones y vasos, como los ramos y las canastillas.

Discúlpese, en gracia de que desembarazan el camino que hemos de recorrer, el tonillo de manual pictórico de los párrafos precedentes.

Después de una visita al Museo del Prado en busca de flores pintadas—innesario es puntualizar que bien pintadas—, el observador menos atento advertirá que, mientras en los cuadros italianos y españoles escasean, abundan en los flamencos y holandeses.

En los contados primitivos italianos del Prado sólo podemos ver las que amenizan el Paraíso terrenal pintado por Fra An-

gélico al lado del templete en que María recibe el anuncio del Arcángel, inclasificables por los botánicos. Si ampliamos el recorrido hasta mediados del siglo XVI, la conclusión sería análoga. Exceptúase la llamada *Virgen de la rosa*, de Rafael, que, si bien se tiene por seguro que la flor se añadió en el XIX, una copia conservada en la catedral de Barcelona da fe de que ya antiguamente estaba visible. Habría que llegar a la mata de flores encarnadas que puso Tiziano con *Adán y Eva* para encontrar un ejemplo valioso. Si extendemos el examen a otros Museos, comprobaremos la escasez apuntada, como si la perennidad, anhelo renacentista, fuese contradicha por las flores, de vida tan breve. Dígase esto como observación general, que no desvirtúan casos aislados: la cesta de rosas en la tabla de Jodippo del Sellajo de *Venus y Cupido*; las guirnaldas que sirven de cenefas en la Farnesina a las composiciones de Rafael, pintadas por Julio Romano, el Penni y Juan de Udine...

Dentro de los mismos límites cronológicos, tampoco en las pinturas españolas suelen verse flores. Por caso extraño, Hernando Yáñez de la Almedina, en la tabla de *La Virgen, Santa Ana, Santa Isabel y los santos Niños*, pintó una hermosa planta de lirios.

Con esta escasez contrasta la afición patente en los cuadros de Flandes.

En el aposento en que medita sobre un libro la *Santa Bárbara*,

que pintó el anónimo Maestro de Flemalle en 1438, se yergue un lirio en un jarro: flor "individualizada", inolvidable, colocada por el pintor en lugar parejo al rostro de la Santa mártir, cual si quisiese denotar el paralelismo de ambas en la belleza y en la vida efímera, al propio tiempo que revela el gusto por el pormenor que hace grata la morada.

Otras dos tablas prueban la persistencia en la afición delicada: el jarrón con flores ante la *Virgen* que Lovaina regaló en 1588 a Felipe II, obra de Mabuse, según el letrero escrito cuando se hizo el presente al Rey, y por Van Orley, según los críticos modernos; y la cesta que ofrece un ángel al Niño Jesús en la tabla firmada por el segundo pintor en 1522: aquellas flores y éstas, faltas del primor realista y la frescura del lirio del Maestro de Flemalle.

En los paisajes de Patinir resaltan algunas humildes: digitales y bolas de nieve—*La Huida a Egipto*—, un lirio blanco muy bello—*San Cristóbal*, de El Escorial—, y en los ensueños del Bosco, si en el centro del *Jardín de las Delicias* se abre con minuciosa veracidad un cardo florido, en *La Creación de Eva*, del mismo maravilloso tríptico, dejó volar su fantasía poblando con florecillas azules el árbol disforme que cobija al grupo, cual otros elementos botánicos y zoológicos de sus cuadros, brotado al contemplar dibujos mendaces, o al menos exagerados, de las extrañezas del Mundo Nuevo.

El Renacimiento tardío suministra parecida cosecha. Sánchez Coello enlaza las frágiles figurillas de *Isabel Clara Eugenia* y *Catalina Micaela*, las amadísimas hijas de Felipe II, con una corona de siemprevivas y otras flores nada gayas; y *el Grieco* adorna el primer término de su *San Mauricio* con florecillas silvestres, que emocionan por su sencillez y por su factura primorosa.

Pocas décadas antes, Antonio Moro ponía en la mano de *María Tudor* una rosa encendida, emblema de su estirpe; Van Cronenburg—Adrián, no Ana, como se creía—da hondo sentimiento a los retratos de mujeres y niñas al hacerlas portadoras de flores humildes y escuetas, y Christoph Amberger coloca clavellinas rojas y amarillas a la pareja que con sobriedad retrata. Los pintores nórdicos aprovechan todas las ocasiones para declarar su gusto por las flores.

El siglo XVII no trae alteración en la proporcionalidad entre las diversas escuelas en el cultivo de la pintura de flores, pero trae el triunfo de ésta como género independiente. Ya se trenzan formando guirnalda para marcos polieromos de medallones, ya en ramos colocados en vasos de metal, de vidrio o de loza; ya llenando canastillas de mimbre o de alambre, suministran las flores tema único o principal para tablas, lienzos y cobres con igual dominio que si fuesen composiciones, retratos o paisajes.

Los modelos surgen, según era de prever, en Flandes y en el taller de Rubens; una manifestación más de su exuberancia. Su maestría al interpretar flores se evidencia, tanto en las rosas del retrato del *Archiduque Alberto* como en las que con profusión repartió en el delicioso *Descanso en la huida a Egipto*, y, sobre todo, en la bellísima guirnalda de la parte alta de *Las tres Gracias*, obra admirable de sus últimos años. Mas en realidad no pintó cuadro alguno con solas flores, y para la ejecución de los festones florales que rodean varias pinturas suyas echó mano de Juan Brueghel de Velours, especialista en esta labor. Así, en la primorosa tabla con *La Virgen y el Niño*, del pincel del maestro, enmarcada por la cenefa de flores, frutas, hortalizas y animalillos más rica en motivos y en colores que se haya pintado. Suma la obra a su calidad el interés anecdótico y singular de haberla estudiado Pío XI cuando, conservador de la Ambrosiana de Milán, publicó en 1910 la hipótesis de que procedería de la colección Borromeo. Confundióla el sabio bibliotecario—llamado a destino sumo—con un cuadro del Museo del Louvre.

En la producción pictórica cuantiosa de Jan Brueghel, de la que el Prado atesora parte considerable, merece señalarse *El olfato*, tabla de la serie de *Los Sentidos*, en la cual *La vista* está fechada en 1617 y *El gusto* en el año siguiente, porque se tienen datos exigüos para fijar la cronología. Algo posterior serán los dos lienzos grandes que se distribuyen los cinco sentidos; en el dedicado a *La vista y el olfato*, como en el que antes se citó, desempeñan las flores papel preponderante, La acumulación propia

del barroquismo no resulta nociva para la claridad, merced a lo brillante del colorido y a lo definido de las formas.

Otros festones de flores, también alrededor de *La Virgen*, confirman su destreza, y uno de ellos lleva el mote expresivo "Ego flos campi".

Todavía hay que añadir los cinco floreros y un plato con flores, originales de Brueghel, y, a su vez, origen, puede decirse, de cuantos se han pintado después, ya que conviene subrayar la fecha del 12 de enero de 1625 en que murió quien merece el título de creador del género.

Rubens, su propio maestro, que le sobrevivió quince años, hubo de seguirle por esta senda. Andries Bosman, Artus Wolfordt, Daniel Seghers, son posteriores, y tocan ya en los linderos del siglo siguiente Frans y Catharina Ykens; de los cinco cuenta el Museo notables muestras.

La expansión del género por Italia y por España se personifica, principalmente, en las figuras de Mario Nuzzi, llamado de Fiori, por lo que se especializó, Juan de Arellano y Bartolomé Pérez. De los dos últimos trató doctamente el marqués de Moret en su *Catálogo de la Exposición de floreros y bodegones* (1935). El Prado posee ejemplares excelentes de ambos pintores, entre los que resaltan, por el colorido vigoroso y por el claro fondo de paisaje—que pocas veces prescinden los pintores de flores españoles de las sombras excesivas y de los tonos tostados en demasía—, dos, donados por X. Laffitte, que firma Arellano en 1652, dignos de emparejarse con pinturas de Flandes.

Adivínase una pregunta del lector: ¿Y las flores diseminadas por los cuadros de los grandes pintores del siglo XVII español? La rebusca decepciona. Maino, en su *Epifanía*, llega a la extravagancia de sustituirlas por hongos...; Zurbarán, diestro en pintar flores en varios lienzos, las pinta como marchitas y con apagados matices en la falda de *Santa Casilda*, y con sequedad y dureza en el hábito de *San Diego de Alcalá*. Velázquez, en las herbezuelas de *La Adoración de los Magos*, y en la rosa y las violetas que tiene en la mano *Doña Margarita*, descubre, con la distancia que va de 1617 a 1660, al par que su escasa afición a pintarlas, su maestría notoria en los jarroncitos que adornan los bufetes en los retratos de *Doña Margarita* y *Don Felipe Próspero*, del Museo de Viena. Por fin, Claudio Coello alegra la fiesta de colores, que es su gran lienzo de *La Sagrada Familia y San Luis, Rey de Francia*, con rosas frescas esparcidas por la alfombra.

El siglo XVIII es francés en la pintura de flores; hermosos son los floreros de Paret y de Molaine: decorativos, aunque algo hinchados, los del abate napolitano Andrea Belvedere, y muy finos los de Luis Paret, siempre elegante.

Goya, fiel a la tradición en ésta como en tantas otras características, apenas pintó flores, por más que supiese hacerlo, cual lo prueba el cartón para el tapiz de *Las floreras* de 1786, de los mejores de la serie.

Quien recuerde los versos de Lope de Vega, en donde califica de viles a los

que saben hacer árboles y flores,
mas no la majestad de las figuras,

y las frases de Pacheco, al hablar condescendiente y con un puntillo de ironía sobre la "muy tenida pintura de flores, imitadas del natural en tiempos de primavera" y "la facilidad con que se alcanza y el debate que agusa su variedad", estimará explicada la ausencia casi total de flores en los cuadros de los artistas españoles más gloriosos.

Por el contrario, descancetará ésta al avezado a las letras de aquel tiempo que tenga presente cómo Lope dedica cierta comedia a Manuel Sueyro, que desde Amberes le envía cebollas de tulipanes y que en otros escritos presume de sus conocimientos de floricultor, que practicaba en su huerto madrileño; cómo Rioja es el cantor de la rosa; cómo Calderón procuraba emularlo de continuo, y cómo Polo de Medina, en sus *Academias del jardín* (1630), consagraba composiciones acicaladas a la azucena, a la rosa, a la maravilla, a los claveles, a las clavellinas de Indias, al narciso, a la flor del sol o girasol...

Los españoles preferían las flores fragantes a las pintadas, habrá de concluirse con lógica tal vez harto trivial.

Tres destinos musicales de la flor

Por
FEDERICO SOPEÑA

LA VIOLETA

Das Arme Veilchen! Es war ein herzig's Veilchen!
“¡La pobre violeta! Era una buena violeta”. Una vez más, debemos conmovernos ante el maravilloso destino de Mozart: revolución decisiva de la inocencia.

No sé qué impulso fatal movió a Mozart cuando añadió esos dos versos a la encantadora canción de Goethe; sólo podemos saber que en ese momento se inaugura el imperio del “*lieder*”. La canción popular, desde aquí, será instrumento de confesión personal. Se inicia con la violeta. ¡Qué milagro es, Dios mío, que una conquista formal—del canto espontáneo y popular a la elaboración consciente de un nuevo sistema lírico—haya sido hecha bajo el mandato de la pasión! El verso de Goethe es plenamente dieciochesco, es el relato de un delicioso grabado. La violeta sueña con anidar en el pecho de la pastora, ¡pero era una pobre violeta! La pastora no hizo caso de la flor, y ésta muere bajo la pisada de su mismo amor. Así sólo, como está en la poesía de Goethe, su muerte es fácil y sus palabras dulces. He aquí que llega la música y organiza para ella la canción y aun le añade dos versos, y con ellos el dolor encuentra un nuevo camino.

Hasta entonces la música de las flores no se había personalizado. Las flores estaban en la música popular, pero con un sentido colectivo y anónimo; estaban también en las romanzas de ópera, pero en función de significaciones tópicas o, en el mejor de los casos, rituales. Desde la violeta mozartiana, desde el nacimiento del “*lieder*” como tal, poesía y música irán juntas para una mayor agudización del sentimiento. Seguir todo ese proceso sería demasiado largo. Quedémonos sólo con su faceta más triste, que es también la más original. Al fin de cuentas, no es difícil que un músico ponga en el pentagrama el alboroto primaveral de las flores. Lo otro, verlas en su aspecto más funeral, ha dado margen para una mayor independencia y valentía de la pura expresión musical. En este sentido, justo ha sido comenzar con la violeta mozartiana.

FLORES NOCTURNAS, FLORES FUNERALES (Schubert-Schumann)

La flor es muchas veces protagonista de los “*lieder*” de Schubert. Lo es menos cuando se trata de la felicidad—¡esos ojos azul pálido, esas flores, que son ojos del arroyo en “La bella molinera”!—, lo es mucho cuando se trata de la tristeza. Es

curioso que la música pensada para las flores nocturnas huya deliberadamente de lo trágico. Hay un maravilloso “*lieder*” de Schubert que figura como postumo en la edición de sus obras: “*Nachtviolein*, “flores nocturnas”. Con una exacerbada dulzura—¡qué hondo puede herir una extrema sencillez!— Schubert reposa su música junto a las flores nocturnas. “Flores nocturnas, ojos oscuros llenos de espíritu, ¡qué dicha poder abismarse en vuestro azul terciopelo!”. Ha dicho en otra ocasión que para el romántico no hay mejor invitación a la tristeza que la primavera. Schubert y Schumann han sentido junto a ella toda la pesadumbre de su intimidad recargada, que lucha con el cuerpo radiante y con la sangre, que corre más fresca en los días de mayo. Por ello, ver las flores en una noche de primavera da pauta buena para acercarse a ellas sin excesivo dolor. Hieren menos. En Schumann se repite, más agudizado, el caso. Hay un “*lieder*” suyo que debe ser inolvida-



ble en una historia musical de la flor. Se trata, nada menos, que de identificarla con la amada. La flor es protagonista esencial: “Eres como una flor” se llama el “*lieder*”. Una poesía de Heine, aparentemente dichosa, cae, por la música, en la más dulce tristeza. Triste destino el de la flor: ha ido progresando desde la pura nota de color a la significación de las mejores cosas del amor, y cuando llega el momento supremo, cuando se dice a la amada que es como una flor—“*Du bist wie eine Blume*”—, se acumula para ella una honda tristeza. No creo que haya música tan dolorida como la que hace compañía a estas palabras: “Siento impulsos de colocar mis manos sobre tu cabeza para pedir a Dios que te reciba en su seno tan pura, tan bella y tan encantadora. “¡Triste destino!”.



Pero si Schumann pasea junto a las flores nocturnas, la dulzura vence. Las flores, en una noche de luna, son el mejor camino para que la tierra sueñe. Schumann, ayudado por la deliciosa vaguedad de la poesía que recibe su música, construye con más libertad. La música de este "lied" ya no se conforma con el normal apoyo que puedan prestar las flores—color, primavera, guirnaldas nupciales—y se queda con el perfume, la forma más idealista y nocturna de conocer las flores. Como la música puede ser más libre, como va más allá de la letra poética, la flor se acerca bien a un específico tratamiento musical.

Entre la noche y la muerte, el romanticismo musical deja su mejor huella. Si Schubert y Schumann buscan a la flor como mejor testigo amoroso, encontrarán su mejor destino juntándola con la muerte. En todo el poema de "La bella molinera" abundan las gozosas alusiones a las flores. Llega, sin embargo, el fin trágico y las flores se tiñen musicalmente de distinto matiz; ellas mismas, las de los días gozosos, traen ahora, marchitas y secas en la tumba, la última razón de ternura. Schubert las coloca allí con lacerante fruición. Lo mismo hace Schumann. Aquellos mirtos y rosas, que tan alegremente habían coronado a la esposa, no pueden florecer más. "Sólo cuando estén en la tumba florecerán para mí..." No sé, pero ¿qué inconsciente gozo han sentido en unir la tumba y la flor! ¿Cabe mejor, más triste y más poético contraste?

EL INVERNADERO (*Wagner*)

Los "lieder" que preparan el mágico advenimiento de "Tristán" tienen letra de Matilde Weschdohk. Releo muy pocas veces estos días hermosos y trágicos de la vida de Wagner. Todo el romanticismo puede conmovernos ya sin herir; pero aquí, junto

a la génesis de "Tristán", se toca siempre el destino doloroso del amor. Si en Schubert y Schumann la música se apoyaba sobre una letra plena de entidad, creada con la sola intuición poética, en Wagner, letra y música llegan juntas desde su origen. Así pueden crear la más decisiva soledad. Los cinco "lieder" que comentamos se detienen poco ante la Naturaleza; quieren ir más allá, hasta el amor que pueda hacer olvidar la misma vida, o quedarse mucho más atrás, en el mismo origen del tiempo, en el silencio anterior a lo creado. Entre estos dos polos se desarrolla el amor. ¿Qué hacen, pues, las flores aquí?

Wagner, metido sin salvación en el lado más pesimista de la filosofía de Schopenhauer, odia la vida al querer el amor. El espectáculo de la Naturaleza es para él la muestra más clara de la muerte. Se sitúa ante las flores y, sobrecogido por el presentimiento de su rápido morir, conjura al tiempo originario y tiene miedo de juntar lo que él ansía para el amor eterno con el símbolo más conmovedor de la fugacidad. Así, cuando aparecen las flores en estos "lieder", se las sitúa en el más trágico marco: el invernadero. ¿Qué pedía Schopenhauer para sí mismo? Un mundo donde la voluntad se apaciguase. Para las flores no hay paréntesis más esencial que el del invernadero. Allí inspiran a Wagner porque ellas, desterradas de su patria, que es nacer y morir en el mismo día, en esa vida ensimismada del invernadero, realizan lo imposible: prolongar hasta hacerlo vida ese morir por un instante que es el amor en su cima.

Al fin de los "lieder" Wagner se hace más humano: la flor puede morir y nuevamente se conjuga su muerte y la amada. "Elas nacen, florecen y sueñan esparciendo sus aromas. Luego, dulcemente, se marchitan en tu pecho y así se hunden en la tumba..."



INFANTE DE LA CASA REAL ESTUDIANDO BOTANICA



*Terciopelo poli-
cronado sobre ton-
do blanco, final
del siglo XVII*



*Seda de Lyon, de
un dibujo de Feli-
pe La Salle*



*Lukas Cranach
Retrato*



*Mme Vigée Les-
brán, Maria An-
tonieta*





*Antonio Moro
Maria Tudor*



Tejido brochado

*Primera mitad del
siglo XVI*



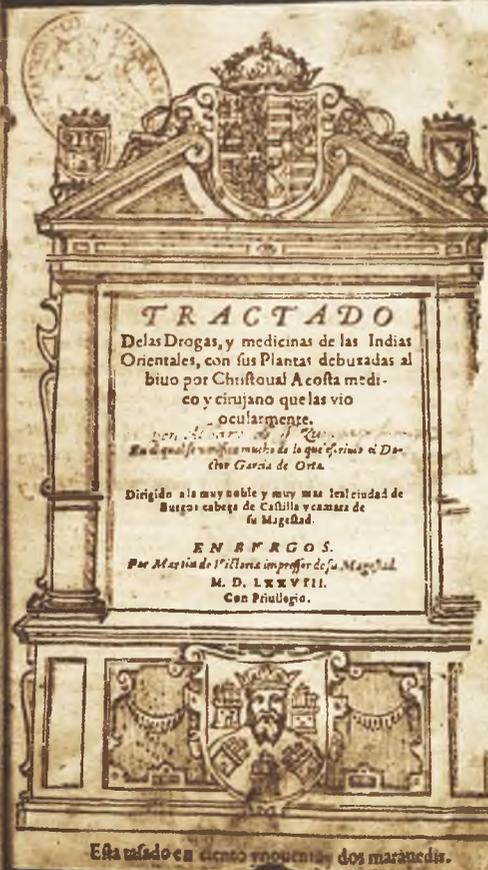
*Meunss. La Prin-
cesa de Asturias*

*Tejido de seda. Fi-
nal de siglo XVIII*

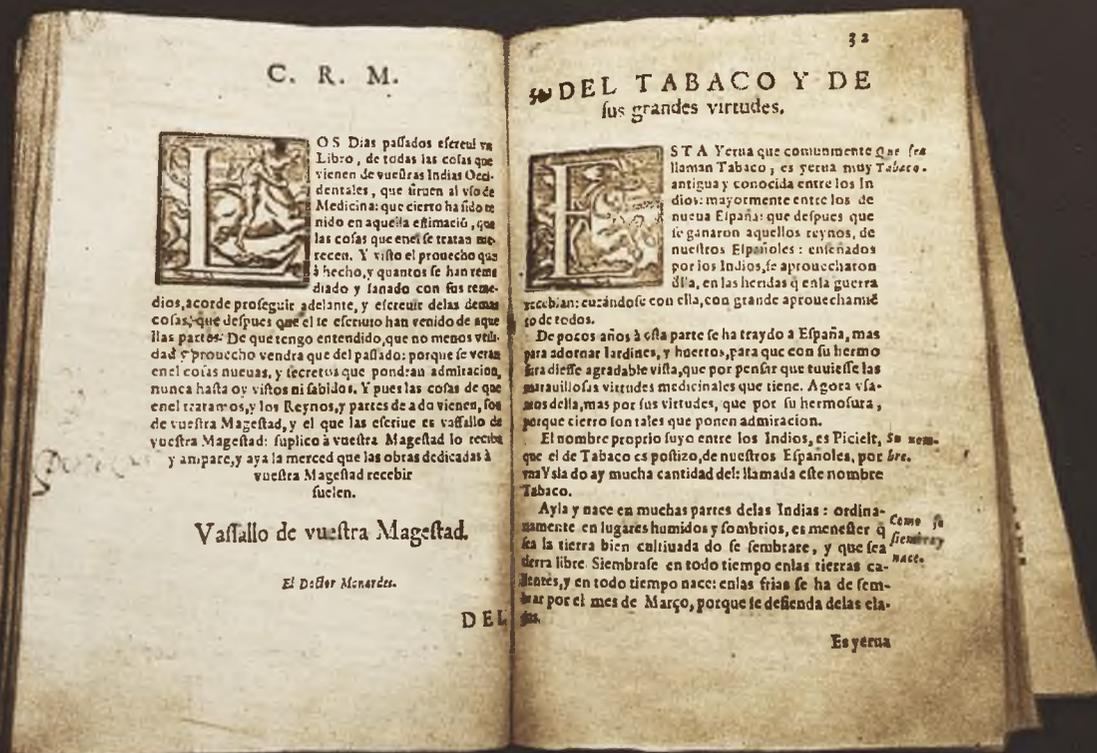




Francisco Hernández. *Tratado sobre las plantas medicinales en Méjico* (Biblioteca de la Facultad de Farmacia)



El Acosta. *Una de las primeras publicaciones sobre la flora medicinal americana. Año 1628* (B. de la F. de F.)



C. R. M.



OS Dias passados escreui va Libro, de todas las cosas que vienen de vuestras Indias Occidentales, que tiran al uso de Medicina: que cierto ha sido tenido en aquella estimación, que las cosas que en él se tratan merecen. Y visto el provecho que á hecho, y quanto se han remediado y sanado con sus remedios, acorde proseguir adelante, y escreuir de las demas cosas, que despues que el se escriuio han venido de aquellas partes: De que tengo entendido, que no menos utilidad y provecho vendra que del passado: porque se verán en él cosas nuevas, y secretas que pondrán admiración, nunca hasta oy vistos ni sabidos. Y pues las cosas de que en él se tratan, os, y los Reynos, y partes de a do vienen, son de vuestra Magestad, y el que las escriue es vassallo de vuestra Magestad: suplico á vuestra Magestad lo reciba y ampare, y aya la merced que las obras dedicadas á vuestra Magestad recibir suelen.

Vassallo de vuestra Magestad.

El Doctor Monardes.

DEL

32

DEL TABACO Y DE sus grandes virtudes.



STA Yerua que comunmente se llama Tabaco, es yerua muy antigua y conocida entre los Indios: mayormente entre los de nueva España: que despues que se ganaron aquellos Reynos, de nuestros Espanoles: entendidos por los Indios, se aprouecharon ella, en las heridas que en la guerra recebian: curándoselos con ella, con grande aprouechamiento de todos.

De pocos años á esta parte se ha traydo á España, mas para adornar jardines, y huertos, para que con su hermoza sea diestte agradable vista, que por pensar que tuuiese las maravillosas virtudes medicinales que tiene. Agora vassallos della, mas por sus virtudes, que por su hermoza, porque cierto son tales que ponen admiración.

El nombre proprio fuyo entre los Indios, es Picielt, su nombre que el de Tabaco es postizo, de nuestros Espanoles, por bre. y así lo ay mucha cantidad del: llamada este nombre Tabaco.

Aya y nace en muchas partes de las Indias: ordinariamente en lugares humidos y sombríos, es menester que sea la tierra bien cultuada do se sembrare, y que sea tierra libre. Siembrase en todo tiempo en las tierras calientes, y en todo tiempo nace: en las frías se ha de sembrar por el mes de Março, porque se desienda de las plagas.

Como se sembray nace.

Es yerua

Monardes. *Primeras noticias del tabaco*

LA BOTANICA FARMACEUTICA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVI

Por el Profesor Doctor R. FOLCH

La riqueza de nuestra flora y las virtudes medicinales que el suelo y el sol de España almacenan en sus plantas han contribuido, sin duda alguna, a que españoles de todos los tiempos se hayan revelado como aprovechados discípulos del *Centauro Chiron*. El empleo en la Medicina hispano-romana del *aspatato*, de la *betónica*, del *hinojo*, de la *amapola* y de la *yerba cantábrica*, así como la extracción del opio del *Papaver Yberos* y la preparación de la *bebida de las cien hierbas*, que se hizo célebre en los tiempos de Plinio, pregonan los conocimientos que de Fitofarmacia poseían los antiguos habitantes de nuestra Península.

En la Edad Media se hicieron célebres en esta materia los árabes españoles. Entre ellos alcanzó insuperable fama el malagueño EBN BEITHAR, denominado modernamente, por sus conocimientos botánicos, el *Tournefort de los árabes*.

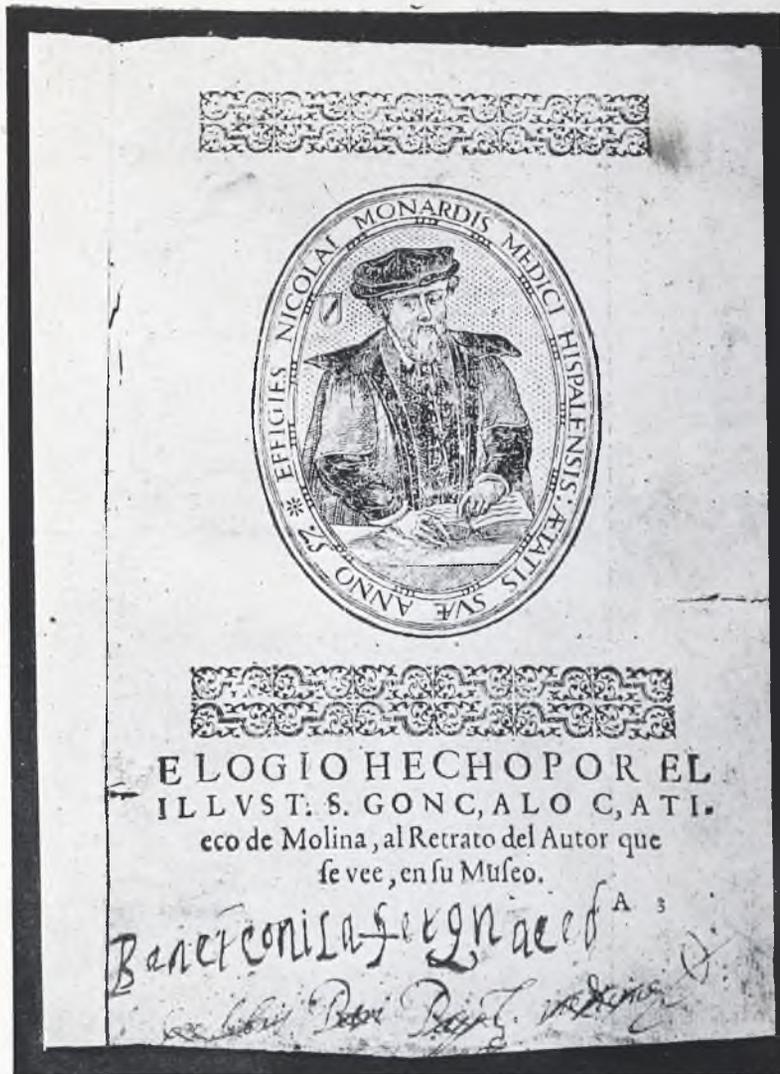
En el siglo XVI, sin embargo, fué cuando el estudio de la Botánica empezó a tomar grandes vuelos en nuestro país. Como Cátedras de Botánica farmacéutica deberíamos considerar a las de Materia médica de las Universidades de Alcalá y Valladolid y, quizá aun más, la de Hierbas o simples de la de Valencia, donde el profesor debía salir a herborizar cada curso con sus alumnos por lo menos durante un mes.

Pero no fué solamente en España donde los dirigentes se preocuparon de la enseñanza de esta Ciencia, sino también en nuestras colonias. Constituye un excelente testimonio de ello, y de paso un antídoto contra la ponzoñosa leyenda negra, el reducido pero hermoso manuscrito, descubierta no hace muchos años, que en lengua azteca compuso el mejicano MARTIN DE LA CRUZ en 1552, traducido el mismo año al latín por otro indígena, JUAN BADIANO. Este, nacido en el distrito de Xuchimilco, era *Prælector* (Profesor) del Colegio de la Santa Cruz en la ciudad de Méjico, Colegio fundado por el Virrey de la India, a sus expensas, don Antonio de Mendoza. Dicho manuscrito, desconocido por muchos de nuestros historiadores, lleva por título *Libellus de medicamentibus Indorum herbis*, y se conserva en la Biblioteca del Vaticano con el nombre de *Codex Barberini*, Latín 241. Contiene unos 204 dibujos, ilustrados de plantas y árboles de Méjico, seguidos de una lista de dolencias o enfermedades, con sus tratamientos respectivos.

No faltaron en España los *comentarios* a los clásicos antiguos y en especial a DIOSCORIDES. Sobresalen, entre ellos, los del inmortal segoviano DON ANDRES LAGUNA, así como se hizo célebre la *Historia de las hierbas y plantas sacadas de Dioscórides y otros autores*, de DON JUAN JARAVA, médico de doña Leonor, Reina de Austria.

Empiezan ya a escribir los botánicos españoles acerca de las *Flores regionales*. Tal es, por ejemplo, el *Diccionario de las hierbas y plantas medicinales de Valencia*, que dejó inédito el Catedrático de la ciudad del Cid DON PEDRO JAIME ESTEVE, en tanto que farmacéuticos notables, cual el toledano LORENZO PEREZ, sujeto calificado de *Doctissimus vir* por el historiador alemán SPRENGEL, no sólo describían las plantas con claridad y exactitud, sino que bosquejaban los conocimientos que acerca de la sexualidad de las plantas se han tenido después.

Pero en el campo de la *Flora exótica* es en el que más sobresalieron nuestros botánicos de la décimosexta centuria. La hermosura de las flores de América hizo que ya, desde Colón, profesionales y legos en las Ciencias médicas se interesaran por las producciones del Nuevo Continente, hecho que motivó el que la Materia farmacéutica vegetal lograra grandes progresos, que se difundieron rápidamente por toda Europa. ¡Cuántos y cuán preciosos datos nos proporciona GONZALO HERNANDEZ DE OVIEDO y VALDES en su *Historia natural y general de las Indias*! Al lado del tabaco, de la coca, del maíz, del cacao, de la papaya, de la batata y de muchos otros materiales, se hallan las primeras noticias del caucho, que tanta importancia tiene en la actualidad. BERNARDINO DE SAHAGUN fué el primero que nos dió noticias acerca de la vainilla; DIEGO GARCIA DEL PALACIO las proporcionaba del bálsamo del tolú, usado ya entonces como medicamento, cuya fama aun no se ha extinguido; FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA y AGUSTIN ZARATE comparten la gloria de habernos dado las que se refieren a la patata; y otros, como el Padre JOSE DE ACOSTA, no sólo dan a conocer nuevos materiales, sino que completan los datos de los ya conocidos.



Primera página del libro de Monarde sobre las plantas medicinales, publicado en 1557. (Biblioteca de la Facultad de Farmacia de Madrid)

Excepcional importancia ofrecen las obras de los profesionales, por constituir sendas piedras angulares, sobre las que descansan todos los estudios acerca de la Botánica farmacéutica exótica. Las del médico de Felipe II, el toledano FRANCISCO HERNANDEZ, y las del sevillano NICOLAS MONARDES, son conocidas por propios y extraños. Lástima que los magníficos manuscritos del primero, que en numerosos volúmenes, primorosamente encuadrados, fueron depositados en El Escorial, sufrieran, en su mayor parte, el estrago que produjo el incendio ocurrido en el célebre Monasterio en el año 1675. Por fortuna, nos quedó la parte de Botánica farmacéutica, en el extracto que de aquellos preciosos manuscritos hizo NARDO ANTONIO RECCHO, por indicación del Príncipe Cesi, el fundador y protector de la *Academia de los Linceos*, establecida en Roma en los comienzos del siglo XVII.

Y mientras se estudiaba la Flora americana, dos portugueses, que podemos considerar como españoles, sentaban también con sus estudios la base de lo que acerca de la Botánica farmacéutica de las Indias orientales se han realizado después. Nos referimos a GARCIA DA ORTA y a CRISTOBAL ACOSTA. *Los Coloquios dos simples e drogas e cousas medicinaes da India* (Goa, 1563), del primero, y el *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias occidentales, con sus plantas dibujadas al bivo* (Burgos, 1578), del segundo, contienen muy preciosos datos de la naturaleza y virtudes medicinales de aquellas plantas y drogas clásicas que, procedentes de la India, nos transmitieron los árabes. Dichas obras son universalmente conocidas y apreciadas, por haber sido traducidas, como la de Monardes, a muchas lenguas europeas. Hemos dicho que podemos considerarles como españoles porque, aparte de la comunidad de origen de los pueblos portugués y español, García da Orta estudió la Medicina en las Universidades de Alcalá y Salamanca, y Cristóbal Acosta, a su regreso de la India, vivió y murió en la ciudad de Burgos. Con razón figura la siguiente composición laudatoria entre las varias que se hallan en su obra:

*Africa te genuit, te fertilis Asia pavit
te nunc Europa, doctor Acosta, tenet.*

Porque el lector debe saber que, aunque hijo de padres portugueses, en el Continente africano vió la luz primera.



José Celestino Mutis

BOTANICOS ESPAÑOLES



JOSE CELESTINO MUTIS (1732 - 1808)

Este sacerdote y polígrafo español destaca fundamentalmente por sus trabajos de Botánica, los cuales todavía hoy se conservan inéditos en el Real Jardín Botánico de Madrid, donde se depositaron en 1817.

Constan de numerosos manuscritos, no muy copioso herbario y una riquísima colección de láminas botánicas a todo color, que suman un total de 6.849.

Se trata de plantas americanas, de Colombia, donde trabajó intensamente desde 1783, sobre los materiales que ya ve-

nía reuniendo, para publicar la Flora de tan dilatada región, llamada entonces Nueva Granada.

Estudió con gran preferencia las Quinas, que ya entonces habían adquirido gran renombre, y llegó a reunir en su oficina de diseños de plantas hasta dieciocho dibujantes, con gran acierto de pincel y finura de miniaturistas.

A pesar del enorme interés que todavía hoy despierta esta colección y de la riqueza científica y artística que supone, sigue archivada en el primer establecimiento botánico de España, si bien se han realizado estos últimos años algunos in-

tentos para publicarla. Mantuvo correspondencia con Linné e incluso le remitió plantas, que estudió el sueco.

Tuvo gran afición por la astronomía, mandando construir un Observatorio Astronómico cuando ya era viejo.

Humboldt le tenía en gran estima, tanto por sus conocimientos como por su trato afable y excelentes cualidades personales, prodigándole los mayores elogios en una noticia que publicó sobre él.

Todavía hoy lamentamos el olvido en que yacen los trabajos de este preclaro gaditano, las lujosas láminas botánicas que dirigió, que conservan toda su lozanía y que están en condiciones de ser publicadas, no sólo por el estado perfecto de conservación en que se hallan, sino por su elevado interés.

Esta publicación despertaría la curiosidad científica de los principales centros botánicos del mundo entero, quedando asegurada la colocación de una edición extensa que cubriría holgadamente los gastos de su impresión. Su interés artístico haría que la adquiriesen gran número de particulares, aun alejados de las cuestiones botánicas.

Recientemente ha tenido lugar el homenaje de Colombia, en el centenario de su nacimiento, en Santa Fe de Bogotá, y podemos decir con orgullo que España tuvo una representación muy digna.

ANTONIO JOSE CAVANILLES

Es la figura más destacada entre nuestros botánicos del siglo XVIII, llenando con su prestigio inmarcesible su segunda mitad.

Dedicado a la carrera eclesiástica, visitó París en 1777, cuando tenía treinta y dos años, en calidad de mentor de los hijos del duque del Infantado, cuya educación le había sido encomendada.



Antonio José Cavanilles

A los treinta y seis años se dedica al estudio de las Ciencias Naturales y tiene la fortuna de asistir a las explicaciones botánicas de A. L. de Jussieu, hombre de extraordinario relieve botánico, que cautivó el entusiasmo de Cavanilles y le orientó definitivamente hacia el estudio de las flores.

Su actividad es muy fecunda y su patriotismo le hace intervenir en la defensa de los españoles, publicando en París (1784) sus «Observations sur l'article Espagne de la nouvelle Encyclopedie», que hizo mucho ruido.

Entre sus trabajos botánicos destaca «Monadelphiae classis dissertationes», que le da un puesto preeminente entre los fitógrafos más destacados de su época.

En Madrid publica (1795-1797) la conocida e importante obra «Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, población y frutos del regno de Valencia».

Más tarde los seis tomos de los «Icones et descriptiones plantarum», dedicando a esta interesantísima y extensa obra diez de los años más en sazón de su vida. Los dibujos de las plantas, que ilustran con gran profusión esta obra, se deben a su mano prodigiosa, por virtud de su gran temperamento de artista.

El esfuerzo continuado le lleva a crear los «Anales de Historia Natural», trabajo que absorbe gran parte de su capacidad durante el último quinquenio de su vida. En 1801 recibe el nombramiento de director y catedrático del Real Jardín Botánico de Madrid, al que dió gran impulso, y como resumen de su primer curso publicó sus «Descripciones de las plantas», que demostró en las lecciones públicas.

Por desgracia para el primer establecimiento botánico de España, que tantas y tan prolongadas calamidades cuenta en su historia, muere el insigne español en 1804.

MARIANO LA GASCA

Aragonés, de Encinacorva (1776-1839), cumple una vida dura y hostil, reverso de la medalla de su contrafigura, Cavanilles, su maestro, abate bien relacionado.

De estudiante conoció en la tertulia de Verdejo, en Tarragona, al sabio Martí, quien le orientó por el campo de las Ciencias Naturales y pronto sintió especial preferencia por la Botánica. Después de hacerse médico, marchó a Valencia con objeto de profundizar en su ciencia favorita, animado por la fama de Lorente.



Mariano La Gasca

En la tierra de las flores reunió un copioso herbario y con él en su equipaje se vino a Madrid.

Cavanilles revisó la colección de plantas, encontró cosas nuevas que publicó en los «Icones» y cobró gran afecto por el botánico aragonés. Al encargarse aquél de la Dirección y Cátedra del Real Jardín Botánico de Madrid, La Gasca recibió una corta pensión, que fué duplicada al año siguiente en atención a sus grandes méritos y asiduidad en el trabajo.

En 1803 fué comisionado para viajar por España con vistas a la publicación de la Flora Española y, además de otras localidades, visitó Picos de Europa y encontró gran número de especies nuevas de muy elevado interés. Tomó parte muy importante en la «Introducción a la criptogamia española» (1802). En 1807 fué elevado a la categoría de botánico médico.

La guerra de invasión cortó su actuación como profesor, pero continuó sus viajes con carácter militar, sin olvidar un momento su afición profunda. Humboldt influyó cerca del Gobierno afrancesado para que se utilizase el saber y la competencia de nuestro insigne compatriota. El logró fugarse, ingresando en el Ejército, donde ejerció como médico. En Murcia dejó profundo recuerdo por su celo médico, al combatir la fiebre amarilla, que denunció, y sobre la que publicó más tarde sus notas.

Posteriormente, sus trabajos favoritos se orientan hacia la Agricultura, habiendo dejado estudios importantes en el campo de los cereales y, de haber seguido sus orientaciones las nuevas generaciones de españoles, nuestra sería la gloria que hoy se atribuyen genéticos y cerealistas extranjeros.

EDMOND DE BOISSIER

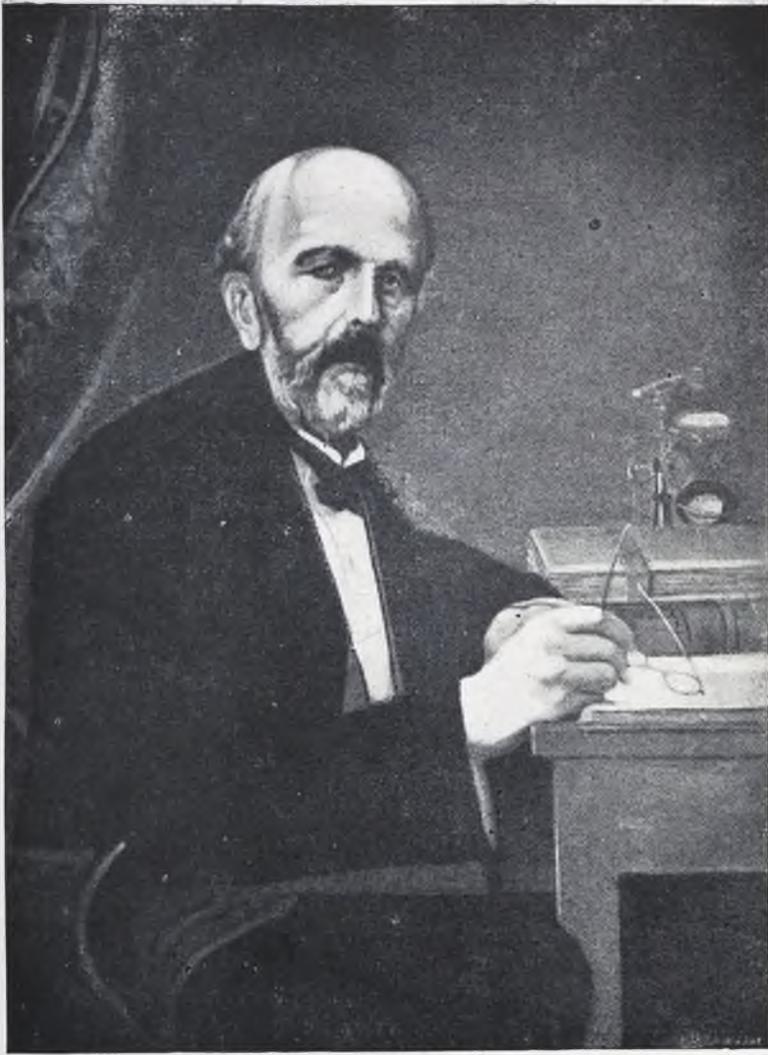
Egregio botánico ginebrino de noble estirpe.

Por fin nos encontramos con un hombre lleno de recursos para dedicarse a la gran pasión de las plantas, libre de cuidados económicos.

Y así es su obra científica, un portento de generosidad bien orientada por su entusiasmo sin límites.

Su labor no se circunscribe al ámbito de nuestra Península, sino que la desborda: inunda el Mediterráneo y llega a Persia, Mesopotamia, Palestina, etc., etc.

En España se fija en la Meca de nuestra Flora, Sierra Nevada, y emprende un largo viaje en 1837, que le ocupa casi todo el año. No le arredran las penalidades, a pesar de estar habituado a una vida confortable, ni le asusta la guerra civil, que entonces conmovía a España, ni los peligros que suponían nues-



Edmond de Boissier

tros bandoleros de las Sierras andaluzas. Con este programa tan completo se pone en marcha. El relato del espléndido viaje puede leerse en la primera parte de su «Voyage botanique dans le Midi de l'Espagne pendant l'année 1837», vol. I-II, París, 1839-1845.

Recomendamos la lectura de este interesantísimo libro, pues aparte de sus informes científicos, contiene un relato magistral de nuestra España de entonces, con exquisito *esprit* francés y una gracia literaria siempre fresca. Nos habla de una corrida de toros en Ronda, a la que asistió lleno de curiosidad, así como de una tertulia en Madrid, donde fué invitado a su viaje de regreso. De las incomodidades que tuvo que padecer en los faluchos que hacían cabotaje por nuestro litoral mediterráneo, de su entusiasmo inmenso por las costas llenas de sol y de flores de Alicante, Murcia y Andalucía. La primera flor que cita es una bella Cistaceae, una flor del sol, *Helianthemum caput-felix*. De su desencanto en Valencia al no poder abandonar la plaza para salir al campo en busca de plantas, por temor a los movimientos de las tropas en lucha.

De cómo se defendía en las posadas andaluzas del terrible enemigo que no le dejaba conciliar el sueño (las chinches).

En fin, de sus estratagemas para burlar la peligrosidad de los trabucos naranjeros. Y todo ello sobre un fondo de amor a nuestra Patria, de ilusión indecible por nuestras flores, de arrobo místico ante la vegetación única de nuestra Sierra Nevada.

Aunque no hace mención directa de sus ayudantes, cabe sospechar que los tuvo sin limitación e incluso hacía participar a los campesinos, a los que pagaba a muy buen precio los ejemplares que le traían recién cogidos.

Puede comprenderse el asombro de aquellas pobres gentes

ante el espectáculo de un señor que ordena y dirige la recogida de las flores silvestres sin valor alguno según la estimativa popular.

El resultado de su viaje supuso un herbario de más de cien mil pliegos, cifra que aturde si se piensa que su campaña duró escasamente algo más de medio año.

El fruto, la publicación que hemos citado, con doscientas láminas llenas de enorme interés artístico, grabadas con gran finura y coloreadas a mano.

Quede aquí, una vez más, patente nuestro inmenso agradecimiento por la empresa botánica acometida y resuelta gracias a la iniciativa de aquel excelso botánico ginebrino.

MORITZ WILLKOMM (1822 - 1897)

Este botánico sajón describe en el cielo de la ciencia de las flores la curva elegante que es la órbita de un cometa, tocando en su trayectoria la España de nuestros afanes.

Ningún otro botánico, nacional o extranjero, que se haya ocupado de nuestras plantas, ha dado frutos en tanta sazón y tan completos como este simpático profesor.

A los veintidós años (1844), llega a España, con sus pupilas dilatadas, sedientas de sol y de paisajes cuajados de flores. Su entusiasmo no conoce límites ante la belleza de nuestras estepas, de nuestras costas, de nuestros valles y de nuestros riscos nevados y nubosos.

Con una dura disciplina de monje, que pone a presión su enorme fuerza expansiva, escribe cuartillas y cuartillas, que se van concretando en libros ordenados y rigurosos, libros que, a su vez están perfectamente articulados entre sí, dando un conjunto de unidad armónica.

Las vidas duras o breves de nuestros botánicos más preclaros, nunca cuajaron en obra fundamental y definitiva sobre nuestra Flora. Boissier, con su magnífica monografía sobre Sierra Nevada, tampoco hace otra cosa que aportar una ingente masa de datos para la tan esperada Flora Hispánica, que no llegaba nunca, después de aquella producción de Quer, donde las especies, huérfanas de clasificación botánica, están dispuestas por orden alfabético.

Por fin surge la estrella radiante como un sol.

Es el «Prodromus Florae Hispanicae seu synopsis methodica omnium plantarum in Hispania sponte nascentium vel frequentius cultarum quae innotuerunt». El foco de su órbita estaba lejos, en Stuttgart, donde ve la luz en 1861, para terminar con el «Supplementum», en 1893.

Treinta y dos años de labor continuada, incansable, en que su tono botánico se va exaltando, sublimando, como la Novena Sinfonía de Beethoven. Tiene setenta y un años y todavía se siente joven y arremete y concluye con su excelsa monografía de geografía botánica «Gründzuege der Pflanzenverbreitung auf der Iberischen Halbinseln», 1896. Cuando llevaba la corrección de la primera mitad de las pruebas de este trabajo, cierra los ojos para siempre, aquellos ojos amados, que fueron para nuestras flores hermosas. *du cere*



Moritz Willkomm





El espíritu y la iniciativa de José Celestino Mutis nos han legado el tesoro de Iconografía Botánica más rico de España y uno de los más importantes de Europa. Encargado Salvador Rico de inspeccionar tan importante trabajo, desplegó una actividad y celo excepcionales, logrando llevar a cabo su cometido en un espacio de tiempo brevísimo, máxime si se tienen en cuenta la magnitud y la dificultad del empeño. Imposible sería intentar describir en pocas líneas el valioso legado de Mutis a la Ciencia, del que D. Miguel Colmeiro, Director que fué del

Bromeliaceæ
Astroemeria
Convolvulaceæ



Jardín Botánico de Madrid, escribe en su tratado *La Botánica y los botánicos de la Península hispano-lusitana* (Madrid, 1858): «Consiste en muchos manuscritos sueltos, es decir, diarios, descripciones, apuntes, observaciones, que no forman cuerpo; un considerable herbario con otras colecciones accesorias y 6.849 dibujos de plantas, todo ello bastante conservado... Sensible es que la principal y más importante parte de los trabajos del célebre botánico gaditano haya quedado sepultada en el olvido, con tanto perjuicio para la Ciencia como de la honra nacional.»



Cinchona Lanceifolia
Mutisia clematis
Stelstroemeria



Oncidium

Tazzetta sofarina, con tonda di mezzo gialla in oro

Rose semplici nostrane incarnate

Rosa bianca





Orchidaceæ

CARL VON LINNÉ

(CAROLUS LINNAEUS)

Por EMILIUS

Nuestro sueco llena todo el siglo XVIII con su figura luminosa (1707-78).

En 1732 (contaba veinticinco años), la Academia de Ciencias de Upsala le comisiona para hacer una expedición botánica a Laponia. Se pone en camino el 30 de mayo y regresa al final del otoño. Su viaje comprende un recorrido de más de cuatro mil kilómetros, hechos en su mayor parte a pie y herborizando, con una media de 25 a 30 kilómetros diarios.

Esto constituye un alarde de actividad y entusiasmo botánico que le lleva a superar, gracias a su vigor juvenil, todas las dificultades y peligros de tan penosa expedición en aquellos paisajes despoblados de figuras humanas, pero llenos de flores nunca vistas.

Son frutos de este viaje su primera obra científica, *Flora Lapponica*, y su diario del viaje, que constituye uno de los relatos de viajes científicos más sugestivos, salpicado de brillantes descripciones. Hasta el momento actual nada se ha escrito en este género que iguale aquel diario maravilloso, y la *Flora Lapponica* sería mérito suficiente para acreditarle como botánico eminente, aunque nada más hubiese dejado de esta disciplina. Pero su enorme genio creador no para aquí, y las obras que produce más tarde le sitúan entre los dioses.

Hay una anécdota de su juventud que da la medida exacta de las dimensiones de este hombre extraordinario.

De regreso de su viaje a Laponia, se dedicó durante un par de años a la enseñanza pública y privada; carecía de recursos económicos; trabajaba de día para ganarse la vida y sus veladas se prolongaban hasta el amanecer, redactando la obra citada y otros manuscritos, entre los que había uno que pronto iba a revolucionar la Botánica, provocando las discusiones más acaloradas y elevando esta disciplina a la categoría de ciencia a la moda.

Gracias a él, la Botánica culmina en el siglo XVIII, y el siglo XVIII se da a la Botánica.

En Upsala recibió el consejo de salir al Extranjero para graduarse de doctor, a causa de ciertas rivalidades y celos que sus brillantes comienzos habían despertado entre algunos compañeros de claustro.

Leyden tenía en aquella época la Universidad más renombrada de Europa, y sus celebridades botánicas habían igualado el brillo de París, sostenido por los Tournefort y los Vaillant.

El Jardín Botánico de Leyden atrajo desde el primer momento la mirada codiciosa de Linneo, y la de su director, Dr. Hermann Boerhaave, podía ser su arquetipo.

Tenía fama de ser el mejor médico de Europa en aquel tiempo y sin rival en las cuestiones de Botánica.

Se comprende fácilmente la gran curiosidad de Linnaeus por medirse con el gigante de las flores en una visita personal. Ningún otro hombre de la tierra, vivo en aquel momento, atraía con tanta fuerza la atención del joven científico. Tampoco se hubiera perdonado regresar a su Patria sin una visita previa a la Meca de la Botánica de aquella época.

Una vez en Leyden conoció muy buenos amigos entre los botánicos de la ciudad, de los que no tenía noticias a causa de la juventud de todos ellos (no habían tenido tiempo de publicar nada aún). Jugaron un papel importante Adrián van Royen, que sustituyó a Boerhaave en la Universidad, y el Dr. Gronovius, un botánico ardiente y enterado.

Estos jóvenes botánicos sintieron muy pronto un enorme entusiasmo por el extranjero y por los manuscritos que les enseñó.



Entre estos escritos estaba su *Systema Naturae*, obra de titán, visión nueva de lo que en aquel momento era la Ciencia Natural.

Gronovius quedó tan sorprendido de esta obra que le pidió permiso para publicarla inmediatamente.

Era un folletito de catorce páginas, con el que Linneo daba un golpe de timón que enderezaba el rumbo de la Botánica lo menos un cuadrante.

Entre tanto, su paciencia se agotaba en intentos inútiles para abordar al Dr. Boerhaave. Provisto de una entusiasta carta de Gronovius, había llamado en vano durante una semana seguida a la puerta del médico insigne.

Embajadores y príncipes habían conseguido esta entrevista con grandes dificultades. El propio Pedro el Grande de Rusia tuvo que hacer dos horas de antesala para poder departir con este tiránico príncipe de la Ciencia.

Linneo ve con tristeza agotarse todos sus recursos, y entonces se le ocurrió enviarle una copia del nuevo *Systema Naturae*.

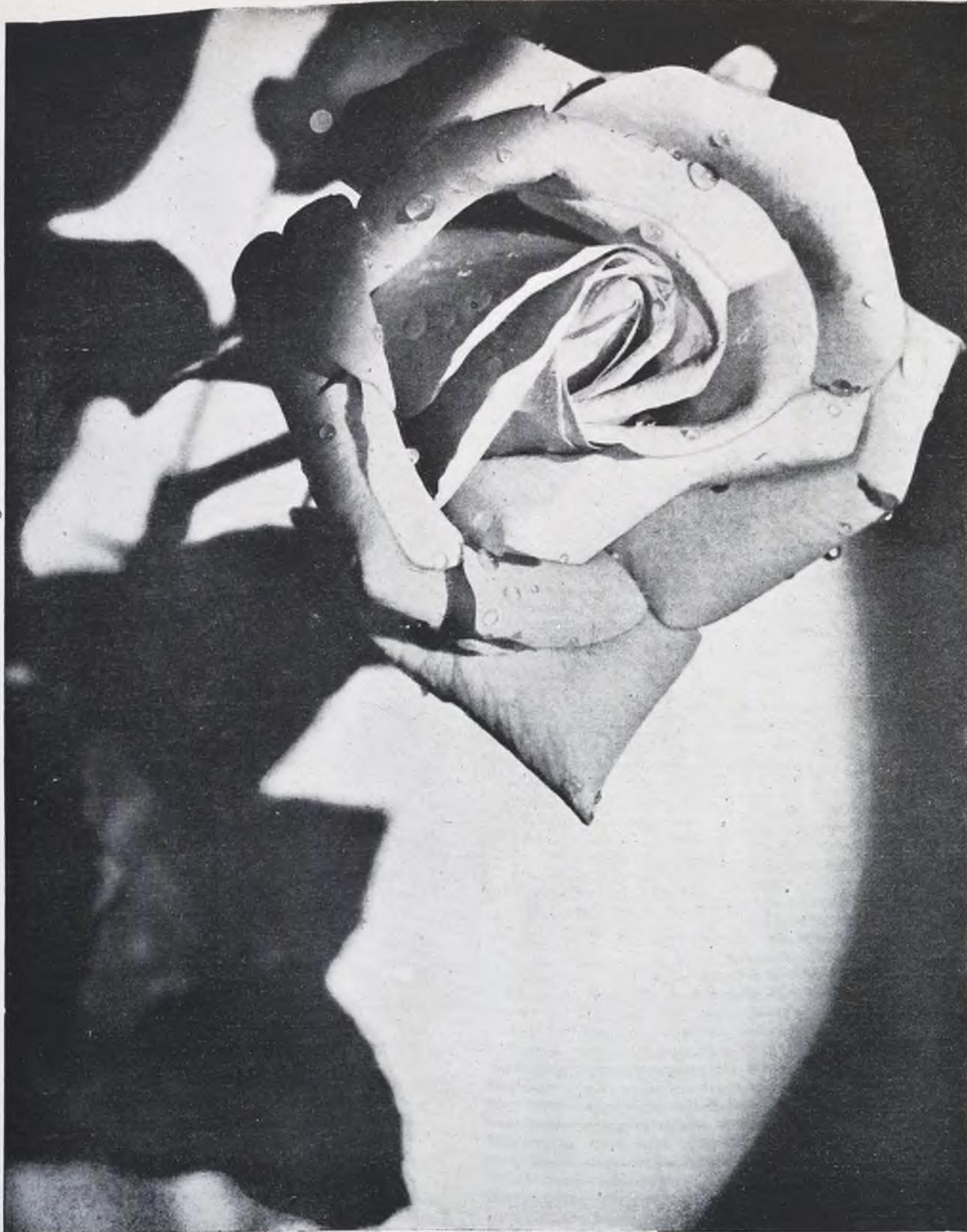
El efecto fué fulminante. En el acto recibió una carta dándole hora para la mañana siguiente. Esa mañana los demás visitantes citados tuvieron que repetir la visita.

La entrevista se prolongó algunas horas, y como despedida pasaron juntos al Jardín Botánico que Boerhaave tenía. Estaba formado por una rica colección de árboles y plantas de diversos países que habían podido aclimar en esta latitud.

Iban paseando por sus avenidas. De pronto se detiene Boerhaave ante un hermoso árbol y pretende que pertenece a una especie no descrita ni estudiada. Linneo, entonces, le desengaña. Ha sido descrito, conoce la especie a que pertenece y sabe en qué página de las publicaciones de Vaillant hay una lámina del árbol con la descripción clara y concreta.

Exasperada la curiosidad de Boerhaave, pasan a la Biblioteca donde estaba la obra para comprobar la seguridad del joven visitante. En efecto, no había duda; allí estaba la planta en cuestión. Los dos colosos se habían medido y el triunfo era del más nuevo, del recién llegado.

A partir de este momento, la trayectoria de Linneo describe una recta ascendente que no se quiebra.



ROSA DE LIMA

Puntual crónica del brote y bautismo de la primera rosa del virreinato

Por VICTOR DE LA SERNA

Ocurría que en América no había rosas. Ni rosas ni trigo, ni aceite ni vino, ni toros ni potros, ni rizadas ovejas. Granero, jardín, bodega y hacienda del mundo. Dios y España saben a quién le debe América esto.

¡No había rosas!

Cuando España era lo que ha de volver a ser, el país más culto del Universo, un segundón talaverano, dueño del más limpio y gentil idioma castellano que jamás se haya

escrito, Gabriel Alonso de Herrera, escribió el primer tratado de Agricultura publicado en Europa en lengua vulgar. Si se quiere paladear como una golosina la delicia de un estilo, si se quiere mirar la entrañable profundidad de la amada tierra de España a través del limpio cristal de un idioma de transparencias indecibles, hay que seguir leyendo a Gabriel Alonso de Herrera, uno de los más aguerridos lansquenets de aquella batalla de la cultura que

libró el capitán cardenal Jiménez de Cisneros, natural de Tierra de Madrid, villa de Torrelaguna, sesmo de Buitrago. Con su escudo de armas, la juventud universitaria de España está ahora peleando en Rusia.

De las rosas escribió Alonso de Herrera uno de los más deliciosos capítulos. Aparte de servir la rosa para que la Iglesia, en una metáfora, ofrezca a nuestra Madre María su más gracioso requiebro—Rosa mística—, sirve, según Herrera, para todo esto otro:

«Para poner entre ropa de lienzo en las arcas, que le da muy gentil olor»... «confortan mucho el corazón y son muy buenas para los que tienen desmayos». «Hácese dellas vinagre rosado, que es muy bueno contra la corrupción del aire y tiempo pestilencial». «Conforta este vinagre los pulsos, tiempla los calores demasiados y de las fiebres». «El agua rosada, mezclada con un poco de vino blanco, aclara mucho la vista y por sí sola quita el dolor de los ojos que viene de calor y da muy gentil lustre al rostro».

Si siguiéramos a Herrera averiguaríamos cómo se hace el azúcar de rosas, la miel de rosas, que, según el Crecentino, son cosa milagrosa contra la cólera y la melancolía y, según el Nicolao, *«comen la carne mala»*.

Y si acertáis con la fórmula casi mágica del aceite de rosas, del letuario de rosas o del unguento de rosas, ¡ah entonces! Entonces puede que encontréis un secreto de eterna juventud. *«¡No hay arbusto más noble que el rosal!»*, exclama lleno de arrobos el talaverano.

En América no había rosas...

Pero el anhelo de la rosa en los españoles descubridores es casi tan viejo como el Descubrimiento mismo. Las primeras soledades del colono en su rancho o en su fundo, o tal vez en las noches del campamento bajo constelaciones recién nacidas para el hombre europeo, estuvieron signadas por la nostalgia de la rosa. Sí, así fué. Así fué esto que no entenderán jamás—o que tal vez han entendido demasiado—los autores de la leyenda negra.

En la casa de Contratación de Sevilla hay papeles que lo dicen. ¿Cuánto darían por estos papeles los pueblos que todo lo entregan a la material mudanza del poderío del oro? ¿No darían acaso todo su oro? Hay papeles que lo dicen. *Signatura: «39-2-3-39»*, en el Archivo de Indias de Sevilla, la ciudad de las rosas. En 1520, en estado de plantas vivas, ingeniosamente preparadas para resistir la travesía, fueron enviados los primeros rosales con los primeros lirios a América, para los altares de la Virgen María y para el ferrado pecho de los guerreros y para el seno de las doncellas indias. Pero los pequeños plantones sevillanos morían al pasar “la línea” desde Panamá hacia el Perú. Pacientes frailes, en las huertas de los conventos recién levantados con adobes enjalbegados, trataban de obtener el brote de una rosa sin conseguirlo. Durante treinta años, aquellos hombres que vencían volcanes y selvas y cordilleras, que domaban imperios y océanos, vivieron en sus escasos ocios inclinados sobre un “tiesto rosalero”, en espera del alumbramiento de una rosa, con tanta emoción como si fuera a nacer una princesa.

En 1552 (también hay papeles que lo dicen) llegaron

al Perú, por fin, semillas de rosa en lugar de plantones. Con el libro de Alonso de Herrera en la mano, un lego del Hospital del Espíritu Santo—se ha perdido su nombre, pero Dios lo tenga en su seno—sembró en la solana de la huerta unos granos *«bien enjutos y cogidos de las cabezuelas»*, como manda el talaverano, que también recomienda que esto se haga *«en tierra bien caliente y estercolada»*. Nada menos que el Arzobispo de Lima invocó la ayuda del cielo y de los poderes divinos por la universal y necesaria mediación de María, como buen español, para que la gravidez de la tierra limeña llegara al alumbramiento deseado. Para ello las semillas, antes de caer en las entrañas americanas, estuvieron en el altar durante la Santa Misa celebrada por el prelado. También hay papeles que lo dicen, y para que no se crea que tiendo a fantasear poéticamente, transcribo el texto del Padre Cobo en la página 421 del tomo II (edición de Bibliófilos Andaluces), con notas de don Marcos Jiménez de la Espada. Sevilla, 1901, de su “Historia del Nuevo Mundo”:

«Como cosa tan deseada se puso gran cuidado y diligencia en sembrarla, para que se lograra y perpetuase en esta tierra, y con este intento se dijo una Misa con la semilla puesta en el altar, para que con la bendición del sacerdote tuviese feliz suceso, como lo ha tenido porque al presente es una de las plantas que más se han extendido en estas Indias».

Era víspera de Navidad, en la Ciudad de los Reyes, cuando se abrió al sol de la América, intacta y virginal, la primera rosa. Era blanca. El hermano lego creyó morir de gozo. Eran muy pocas sus humanidades. Tan pocas como era mucha su humildad. Pero se acordó del verso del salmista:

«Qui seminat in lacrymis—in exultatione metent.»

Y alabó al Señor. El Arzobispo recibió la rosa casi de hinojos. Era la hora del alba y mandó preparar el altar de la Purísima, de la Iglesia Mayor de Lima, para celebrar una Misa solemne de acción de gracias. Ofició Su Ilustrísima de pontifical. La rosa fué colocada en la mano de la Virgen María, que se veneraba en el primitivo templo metropolitano de Lima. Era virrey del Perú el marqués de Cañet. Y era el Arzobispo oficiante nada menos que Fray Jerónimo de Loaysa. Todo esto lo cuentan las crónicas de testigos y papeles olorosos a siglos en el Archivo de Sevilla, por las jambas de cuyas ventanas trepan rosales de mosqueta. Alguna vez el viento perfumado, peñador de olivos y palmas; el viento atlántico que sube por la marisma cargado de latines del nebricense y de suras y versos, canciones de gavieros y coplas de mayoral, juega con los pétalos ligeros y gusta de posarlos levemente, como mariposas, sobre los legajos. El viento de Sevilla es muy señor.

Y en América hay rosas. Y si en América hay rosas y Sevilla no ha perdido sus papeles, todavía tenemos mucho que hablar, América, nosotros y la rosa. ¿Cómo era? ¡Ah, sí!: *«llegará el día en que pronunciamos trascendentales palabras»*. Así era. También de esto hay papeles que todavía no huelen a siglos. Pero que ya olerán.

LAS FLORES EN

como «muelle» del escusón; es una eglantina silvestre, estilizada, con sólo cuatro pétalos, entre los cuales asoman cuatro sépalos de sinople. Así aparece en el pavés de infinidad de familias, principescas o simplemente tituladas, de Alemania y de Inglaterra. En España la heráldica es más realista, como su arte y su literatura, y la rosa suele ser figurada al natural, como lo pudiera hacer cualquier pintor de flores que representase en sus matces no ya la flor, sino las hojuelas y los capullos. Así la hizo pintar, sobre campo de oro orlado de gules, Don Juan Alfonso de Guerra y Sandoval, Cronista y Rey de Armas del Señor Felipe V en el blasón de los La Rosa, Condes de Vegaflorida. «Y la rosa—escribe—significa la hermosura de este linaje, del que también es aliha (sic), y la usaron asimismo los Medizes en sus armas y algunos Pontífices, Cardenales y Grandes Señores de Italia.» Era la rosa símbolo de Imperio, en tanto une en un solo cuerpo la multitud de sus hojuelas.

También la flor del lirio, que en heráldica se llama flor de lis, tiene viejísimos precedentes ornamentales. La flor de tres solas elegantes hojas agudas, simplificación la más estricta de la palmeta, se advierte en remotos adornos de Siria y de Egipto. Acaso en alguno de estos países se prendaron de ella los caballeros cruzados y la copiaron en sus adargas (algunos quieren dar a esta pieza más vil origen y aseguran que no son sino la estilización del sapo, que usaron como emblemas ciertos reyes merovingios). Ya en Europa, adopta la graciosa forma del lirio rojo de Florencia, y la adopta la Casa Real de Francia, acaso porque, uniendo en un solo haz tres piezas, que pudieran simbolizar los tres estados, era

Blasón de las familias Costa, Hernández, Lira, Palmers, Aranguren y Rosa, según la certificación expedida por el Rey de Armas don Juan Alfonso de Guerra en 1736

La variedad infinita de las flores ha hecho de ellas frágiles signos de un lenguaje convencional. La heráldica, ciencia de signos, de emblemas y de jeroglíficos, se sirvió de ellas para que fuesen blasón parlante de muchos linajes, entre ellos de los más excelsos entre la realeza de la vieja Europa. Acaso un ramo de flores cogido al azar, sobre el mismo campo de batalla, era un bello airon que prendido sobre el yelmo de bruñido acero pudiera servir de signo para que los mesnaderos reconociesen al señor. Así debió de ser aquel haz de retamas amargas de color de oro encendido (*plant-à-genet*) que dió nombre a un guerrero su dinastía, que reinó en Inglaterra y dió a Castilla aquella buena Reina Leonor Plantagenet, que gustaba de fundar monasterios y de bordar para ellos ornamentos magníficos. También en la alegre Inglaterra dos dinastías rivales tomaron por emblema sendas rosas, blancas o coloradas, que dieron su nombre a una larga y cruenta guerra civil.

Son la rosa y el lirio las flores predilectas de los sabios heraldos que dieron origen, allá en los albores del siglo XII, a la ciencia sublime y difícil del blasón.

La rosa tiene viejísimos e ilustres precedentes heráldicos. Mucho antes de Jesucristo la adoptaron los rodios como emblema parlante en sus monedas. La figuraban en ellas por el revés, dejando ver tan sólo el dorso de sus hojas y de sus sépalos. En la heráldica centro-europea se la figura sola o repetida,



Blasón de la familia Loaysa, según un Códice del siglo XVI

A HERALDICA

Por el MARQUES DE LOZOYA

signo muy propio de la Monarquía. Su más vieja representación está en un sello de Felipe Augusto, fijado en un documento de 1180. Entonces se la figuraba en gran número, sembrada en el campo de azur del blasón. En 1373, Carlos V de Francia las redujo a tres, en memoria de la Santísima Trinidad. De Francia la tomaron otras casas reinantes que descendían o estaban emparentadas con sus Reyes, como las de los Duques de Borgoña y de los Grandes Duques de Toscana. Flores de lis tomaron también por blasón los Farnesio, Duques de Parma, y con diversas brisuras, aparecen en infinidad de escusones de familias de toda Europa.

En España la flor de lis es uno de los más frecuentes motivos heráldicos, y cuando aparece en un blasón, casi siempre los genealogistas barrocos suponían enlace, las más de las ve-

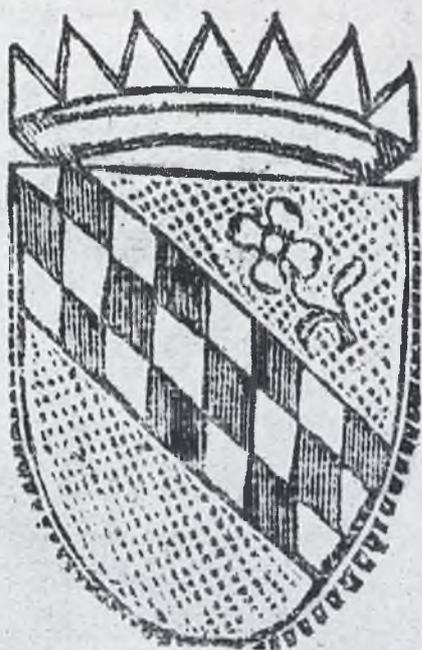


MARQUESES DE ESTEPA.

Armas de los marqueses de Estepa, según la "Monarquía Española", de Miranda (1739)

SU NOBLEZA:

249



MARQUESES DE MONASTERIO.

Armas de la familia Centurión, según la "Monarquía Española", de J. F. de Miranda (1736)

ces quimérico, con la Casa Real de Francia. Los Maldonado, linaje extendidísimo en Castilla, en la Mancha y en Andalucía, ostentan cinco de oro en campo de gules, y la leyenda quiere que un hidalgo de este linaje la ganase en torneo con un príncipe francés, el cual exclamó indignado: «C'est mal donné». Así, se ven en Salamanca, en aquella maravilla de palacio proto-renaciente que se llama «La casa de las conchas». Otra familia en Castilla usaba la flor de lis campando en soledad orgullosa sobre su blasón. Era ésta la de los Santa María burgaleses, cuya ascendencia probada está en el judío converso Pablo de Santa María, exaltado a las más altas dignidades del

Estado por los Reyes, que perseguían la religión, pero no la sangre judaica. El, su hijo Don Alonso, el de Cartagena y muchos otros preladados y señores de su linaje fueron aficionadísimos a construir y llenaron de lises heráldicas infinidad de edificios de Burgos y de Valladolid. Para atajar murmuraciones de la nobleza, aseguraban en unas coplas heráldicas que su flor de lis era mucho más ilustre que la de Francia, pues era nada menos que el emblema de María Santísima, con la cual se suponían emparentados, por la tribu de Levi. ¡Cualquiera discutía ya la prosapia de los conversos burgaleses! El patio de San Gregorio, de Valladolid, fundación de uno de estos Santa María, es la plantación más frondosa de lises heráldicas que pueda verse en Europa. Llegan hasta cubrir los fustes de las columnas, del gótico barroco isabelino.

Las demás flores se representan con muy poca frecuencia en el blasón. La azucena o lirio de San Antonio aparece sobre los palos de Aragón-Cataluña en las armas de la ciudad de Lérida, y se advierte también en las armas de la Casa setabense de los Barones del Sacro Lirio, que tenía el privilegio de guardar el lirio sagrado que se ponía en las manos de la Virgen de la Seo. Los Spill, del Maestrazgo, ostentaban como emblema parlante la humilde y olorosa flor de espliego.

Hasta en el lejano Oriente vino una flor a servir de signo heráldico a un Imperio guerrero y caballeresco. La flor del crisantemo, bellamente estilizada, es la seña del Mikado, y sobre las banderas de seda que flamearon vencedoras al viento de tantas batallas vinieron a ser como emblema del alma delicada de un gran pueblo de soldados y de artistas.

Cruces florenzadas, que es como decir «cruces floridas», de gules, de sinople o de sable, llevaban sobre el pecho los caballeros de Calatrava, Alcántara y Montesa. Flor quiere decir, como síntesis de refinamiento y perfección, como entrega generosa al Rey y al pueblo. No es más propia ninguna otra pieza del blasón para significar lo que debe ser toda aristocracia: Primer en el buen servicio y en la plena y total abnegación en el cumplimiento del deber.

LAS FLORES EN LA SAGRADA LITURGIA

Por RAMIRO DE PINEDO, O. S. B.



I

Las plantas que cubren la hosquedad de la tierra, impidiendo a nuestros ojos ver aquello de lo que hemos sido formados, y a lo que hemos de volver, invitándonos a levantar nuestros ojos al Cielo, para entonar con ellas un himno de adoración y acción de gracias al Autor de todo lo creado, producen las flores que, con sus gayos colores y sus perfumes, alegran y embalsaman las páginas de las Sagradas Escrituras;

ellas aparecen en nuestros Misales y Breviarios, en nuestros Antifonarios y Responsoriales; pero muestran toda su hermosura y desprenden sus más gratos aromas en los Cantos Mariales, en los que compiten porfiadamente para cantar las glorias de María nuestra Madre, a la que el Rey Sabio llamara en sus Cantigas: «Rosa das rosas e fror das frores. Donna das donnas, Señor ças sennores.» Llamándola más adelante, en su poético entusiasmo: «Rosa de beldad y de parecer et fror d'alegría e de pracer.»

Pero si en la letra de los Sagrados Libros las flores aparecen adornando sus páginas con su hermosura, en los Cantorales derraman sus aromas que parecen tomar forma plástica en el pentagrama gregoriano, elevándose con las voces hasta el trono del Señor, del mismo modo que las volutas del incienso cubren con sus aromas las bóvedas de los templos.

Pero los aromas de las flores y su hermosura no harían otra cosa que halagar nuestros sentidos y serían la flor de un día, que hoy nos muestra su belleza y mañana sólo sirve para arrojarla al fuego (1).

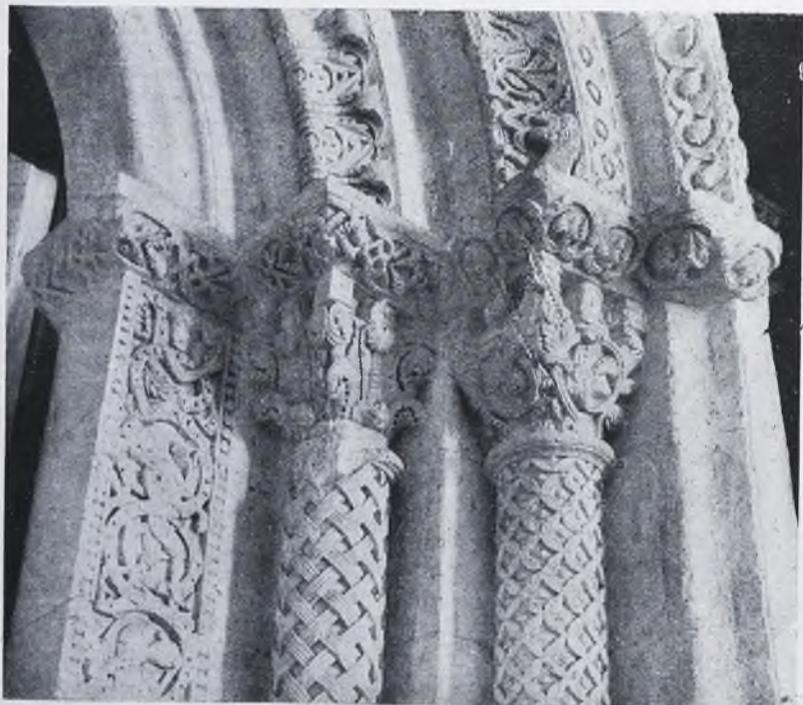
Las flores en la Liturgia sagrada tienen vida perenne, porque ellas nos hablan al alma con el bello lenguaje de los símbolos. En las Sagradas Escrituras, la luz divina hace aparecer a las flores en el momento preciso, con un significado específico del que no puede dudarse. Este significado oculto a la mayor parte de las inteligencias que, envueltas en las penumbras del mundo, tienen cubiertos los sentidos del espíritu con un tupido velo, ha sido revelado por los Santos comentadores de los Sagrados Libros, por los Doctores de la Iglesia y los exégetas, que, valiéndose de los colores, de los aromas, de los puntos donde las plantas crecen y de sus propiedades todas, levantan el velo del misterio, pues el símbolo no es otra cosa, para poner claramente ante nuestros ojos lo que cada una de las flores quiere decirnos al abrir sus corolas entre las líneas de los libros litúrgicos.

En los viejos tiempos medievales, las flores esmaltaban con sus colores los viejos pergaminos. En ellos aparece algunas veces en notas marginales su significado simbólico. Nuestros viejos y admirables Beatus, que aunque no son libros litúrgicos son exegéticos, tienen todos ellos sus láminas enmarcadas con flores. Los Evangelarios, los libros litúrgicos todos, aparecían a veces exornados con flores simbólicas; pero la ornamentación floral culmina en los libros de horas usados por los reyes y magnates, en cuyas páginas, la bella caligrafía, enmarcada en bellos minúsculos sobre oro, plata o simplemente sobre el pergamino, dan no solamente la sensación de una gran belleza, sino también el amor con que se había efectuado el trabajo y el deseo vehemente de alabar a Dios y hacer que los demás le alabaran al admirar tanta belleza.

Ciertamente, que no todos podían adquirir estos libros; es más, la mayor parte de los fieles no podían usarlos, porque una educación rudimentaria no les permitía leer y escribir; entonces la Santa Iglesia, que es Madre, y Maestra sobre todo, hacía que en la decoración de los templos aparecieran las flores simbólicas que servían no sólo de encanto a los ojos, sino también de provecho al alma. Así, en sus portadas, las guirnaldas de flores corren a lo largo de las ar-



Puerta "Speciosa", del Monasterio de Santa María de Estivaliz, Museo de Reproducciones Artísticas, Madrid



Detalle de la puerta "Speciosa", del Monasterio de Santa María de Estivaliz, Museo de Reproducciones Artísticas, Madrid

chivoltas, llenan los capiteles y las cornisas, entre ellas se enredan los animales simbólicos, y estos elementos forman frases de las Sagradas Escrituras exponiendo los misterios de la Religión, de modo que el pueblo, fiel e ingenuo, no sólo admiraba su belleza, sino, lo que no ocurre ahora, conocía perfectamente el significado de cada una de las representaciones, recibiendo, por el camino de los ojos, el alimento del espíritu que reafirmaba en ellos la fe.

Veamos ahora cuáles son las fuentes para la interpretación simbólica del reino vegetal. Es sabido cómo los antiguos se servían de ciertos formularios, de ciertas claves, que, auxiliando a la inteligencia, abrían los secretos del enigma. La clave más antigua se remonta al siglo segundo de nuestra era, rozándose con los tiempos apostólicos; es la clave de Melitón, llamada así porque es su autor Melitón, obispo de Sardes. Esta clave fué dada a luz por un monje benedictino de nuestra Congregación de Solesmes: el cardenal J. B. Pitra, que después de una búsqueda impropia que duró veinticinco años, encontró el ejemplar más antiguo que se conoce en la Biblioteca Barberini, de Roma. San Euquerio siguió los pasos de Melitón con su formulario, y éstos son los dos únicos prontuarios sobre la materia. Más tarde, muchos doctores y exegetas, valiéndose de estas mismas fórmulas, esclarecen accidentalmente, en los pasajes de sus obras, el simbolismo de esta o aquella especie vegetal, indicando sus virtudes y su valor alegórico; San Jerónimo, San Ambrosio, San Isidoro, los Padres Toledanos, principalmente San Ildefonso, Rabano Mauro, Pedro de Capua, Wilfrido Estrabón, Durando de Mende y las monjas benedictinas Santa Hildegaria y Santa Matilde, con otros muchos, nos dan a conocer la significación simbólica de las flores. Sus páginas, llenas de poesía, hacen atractiva esta lectura, que, a veces, se produce en versos bellísimos.

II

Las flores adquieren tal importancia en la Liturgia, que aun en el Cielo es considerado como un paraíso en el que reina la felicidad y la paz. Lugar del refrigerio, de la luz y de la paz se le llama en el canon de la Santa Misa. Así, el paraíso terrestre está considerado como figura del Cielo y es simbolo de la felicidad eterna. Los santos son sus flores; así, durante el tiempo pascual, se canta esta bella antífona: «Tus santos florecerán, ¡oh, Señor!, y estarán ante Ti como el olor del bálsamo» (2).

Este lugar delicioso aparece pintado desde primera hora en los areosolios, en las bóvedas y las paredes de las catacumbas. En las bóvedas se ve, en un medallón central, al Buen Pastor, mientras en el resto de la bóveda aparecen las flores y lianas en las que se posan los pájarillos, que parecen picar los frutos, racimos de uva generalmente, que entre las hojas y las flores aparecen.

En una de las catacumbas el Paraíso está representado por una mujer desnuda cubierta de flores, a la que sirven de repostero verdes árboles.

En la catacumba de San Sotero se nos muestra el busto de Dyonisias, seguramente enterrada allí, rodeado de plantas, flores y racimos de uva. Una paloma, simbolizando el alma de la difunta, vuela hacia ella, y debajo del nombre de Dyonisias aparece la clásica fórmula «In pace». Esta fórmula y aquellas en las que se pide la luz, el refrigerio y la paz, son frecuentísimas en estos santos lugares, en los que encontraron su sepulcro tantos mártires y santos. Pero no sólo en las bóvedas, paredes y sepulcros aparecen los santos entre flores. En los objetos en ellas encontrados vemos también las mismas representaciones; he aquí a la Virgen Santísima representada entre dos arbustos floridos, sirviéndole de fondo una montaña, sobre la que se posan dos palomas. El nombre de María aparece encima de la imagen coronada con un nimbo incipiente.

Entre los muchos textos antiguos que corroboran estas ideas, el más fehaciente es uno que aparece en las Actas de los Mártires: San Saturio, el compañero de martirio de Santa Perpetua. Soñó la víspera de su martirio que era despojado de su carne mortal y transportado por cuatro ángeles a la región de Oriente. Siguiendo una dulce pendiente, llegaron a un sitio profundamente iluminado: era el Paraíso. Se hizo ante nosotros — añade — un grande espacio, que era como un jardín con árboles floridos con rosas y todo género



Pila bautismal del Monasterio de Santa María de Estibáiz, Museo de Reproducciones Artísticas. Madrid



Detalle de la pila bautismal del Monasterio de Santa María de Estibáiz, Museo de Reproducciones Artísticas. Madrid

de flores; su altura era como la de los cipreses y cantaban sin cesar. Abramos las viejas Claves y examinemos, a la clara luz que de ellas emana, algunos motivos ornamentales y floridos que con más frecuencia aparecen en nuestros templos y en nuestros claustros. Hablando de la flor, nos dice la Clave Melitoniaca: «La flor es Cristo». Y añade la frase escriturística: «Yo soy la flor del campo» (3). Así es en efecto. Cristo es humilde, como las pequeñas flores que pisamos con nuestros pies. Así se dejó El abatir por los hombres hasta ser sacrificado; pero así como la humilde flor, que después de ser pisada levanta al cielo su corola para cantar las glorias del Señor que la creara, así también Cristo, después de muerto por nosotros, resucita glorioso para subir a la gloria y enseñarnos el camino del cielo. Otra de las frases que la Clave aduce es la siguiente: «Nacerá un renuevo en el tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor y reposará sobre ella el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría, de entendimiento.» (4). Sigue el Profeta enumerando la plenitud de los dones con los que la Divina Humanidad de Cristo habría de ser dotada: su reino, su justicia y su fuerza.

Escuchemos también a los Santos Padres, que nos dicen: «La raíz de Jesé es lo único que quedó de aquellos pueblos que fueron aniquilados por la ira del Señor en castigo de sus iniquidades. El renuevo de esta raíz y su vara florida es la Virgen Santísima; la flor es Cristo.»

Este árbol de Jesé aparece en la ornamentación de las iglesias de la Edad Media primero, timidamente. La primera vez que se le ve es en Francia, en una vidriera en la que aparece un anciano vestido a la manera judía; se encuentra de pie y nimbado por las ramas de un árbol, entre las que aparece una flor; a sus pies se ve el nombre de Jesé. Luego, más tarde, la escena se desarrolla en diversas formas, y aparece, no sólo en las vidrieras, pasando a las paredes de los templos y a los bajo-relieves de los claustros. Uno de los más conocidos es el que se encuentra en el maravilloso claustro de Silos, muy deteriorado por las inclemencias del tiempo; pero que aun se aprecian en él la finura y elegancia que preside en toda la ornamentación de este claustro, unico en el mundo.

He aquí cómo aparece ante nosotros: Jesé reposa acostado en su lecho, teniendo la cabeza apoyada en una de sus manos. Cubre su cabeza el clásico gorro judío, especie de turbante, que tan frecuentemente aparece en la iconografía. De su costado emerge el árbol, que extiende sus ramas; las dos más bajas se expanden hacia los lados, y en ellas se sientan dos Profetas. Las ramas centrales se curvan al extenderse, formando un óvalo que no se cierra y sirve de repostero y asiento a la Virgen, que, generalmente, no suele aparecer en esas representaciones; siguen las ramas del tronco emergiendo en la misma forma. Otros dos Profetas se sientan en ellas; uno de ellos apunta con su dedo índice las figuras que se sientan en el óvalo que las ramas forman en el centro: es el Profeta Isaías. En el óvalo tiene su trono el Padre Eterno, nimbado con el nimbo crucífero, y en su seno aparece Nuestro Señor. Hermosa manera de representar la consustancialidad del Padre y del Hijo; sobre la cabeza del Padre y en medio de flores y frutos, se encuentra el Espíritu Santo, en medio de las ramas laterales, en las que se sientan otros dos Profetas. Los frutos que en esta parte y en otras del árbol aparecen son nueces y almendras, frutos simbólicos, de los que nos ocuparemos luego.

En nuestro Santuario de Estibaliz, en una de las jambas de la Puerta Speciosa, vemos también un árbol de Jesé, más modesto, pero no menos bello; no aparece el progenitor Jesé; el árbol comienza en la boca de una serpiente, símbolo del pecado; de ella aranca una rama, que se alza en amplias curvas rampantes, de amplias y graciosas volutas, formadas por hojas de una vegetación exuberante, las cuales, aplicándose a los tallos, los cubren completamente con sus amplios y festoneados bordes; antes de terminar la composición, el tallo de la última voluta cambia de dirección para terminar en una caprichosa hoja que sirve de asiento y repostero a una figura sentada en la cima de la rama; esta figura, tratada realmente como una flor, es Cristo, que tiene en una de sus manos un Evangelio y bendice con la otra a la manera griega. Su cabeza está nimbada por un nimbo perlado en forma de nuez y como aureola tiene la cruz de espas clásica.

La flor es también la imagen de María; ya nos lo ha dicho el Rey Sabio llamándola «A flor das flores». El santo abad benedictino de Cluny, San Hugo, en una admirable composición poética, nos dice: «Salve, Madre Sagrada del Verbo, flor gloriosa y gloria del espinio; nosotros, llenos de espinas, nos encontramos ensangrentados por las espinas de nuestros pecados; tú no sabes lo que son las espinas». La flor es también símbolo de los ángeles, y entre muchas cosas simboliza la gloria del mundo, ¡flor de un día!

Abandonemos la flor en general para ocuparnos de algunas, en particular de las que más abundan en la ornamentación de nuestras iglesias.

La flor del almendro.—El Profeta Jeremías, al principio de su Profecía, nos dice: «Luego me habló el Señor, y dijo: ¿Qué es eso que ves tú, Jeremías? Yo estoy viendo, respondió, Veo una vara vigilante.» ¿Qué vara vigilante es ésta que ve el Profeta? El texto hebreo nos lo dice bien claramente, pues en él se lee:

רָשָׁה וְיָגֵד

«Veo una vara de almendro». Todo el mundo sabe que el almendro es el árbol que ostenta sus flores en pleno invierno; en él ven los Santos Padres los albores de la Santa Iglesia. San Gregorio Magno nos dice que en esta flor debemos ver las voces de los Predicadores, que desde el principio de los tiempos predicaron con su palabra y su ejemplo, haciendo así nacer las flores y los frutos de las buenas obras, previniendo de este modo a todos los árboles fructíferos que habían de venir a través de los tiempos aportando los frutos de la santidad. Otros Padres desarrollan esta idea misma diciendo que la Iglesia primitiva, que empezó con Abel, siguió con los Patriarcas y Profetas, y dió su fruto, esto es, «la almendra, que vino a unir el cielo con la tierra».

Pocas veces aparece la flor del almendro en nuestra iconografía; en cambio, en las portadas de los templos se ve con alguna frecuencia la imagen de Cristo presidiendo las escenas apocalípticas en ellas esculpidas. Esta imagen aparece casi siempre dentro de un nimbo o mandorla que los arqueólogos conocen con el nombre de almendra mística; realmente, no es éste su verdadero nombre, sino el de nuez mística, pues los antiguos llamaban nueces a todos los frutos de cáscara dura. Vamos a dar un resumen de lo que decíamos en una de nuestras obras sobre el simbolismo, para mostraros en el grabado una de las más hermosas que existen en la puerta de la iglesia de un pueblecito castellano.

San Ildefonso nos cuenta cómo floreció la vara de Aarón en una sola noche, y cómo de ella salieron nueces. Esta vara, que produjo nueces, fué imagen del Señor. La nuez tiene en su cuerpo la unión de tres sustancias: la corteza exterior, la cáscara y el núcleo. Es la parte carnosa exterior el cuerpo de carne; son la cáscara dura los huesos; es el núcleo interior el alma. El cuerpo carnoso, que tiene en sí aspereza y amargura, simboliza la carne del Salvador, que sufrió las amarguras y asperezas de la Pasión. En el núcleo interior tenemos la dulzura de la deidad, que se nos da como alimento y como luz: es la cáscara dura el leño de la Cruz, que sin discernir lo que hay entre lo de fuera y lo de dentro, asoció como leño mediador las cosas del cielo con las de la tierra. Mucho más tarde que nuestro San Ildefonso, Pedro de Riga, en su célebre poema *Aurora*, desarrolló esta misma idea aplicando el texto a la almendra.

Ved en el grabado a Cristo Juez dentro de la almendra haciéndose un todo con ella, diciéndonos claramente que el simbolismo en nuestra iconografía responde a algo real y no es solamente imaginativo, como creen algunos.

Los lirios.—El lirio es Cristo, pues El mismo nos dice: «Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles» (5). Citar todos los textos sagrados en los que los lirios aparecen nos haría interminables; digamos solamente que ellos son también imagen de la Virgen María, porque en ella concurren todas las propiedades del lirio, según nos asegura Pedro el Cantor con estas palabras: «La Virgen María se compara con el lirio porque el lirio brilla con su candidez y blancura entre todas las flores, espira o derrama un olor suavísimo, cura las heridas y nace de la tierra inculta.» Así, María es cándida e imaculada, llena de virtudes, que, derramando sus aromas, nos hacen afirmarnos en la fe y ejercitarnos en las buenas obras. Cura las enfermedades como María curó, con un nuevo e inaudito modo, nuestras llagas, dando a luz a su Divino Hijo. Por último, nació de la tierra inculta, pues siendo hija de Ioaquín y Ana, que pertenecían al pueblo judío, representan la tierra inculta en la que, como un lirio, fué dada a luz la gloriosa Virgen de las vírgenes.

Los lirios simbolizan también el candor de las vírgenes y de los santos, la pureza de las Sagradas Escrituras y la de la Iglesia.

Hubiéramos querido hablar de la flor de lis, ese lirio un poco fantástico que en la heráldica simboliza la realeza y los franceses han querido hacer algo exclusivamente suyo; nada más erróneo. En nuestros manuscritos hay miniadas flores de lis con ese carácter, y yo os presento un capitel del Santuario de Estibaliz en el que sobriamente se predica la realeza de Cristo. Un lirio de cuatro pétalos se encuentra en la parte alta del tambor; a sus lados, unas flores de lis nacen de unas hojas espinosas que caen en una graciosa curva sobre el capitel. No se puede dar una combinación más sobria ni más artística; ella nos dice la realeza de Cristo en ese lenguaje misterioso que, entrando por los ojos, habla a nuestro espíritu.

Aun queda mucho que decir de las flores, pero el espacio de que disponemos no permite divagar. Digamos solamente dos palabras sobre las rosas, esas bellas flores que adornan y embalsaman con sus perfumes nuestros altares, nuestros jardines y nuestras casas.

Hay tres clases de rosas, nos dicen las Distinciones Monásticas en su libro IV: «La rosa adulterina, a la que se llama impropriamente rosa, pues su verdadero nombre es salinca, de la que más vale no hablar; la rosa sencilla, en la que un orden de hojas forman un círculo bien ordenado, y, por último, la rosa doble, cuyo círculo se cierra por hojas dobles. Estas rosas son símbolo de aquella flor primaveral que nació de la raíz de Jesé, el siempre bendito Cristo. Significa también la bea-

(1) Mateo, VI, 30.

(2) Antífona primera de Laudes, Tiempo Pascual.

(3) Cantar de los Cantares, cap. II, 1.

(4) Isaías, XI, 1.

(5) Cant de cant, I, 2.

(Continúa en la página 99)





DIPSACUS LACINIATUS, boja seca



FORMAS ELEMENTALES DEL ARTE

ASPIDIUM FILIX MAS, profoliación

DELPHINUUM, hoja seca

DELPHINIUM, hoja y tallos secos

STRUTHIOPTERIS GERMANICA, profoliación circinal

ALLIUM OSTROSKIANUM, tallo y hoja seca

POLYSTICHUM MUNITUM, planta brújula



«Urformen der Kunst», del profesor Kar Blossfeldt, nos da una visión certera de la belleza de las formas naturales. El alto grado de elegancia que alcanza la simetría en los vegetales. Parece como si en el mundo de las plantas la, preocupación máxima, estuviera dirigida por una compleja conciencia de la matemática formal. Y alcanza tal grado de fidelidad su traducción plástica, que bien podemos decir, que en el cosmos de las hierbas y de los árboles, la geometría se hace carne viva • Aquí están las fotos magistrales de Blossfeldt, comprobando nuestra afirmando • Excusamos mayor número de palabras. La elocuencia de las figuras que se han reproducido hablan de calidades eternas, de aciertos planos, de resultados logrados.



INVOLVULUS Y CAMPANULA, flores



SYMPHYTUM OFFICINALE

ANALES DEL JARDIN BOTANICO

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

No se aviene Madrid ni a las fuentes selladas ni al jardín en clausura. Más que en su río se mira en los espejos de agua de sus fuentes, a los que nunca se les va el azogue. Ibamos muchas mañanas al Jardín Botánico a darles los buenos días a los cuatro amigos de piedra: La Gasca, Cavanilles, Clemente y Quer, que aunque ven allí día a día, hora a hora, cómo el cielo muda sus meteoros y el corazón del hombre sus paisajes, no cambian. "Todo en redor de nosotros—decían—, fluye y va cambiando mientras nosotros somos los mismos". De la fresca ancianidad del niño, padre del hombre, habla el tropo de Oriente. En la niñez, que los viejos inextinguiblemente renuevan, se pensaba en el jardín al poner la mano en el olmo gigante, en el ginko o en los almeces. Todo pasa, pero todo es nuevo bajo el sol cuando se sabe mirar, y era nuevo todo. ¿Era?: y es porque en los Anales del Jardín Botánico no hay apenas ayer, pues hasta el primitivo del Soto de Migas Calientes que precede al del Prado data de la mitad del siglo XVIII. Veinte años cumple entonces—1755—el cedro del Líbano del Jardín de Plantas de París, que Bernardo de Jussieu trajo en un sombrero. En el jardín del Soto de Migas Calientes se reúnen los enamorados y los versados en las ciencias naturales, y Quer y Minuart son allí maestros, como Mutis todavía discípulo. Cuatro años antes, Linneo, para deferir a una invitación real que él personalmente declina, manda a Loeffling para que trabaje en el Jardín Botánico y herborice en las dos Castillas. De España parte Loeffling, en misión científica, para Venezuela, donde muere a los veintisiete años.

El Jardín Botánico del Paseo del Prado nace bajo los auspicios de Carlos III. Nos vedamos toda alusión al despotismo ilustrado, a la Enciclopedia o a las regalías del trono, aunque recordemos que el siglo XVIII, sobre ser en Madrid el de la arquitectura de Ventura Rodríguez, de Villanueva o de Sabatini, es el de las compañías de comercio, como la Guipuzcoana de Caracas, la de Filipinas y la de Barcelona, para las transacciones con Puerto Rico, Cumaná y Margarita, la de los Cinco Gremios Mayores, aquí, en la villa, y de otras más. Es el siglo de los canales con Dabín, el ingeniero holandés; Kroyenhoff y Pig-



natelli; el de las ciencias experimentales, que trae a España, como a Loeffling, a Guillermo Bowles, que escribe con Azara la memorable "Introducción a la Historia Natural y Geografía Física de España", que Milizia vierte al italiano y el vizconde de Flavigny al francés; es el de los viajes del personal científico de la Armada, con Malaspina y Bustamente, en la "Descubierta" y "Atrevida", en que van los naturalistas Pineda y Tadeo Heinke, y el botánico Nel, y con Galiano y Valdés en las goletas "Sutil" y "Mexicana"; es el de las academias, el del observatorio del cerro de San Blas y el de tantas cosas que llevamos disueltas en la sangre. Eso que llaman cultura es para nosotros ese buen sedimento que nos queda cuando ya hemos olvidado lo que supimos. Del siglo que ha olvidado lo que supo en la internacional patricia de la ilustración, guillotinado por su propia mano, le queda a Madrid el tono. De ese siglo al que hoy se instruye proceso es el Jardín Botánico, el que nos abría ayer y hoy nos prohíbe sus avenidas y sus glorietas. En el frontispicio de

la puerta del Jardín que da al paseo del Prado leemos ahora con nostalgia la inscripción latina de Gómez Ortega:

CAROLUS III P. P. BOTANICES. INSTAURATOR CIVIUM.
SALUTI-ET. OBLECTAMENTO
ANNO MDCCLXXXI

Gómez Ortega, con Villanueva y con el ingeniero militar don Tadeo Lope, es fundador del Jardín, para el que vive como para su ciencia y promueve las expediciones, que son en los fastos de la botánica honor y leticia: la de Ruiz y Pavón a Chile y al Perú, la de Mutis a Nueva Granada, la de Sesé y Mociño, de Bolbo o de Malaspina a otras latitudes del globo. Unido, en 1815, el Jardín al Gabinete de Historia Natural, para constituir el Museo de Ciencias, depende de nuevo, en 1868, del rectorado de la Universidad, que delega la Jefatura en don Miguel Colmeiro, que nos sirve con su obra "La Botánica y los Botánicos de la Península Hispano Lusitana" de introductor en la compañía de botánicos, de cuyos nombres Quer o Minuart, Palau o Gómez Ortega, Cavanilles o La Gasca, Rojas o Barnades, resue-



Detalle de la masa leñosa



Perspectiva del emparraado

nan tanto como nuestro Jardín los de París y Amsterdam, Leyden o Bolonia. Del abandono, unas veces, y del exceso de celo, no pocas, se va salvando en el tiempo el Jardín Botánico, que hoy nos cierra, con lo que nos abre más—no hay edén sin prohibición— su glorieta de Cavanilles y sus estufas, sus cuadros de siembra y sus viveros, sus escuelas y sus laboratorios, sus colecciones y sus herbarios, y como el hombre no sólo vive de ciencia, sus estanques y sus paseos, junto a los cuales es grato recordar el ayer que nos configura el mañana. Cuatro mil semillas que vienen de otros jardines van cada año en el “cuadro de siembras” al tiesto correspondiente. Siempre que vemos en nuestro camino una semilla que el viento arrebató en sus giros, la alzamos entre los dedos como si fuese un diamante.

Ha sido menester para que ella exista que una planta, desde el principio de los tiempos, haya, a través de miles de milenios, florecido y granado en miles y miles de otras, que se transmiten el ser como transmitimos nosotros en el juego de la creación la antorcha de la vida. Devolvemos la semilla al campo para que recommence a palpar y dé la flor que grana y se continúe en las edades hasta el último día. En los hipogeos, rompeolas de siglos, de los faraones, se ven en vasos semillas que conservan su virtud germinativa, y hoy, a tres mil años de distancia, prenden en tierra y se hacen árboles, en los que la vida de sus padres, de Lucsor o de Tebas continúa.

En los herbarios, en las colecciones de plantas secas, advertimos que la geometría ha miniado formas más delicadas aún que en los cristales. Láminas hay en las que el misterio natural, que es misterio en plena luz, dibuja en la hoja o en la flor más finamente que el grabador de camafeos en la cornalina o en el ónix. Más de ciento cuarenta mil plantas secas guar-

da el Jardín matritense, en el que se suman herbarios de Cavanilles, de Sese y Mociño, de Nel, de La Gasca, de Rodríguez Salcedo, de Colmeiro y otros, de los que algunos son casi recientes, como los de Vicioso y las colecciones de hongos microscópicos de Fragoso o de muscineas de Casares Gil. De las expediciones científicas quedan herbarios como el de Mutis, de Nueva Granada; los de Ruiz y Pavón, a quienes debemos la “Flora Peruana y Chilense”, hoy célebre; el de Grisebach y el de Wright, de plantas de Cuba; el de Filipinas, de Blanco y Llano, y otras que proceden de los Andes, de Quito, de México, de las Molucas, de Java, del Japón o de Australia, de donde las trajo Mueller. En el herbario de la expedición del Pacífico no hay menos de ocho mil plantas diferentes, de las que se han clasificado más de dos mil.

No aludiremos a los cientos y cientos de obras que Colmeiro, en su “Bosquejo Histórico y Estadístico del Jardín Botánico de Madrid”, o la serie botánica de los “Trabajos del Museo de Ciencias Naturales”, o los Anales, Memorias y Actas de la Real Sociedad Española de Historia Natural, registran. Profanos en disciplina tan ilustre como la botánica, íbamos al Jardín matinalmente a dar los buenos días a los cuatro amigos de piedra: La Gasca, Cavanilles, Clemente y Quer. Alguna vez pedimos, por pedir, plantas medicinales, de las que se dan gratuitamente y que sirven para enfermedades del ánimo.

Aunque subsista la clausura del Jardín, en que hombres de ciencia trabajan, se nos consentirá algún jueves ir allí y pasar la mano por el olmo gigante o por los almeces.

Vamos teniendo nosotros también muchos años en cada hombro. ¡Bah!... A un hombre de cien años o de más le basta un recuerdo para ser como un olmo seco, al que le naciese de pronto, intempestivamente y por pura ventolera, una rama verde.



Busto de Linneo



BIOLOGIA FLORAL



La flor es el órgano de lujo de la planta.

El vegetal, como un obrero o un hombre de negocios austero, infatigable, tenaz, en vigilia constante, va extrayendo minuto a minuto, con esfuerzo infinito, las reservas nutritivas del suelo y va fabricando azúcar, almidón, aceite, etcétera, que almacena avaramente en el fondo de sus tejidos.

Esto dura una temporada, unos meses, a veces quince o veinte años, a veces mucho más.

De pronto siente necesidad de tener flores. En este momento está perdido. Todo lo echa a rodar. Su fortuna, obtenida a expensas de un plan rígido de privaciones y sudores que supone muchas horas de fatiga y tensión, la dilapida en unos días, en unas horas.

La producción de sus flores le cuesta todo esto, y, sin embargo, la fuerza fatídica de la flor, su poder de vampiresa, le vence, le domina y le pierde. En un momento, los resortes de su economía minuciosa y perfecta se quiebran, y la derrocha en una bacanal de colores y perfumes.

Con qué codicia presente la suavidad de los pétalos, la ca-

lidad de su brillante colorido, la madurez de los estambres, plétóricos de polvo polínico, que en forma de nube dorada envolverá el órgano femenino, turgente, dotado de graciosas curvas.

Entre tanto va gestando los botones florales.

Las plantas silvestres aun tienen la compensación de que ese tirar la casa por la ventana les dará semillas, que son las futuras plantas, destinadas a perpetuar su memoria; pero las de jardín, las cultivadas, ni siquiera tienen esa compensación. Producen flores estériles, sin vestigio de semillas. Son las llamadas flores dobles (florae plena), verdadera locura de la economía vegetal.

Las flores, esos seres misteriosos que son la quintaesencia de la feminidad, organizan grandiosos festivales sensitivos.

La flor de la azucena es tan exuberante, que el botánico pone un poco en duda su pretendida pureza.

Su perfume es tan intenso y penetrante, que llega a marear. El blanco puro de sus pétalos supone un dineral. Sus verticilos, masculino y femenino, están dotados de gran vitalidad.

De la azucena en adelante, nos encontramos con un «crescendo» vertiginoso de alegría pánica.

Las flores del *Amoripphallus*, en el momento de su madurez, elevan la temperatura a 35 grados y más, de manera que si se aproxima la mano, se las nota fuertemente calientes.

La *Vallisneria* tiene sus amores en el agua. Los sexos separados, en plantas distintas. Las flores masculinas se forman en el fondo del río, y en el momento de madurar se desprenden y elevan a la superficie, donde flotan libremente impulsadas por la corriente. Aguas abajo están los pies femeninos, que producen flores en los extremos de largos pedúnculos arrollados en tirabuzón, que funcionan como un resorte y mantienen la flor joven sumergida. Cuando madura, el resorte se relaja y la flor emerge en la superficie del agua. Abre su corola y aguarda, llena de emoción, la llegada de una flor masculina, que viene a la deriva, muellemente mecida por las tibias ondas fluviales. Se encuentran, se besan, y la flor femenina fecundada se cierra, contrae su pedúnculo y vuelve a sumergirse en el misterio del río.

La ruda, a pesar de su nombre, tiene una feminidad tan exquisita, que su gineceo capta fuertemente la atención de los estambres dispuestos en corro a su alrededor. La sugestión va creciendo en intensidad y se ven claramente curvarse los filamentos hasta que se establece el contacto. Pasado el momento de la polinización, los estambres recobran su posición normal.

En abril, cuando las grandes avenidas de Castaños de Indias están cuajadas de conos blancos o rubicundos, se pueden ver los estambres, rígidos y tensos antes de la madurez y desmayados una vez pasada la polinización.

Lo general es que la flor tenga los sexos reunidos, sea hermafrodita. Pero este hermafroditismo rara vez es funcional. A pesar de su plan formal de autofecundación, funciona la fecundación cruzada (1). Para ello puede ocurrir que los gérmenes de los dos sexos maduren en momentos distintos. Otras veces hay dispositivos especiales que dificultan la autofecundación, bien por el tamaño de los mismos o por la presencia de piezas obstaculizadoras.

Hay un grupo modesto de plantas púdicas. Son las cleistógamas, que quiere decir matrimonio a puerta cerrada.

Sus corolas no se abren nunca, y en el seno de su misterio tienen lugar sus amores.

Arrastran la tragedia de Narciso y no consienten que un ser extraño ponga la mano sobre ellas. Esta actitud, al menos al humano, puede parecerle una aberración más.

Se podía estar hablando de este tema indefinidamente.

Son muchos los hombres a los que las flores les llaman a gritos y que han consumido su vida entera en la contemplación insaciable de las misteriosas y puras flores. Uno se pregunta si el antólogo, que es el que profesa la antología por antono-

masia, no tendrá en el fondo de su alma un como alcaloide de donjuanismo. De un donjuanismo tal como se interpreta en nuestros días.

Vamos a terminar.

Las flores menos ardientes se dejan polinizar por el viento: son las anemófilas.

Es curioso que, a veces, en plantas de parentesco muy próximo, como sucede con el sauce y el álamo, éste sólo sea anemófilo.

Pero una gran mayoría de las flores llevan su juego amoroso a extremos de una complicación realmente extraordinaria.

No se contentan con sus recursos; solicitan y obtienen la colaboración de un tercero, que suele ser un pájaro, una mariposa, un pez, etc. Y entonces, la arquitectura floral se complica de un modo pasmoso. Aparecen curvas, planos, tactos, superficies, asperezas, labios, néctar, olores. El lujo de detalles, que estimula los sentidos, es inagotable.

Las labiadas, por ejemplo, no se satisfacen con recurrir a los colores más calientes y perfumes más exquisitos.

Modifican su estructura profunda; sus flores toman forma de labios para besar materialmente al visitante, que, cargado de polen, se entrega a diario a tan grato placer.

Puede ser mortal esta misión, en apariencia inocente.

He visto el cadáver de una mariposa que quiso besarse con una *Asclepiadácea*.

Esta planta vive en España por casualidad. Su semilla ha venido de los países cálidos en el yute de los sacos que traen y llevan los mercaderes. Ensayó vivir aquí y se encontró a gusto. Las flores de esta planta tienen una especie de gorguera almidonada, en cuyo centro se abre un tubo. Su entrada está dotada de sensibilidad contráctil.

En el trópico la besan mariposas fuertes de probóscide robusta, que, al penetrar en el tubo, quedan sujetas. Entonces la mariposa grande forcejea, libra una lucha, sacude la flor, que se defiende, al mismo tiempo que su polen se prende en la trompa del insecto y recibe el polen extraño.

Al percibir la fortaleza del visitante, se deja vencer, suelta su presa y queda tranquila. La mariposa marcha a otra flor.

En España, una inexperta *Macroglossa*, fuerte, pero no tanto como para medirse con aquella flor, tuvo la pretensión de hacer el juego amoroso a ésta.

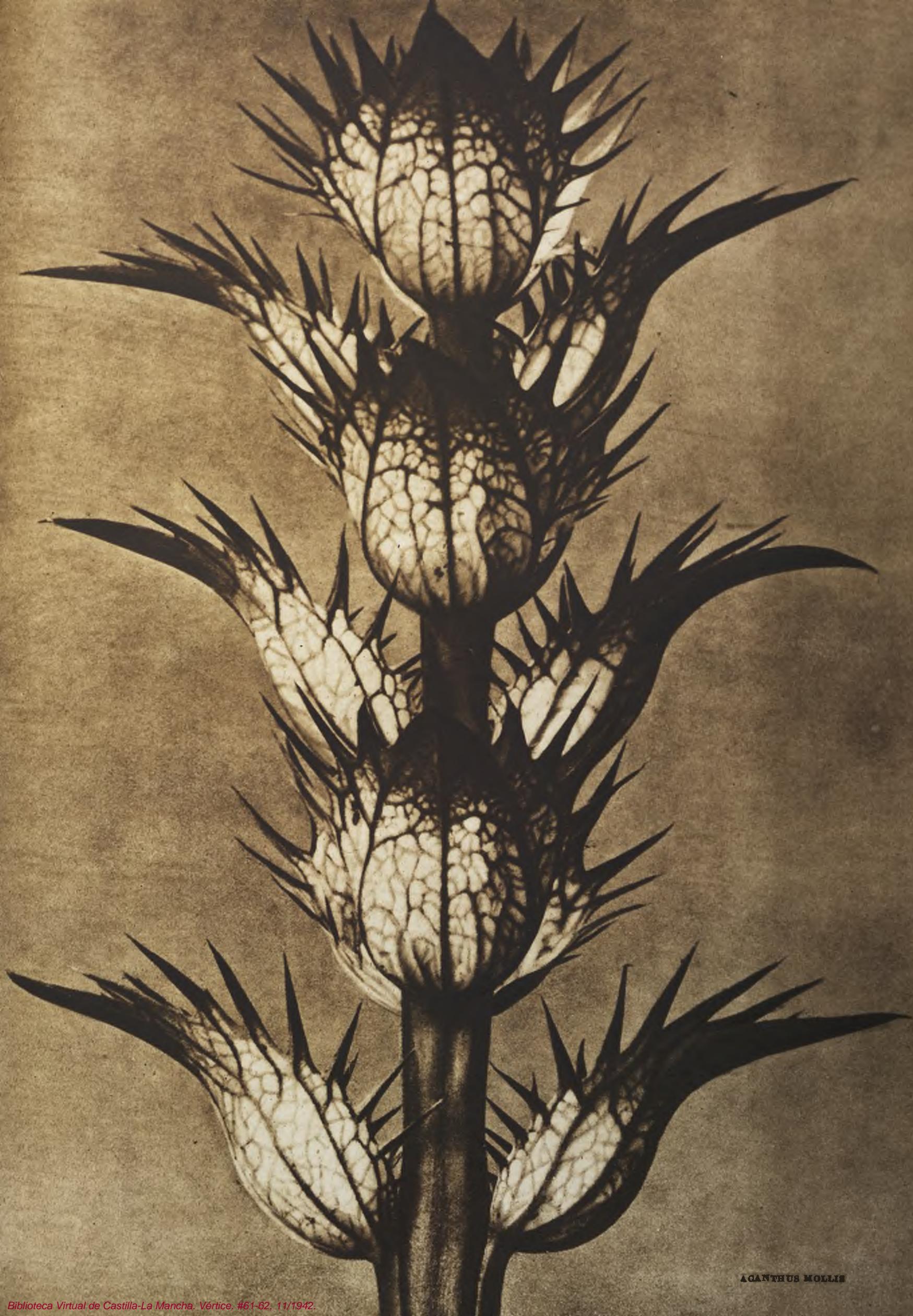
En la lucha entre la mariposa y la flor, murió aquella prendida del cerco dulce, pero inexorable, de la bella y cruel *Asclepiadácea*.

Yo mismo vi el cadáver rígido de la *Macroglossa*.

(1) Una flor fecunda a otra.

περίανθος





AGANTHUS MOLLIS

MORFOLOGIA FLORAL

En la flor predomina la simetría radiada, porque es el centro de todo un mundo de colores, perfumes y sensaciones. Hacia ese centro convergen la atención de los insectos y demás agentes polinizadores y los amores y afanes del botánico. No hablemos de la burguesa europea' que por encima de todas las cosas ama las flores. La calidad sutil de la carne que forma la flor, no tiene par en los restantes seres naturales. Esa carne, al hacerse forma, se entrega a la más rica y variada fantasmagoría de lo formal, alcanzando una inverosímil multiplicidad. Pero siempre respetando el eje de simetría donde se cruzan varios planos. En el mundo animal sólo se encuentra en anémonas y corales, que de antiguo pasaron por flores marinas. Pero no contenta la flor con este malabarismo de la plástica, se lanza a un plano superior y entonces logra la armonía del conjunto de flores, que no es el ramillete, sino la inflorescencia. Esta es como la apoteosis de la flor. La inflorescencia surge como una catarata de arquitectura etérea que desafía la pesada ley de la gravedad, y rompiendo la torpeza de la materia se eleva ágil y tenue como un pensamiento o una llama. Sublimación del geotropismo negativo.







AMIGOS: PERMITIDME CANTAR LA BERZA

Por GIMÉNEZ CABALLERO

Florecer es nacer: echar flor. Y flor echa y nace—como la rosa—la berza: al fin col y flor. Permittedme cantar la berza, amigos. Porque líricos motivos mueven mi alma.

Hace años—lo menos quince—, y en mi libro “Carteles”, así expresaba mi ideal de vida:

“Yo soy de los que sienten el éxtasis de la Creación, no en el cristal bruñido que traspasa el sol—como el judío Spinoza—, sino en el verde arrepollamiento verrugoso de la col o en la inflorescencia—como de alhelí—de la brecolera, sobre las que, el sol al caer, rebota manchado de oriverdes, violetas y blancos tiernos.

A mí las berzas me emocionan más que las rosas. Las rosas dan belleza. Las berzas—además de su belleza especial, que tan bien comprendo—, un alimento sulfatado riquísimo.

Es todo mi ideal de vida. Nada de la gran propiedad en el latifundio, del aristocrático parque de la ciudad, del castillo en la montaña, del chalet en la costa, de la casona solariega en la villa vieja. Soy un modesto y profundo madrileño. Es todo mi ideal de vida. Reunir unas pesetillas, comprar unas parcelas por ahí, por la Estación de las Pulgas. Hacerme un chamfizo casi horaciano. Y con mi mujer y mis hijas, salido el sol, dadas las gracias a Dios por la nueva jornada, acudir a nuestras berzas entrañablemente. Para poder, a mediodía, llenos de santo sudor, condimentar las más tiernas—a la sombra de una parra, en el guango cerca del río, con un aspergiado elemental de sal, aceite y vinagre. Y así, sin temer ya a la muerte, afincados sobre la humilde berza, esperar a que Dios nos llame a su diestra y podamos ofrecerle, entre las manos, nuestro corazón como un dulce repollo”.

★

Dios ha sido tan bueno conmigo que ha satisfecho mi ideal de vida. Hoy puedo, en el descampado madrileño y en un huertecillo de guerra o de postguerra, cultivar mis berzas.

Puedo, salido el sol, acariciar, primero con mis ojos, y luego con mis manos, esa maravilla del cielo (enorme rosa vegetal) que es la Brassica olerácea.

Decía yo hace quince años—ya lo habéis oído—que amaba las coles más que las rosas. No.

Quiero a las rosas con respeto y jerarquía. Sé que la rosa es el supremo valor—valor caudillal—de las flores. Pero como madrileño, castellano y católico, no puedo permitirme el lujo, la transgresión o la frivolidad de debenerme—románticamente, peligrosamente—en la “pureza” exclusiva de la rosa. El culto de la rosa queda para el puro Occidente o para el puro Oriente. Queda para aquellos seres del mundo estrictamente ario o estrictamente semita que ven en la rosa, unos, un símbolo de ideal platónico, petrarquesco, nouménico de divinidad en sí, sobre la tierra. Y otros—los orientales—un ensueño panteísta de paraísos y olores que la realidad circundante y atroz les niega y aniquila constantemente.

Como católico y castellano, tan lejos me siento del botánico, del químico europeo que ve en la rosa un proceso de quintaesencias y destilaciones con fórmulas matemáticas, como del moro que, en su zaquizamí cochambroso o su bakal maloliente, coloca sobre un vaso la rosa, para adorarla, aspirarla y embriagarse como con un opio de pétalos, como con un kif florido. Olvidando la vida. Yo no puedo olvidar nunca la vida. Pero tampoco sobrestimarla. Yo no puedo olvidar que la col ha valido para ornamentar las catedrales y servir al Señor. Y también para dar de comer a los seres más humildes del mundo: al soldado, al labriego, al obrero. Al caballo, al asnillo y al cerdo.

Y aun a otros animales más distinguidos, que son los gastrónomos. Porque la berza tiene su exquisita gastronomía: sus “nomos” o leyes gástricas, dignas de los mejores banquetes humanos. Fué manjar de filósofos en Grecia. De Césares en Roma. De monjes y guerreros medievales. De príncipes renacentistas. De

damas rococó. De poetas románticos. De capitanes de industria centroeuropeos. Hoy lo es de jerarcas totalitarios.

La visión de las berzas me evoca—en el primer momento—arquitecturas remotas, exóticas plasticidades. Las coles son como pagodas verdes, cárdenas, en los atardeceres indúes que sobre el barro crea el agua turbia de riego al transformar en Ganges los caces de mi huerto.

Las coles me evocan capiteles románicos, sobre sus tallos como fustes de claustro monacal, en el silencio limpio y azul del descampado madrileño.

A ciertas horas un repollo tiene luces de copas florentinas, púrpuras venecianas, oros grises de Leonardo.

Parecen las coliflores, en los suaves días pálidos y áureos de otoño, leves basquiñas blancas y pompadóreas, de seda y carne en jardines de Fragonard. Curvitondas, preciosistas, empelucadas y con hoyuelos y lunares en sus faces grumosas, terciopelinas.

Las lombardas traen a mis ojos luces violáceas de romanticismo, colores de ojeras. Son como panojas de violetas. Manojones de lirios para condimentar. El vinagre les va bien, precisamente por su acidez romántica.

De la berza quintal y de la auverñesa se hace la choucroute, la Sauer Kohl, esa pasta “asciutta” vegetal y agria cuyo sabor y olor me traen al recuerdo las industrias pesadas de Centroeuropa, los paisajes fabriles del Rin y de Westfalia, las fundiciones y altos hornos del Ruhr, mis años estudiantiles en la Alsacia. Y las ciudades flamencas y los cuadros holandeses de género. Col de Bruselas se llama a una variedad tan delicada de repollitos que sólo los cávolos milaneses los aventajan en tersura, humedad y praderías enriadas. Las coles son el plato operativo de las masas trabajadoras y totalitarias. El contorno del plato único en los países de guerra. El rancho del campamento y la trinchera—donde jerarcas y soldados, gregarios y jefes, comen en paridad de destino heroico y apretado.

★

¡Belleza y utilidad! La berza. Lo dulce y lo útil. Horacianismo y senequismo. Genio español—Quijote y Sancho. Idealismo y realidad.

¡Belleza de las hojas garzas, lampiñas, laciniadas, liradas, piñatífidas, de sépalos erguidos, de estigmas discoideos y de lineales silíceas!

Y—junto a esta fenomenal hermosura—refranes de mis viejos campesinos, consejos proverbiales de milenar pragmatisismo: “Entre col y col, lechuga”, “Berzas y nabos para en una son entrambos”, “El que quiere a la col quiere a las hojas de alrededor”.

¡Utilidad de la berza! Manjar y forraje. Combustible y adorno. Y—además—con virtudes salutíferas—más que aquéllas de las rosas. Gabriel Alonso de Herrera, en su “Libro de Agricultura” (1513), ya laudó sus virtudes—, no olvidando que una especie de col se llama “de virtudes”. Comiendo berzas, si se bebe vino, éste no emborracha. Los tronchos crudos, trasegados en abundancia, des congestionan los pulmones. El agua de cocerlas vale para la vejiga. Purga el vientre y quita la flema. Majadas sobre cualquier hinchazón, la deshinchá. Con vino tibio, para los oídos. Adelgazadas en polvos, para la nariz. Suavizan las tetas de las madres. Dan más leche a las paridas. Curan la mordedura de can rabioso.

Por eso tienen las berzas sus crueles enemigos y envidiosos, sus roedores: los pulgones, las babosas, los noctuidos. Sobre los que nosotros, falangísticamente, debemos echar escuadras de asalto y desinfección: cal, ceniza, hollín, polvo de tabaco...

La col es de la misma familia crucífera de las rosas de Jericó. Familia cristiana, crucífera, y de Jericó. Cruz y rosa en la col...

Bendigo al Señor, que en sus alturas cumplió mi ideal de vida en las bajuras de mi huerto.

Al escardar mis berzas—en las mañanas puras de mi vida—las acaricio y adoro. Porque tengo derecho, amigos míos,

LA FLORA EN LA MITOLOGÍA

Por FRAMIS

La flor y la fruta de la tierra fueron siempre ofrecidas a las deidades de la luz o de la sombra, a las que traían el bien, o a las que aportaban el mal, cuando los hombres antiguos vivían coronando de altos mitos sus sueños pacientes. La selva, y el regato de agua, y la pomposa corola que el regato de agua copia, todo fué ofrendado a la divinidad mentirosa, pero bella. La vida del hombre se sumergía en la Naturaleza; todo era Naturaleza. Psiqué, o el Alma, rondaba en torno al poema o a la filosofía. Pero el vivir no era más que un sosegarse debajo del sol. Esto era, tal vez, la gran mentira de la vida; pero era hermoso. No había más espejismo lejano para la mente del hombre que el de la poesía, y la poesía y el mito eran la misma cosa. La virtud y la angustia vinieron después, desde que hubo densas plebes en Roma, durante esa Edad Media delirante y magnífica, y ahora... La Hélade antigua, la Grecia clásica, fué aquella sencillez. La flor hecha mito y el mito poemático hecho flor, no pueden contemplarse, como en un espejo que refractase una y otra belleza, una y otra gracia, más que en la historia evocada del mundo heleno. Toda otra mitología es interpretación teológica del universo, ideas más o menos precarias de salvación, o de superación del dolor, que hay en la vida. Así fueron los dioses monstruosos de la India, o los genios tempestuosos de los Nibelungos. Sólo la vieja Grecia es belleza pura; belleza en pureza de formas y sin otra pretensión bajo el sol que la de cumplir su fin de ser hermosa. Porque, a pesar de los misterios de Eleusis, hubo en todo aquello tan poca teología... Eran el juego y la alegre canción del niño.

Venid tras mí. Una ligera dríada nos guía. Nos lleva de la mano, porque no se espanten de nosotros los corzos que pueblan el bosque; porque no pisemos demasiado aprisa las flores, que son de seda, como en un tapiz. La claridad de la mañana lo cubre todo. Esta es realmente la mañana del mundo. Hasta lo que es rudo y doloroso se nos ofrece grácil de gotas de luz. ¿No es, de cierto, la mañana? He aquí la encina, consagrada a Zeus y a Hécate, y a la diosa confusa, cósmica y generatriz que se llama unas veces Rhea, otras Cibeles, otras Ceres. Esta diosa es la misma causa de las formas que pueblan la tierra. Los granos que alimentan al hombre y a las bestias, las frondas que llenan de su tumulto de arpas al viento todo paisaje, son dones de ella. El árbol bravo y de un polvoroso gris nos cobija. ¿Nos narraremos, sentados frente a frente, la genealogía de los dioses? ¿Dialogaremos sobre el sentido de la vida, como Sócrates un día bajo los arcos ligeros del Iliso? No. Pensemos en las tres divindades cosmológicas que acabamos de citar, y las veremos en plástica corporeidad cerca de nosotros. No, nos arrodinaremos. Todo es gracia en esta hora luminosa y helena, y hasta los mismos dioses terribles vendrán a nuestro lado en una actitud tutelar. Esto es el viejo Jove, o Zeus, o Júpiter. Sus grandes barbas decorativas son como ondulados vellones de nubes. Tiene el rayo en la mano; pero ahora el rayo duerme y son bondadosos sus ojos. Piensa seguramente que es él nutricio para toda criatura, como lo es esta encina, que le está consagrada, a las pjaras de bestias pacientes que pululan bajo sus hojas.

Hécate es una gran arpía infernal. Y, sin embargo... Llamémosla Hécate Persegata, o Adrastea, como la nombra Plutarco. Es hija del mismo Zeus y de la Necesidad. ¿Comprendéis el misterio augusto de este mito? La Necesidad, es decir, toda contingencia del mundo, en maridaje con el Padre celeste de toda criatura, ha creado a este numen, que, a pesar de cubrirse de velos de luto, ahora se nos ofrece en plástica, el hombre apoyado sobre el tronco escarioso de la encina. Le preguntamos: "¿Qué piensas, ¡oh!, mujer de tres rostros, de nosotros, criaturas?". Y ella no contestará. El vago temblor de sombra de su cara ya habrá sido una contestación. Pero no nos importa tal aciago pesimismo. La mañana es de luz, y la luz cubre todas las cosas.

Y he aquí, en fin, a Ops, o Demeter, o frigia Cibeles, diosa Madre. Ríe grandemente, ríe, a pesar de la hidropesía creadora de su vientre. Mujer en perpetuo parto, es fecunda de formas —¿no recordáramos la clásica teoría de la materia una y las formas múltiples en Aristóteles?—. Ama a esta encina, que le está dedicada, porque el árbol también produce en multitud sus aqenios oblongos, sus frutos innumerables. Le diremos: "¿A qué te obstinas en crear, crear...?" Y ella no responderá nada. No sabe por qué. Sonríe. Sólo sabe que su vientre es eterno de fecundidades y que no puede ser más que así.

También el haya de los bosques, pálidos de oro, del otoño, estuvo dedicada a Júpiter. Pero pasemos. Allá se erige un ligero soto de cedros, consagrados a las Euménides, y en viales más lejanos el ciprés, el *genalis arbor*, propicio a Plutón y a los Manes. Es esta toda la cohorte oscura de los dioses antiguos. Hades, o Plutón, hijo, como el mismo Zeus, de Cronos, o Saturno —¡el Tiempo inacabable!—, y del sombrío Caos, maestro de todas las cosas, señorea los reinos de Abajo. Es una especie de Satán bondadoso, un curioso Satán, que gusta de la tiniebla, pero

no del mal. Las Euménides, o Furias, son sus cachorros umbríos. El las alimenta con la leche de las ubres de que está ahita la Necesidad. ¡Ah, helas aquí! No os ateméis. ¿No tenéis limpia la conciencia, el ánimo puro? Ellas no son crueles más que para los malvados. La rama de cedro suele estar en sus manos. Son tres, a saber: Aleto o la Incesante, Megera o la Odiosa, y Tisífone, la Vengadora. La cabellera de sierpes está sobre sus frentes. Como en una escena de Esquilo, las veréis llegar tenebrosas y pías. Pías, sí, porque no se vengan más que del mal. Ellas son benéficas para los desdichados. El ciprés las circunda de cenizos índices hacia el cielo. Es poemática la aparición de estas tres hembras enlutadas y metafísicas, que no tienen otra misión terrena que la custodia del Bien.

Y ahora rastrearéis el adiacanto, o capelaria, ese abundoso helecho, que crece entre los pedregales ausentes de sol y próximos a las venas de agua. También consagrado a Hades. Pero, partamos hacia vías castrenses, hacia demos urbanos. El Fresno bordea aquéllas; los plátanos emiten su infinita sonrisa plateada en torno a los muros de la ciudad. Son éstos de piedra ciclópica, y la gracia del árbol de gigante escapo cilíndrico diluye no sabemos qué melancolía matinal en redor de tales muros. El Fresno fué dedicado a Ares o Marte. El plátano, a los Genios. Los Genios fueron como pequeñas deidades municipales y de clan; los había protectores de la familia y del individuo. Como el cristiano tiene su ángel de la guarda, el heleno tuvo su genio familiar. Tal era el que acudía a decir verdades filosóficas de conciencia en los oídos dialécticos de Sócrates. Tales los que custodiaban los adarves de la urbe, en vela las noches, en guerrera diligencia los días. "Genius Turgalesium" se nombraba un numen tutelar de nuestra ciudad de Trujillo, "Genius municipii antecarenensis" se llamaba otro, protector de nuestra ciudad de Antequera.

¡Y el Fresno de Ares!... El gallo, de nombre Alección, vigila debajo de las ventanas de este dios de las batallas. El Fresno azota el tímpano de sus puertas, de los que penden arneses de guerra, yelmo y picas. Pero ahora, cuando lo sorprendemos, duerme el clarín dentro del zurrón de cuero del dios. Son otras batallas las que ejerce. Batallas de amor. Acaba de despuntar, en un oriente fibroso de esparcidos malvas sobre la hoya todavía negra de la noche, un alba temerosa... Afrodita, la adúltera Afrodita, lejos de los brazos de su esposo Hefestos, o Vulcano, aun no abandonó los umbrales de Ares. Los dos enamorados pasaron la noche célica y terrena—dioses de barro—sobre la yacija de pieles de lobo, que es gustoso lecho del guerrero dios. El gallo Alección aun no ha cantado. Y ella, Venus, ya va a partir, para ofrecerse con la aurora y con la luz a las miradas del ofendido Vulcano. Viene ella feliz del pecado; en el pecado, feliz. Pero ella es de esmeralda—los ojos—, y de rosa—la carne—. No, no tiene los remordimientos que aparecerán después en el mundo, cuando el mundo se haga mejor, aunque menos hermoso. El mirto y el rosa! le están consagrados. ¿La veis partir? Va por sendas de arrayán o mirto. Las rosas mañaneras se despliegan, como cortos vasos de seda, al rumor de sus pasos. ¡Ah, mundo antiguo, en el que se podía ser diosa y pecadora, y en el que la belleza era una justificación!... ¿Era mejor así? De todas maneras, pasó. ¿Era peor, sin duda? Entonces, por óhca, también pasó.

Y he aquí el álamo blanco o itálico, ofrecido a Hércules. Hércules es ya algo más que una divinidad helénica. Hércules es el hombre creador. Es el héroe que sabe superar por el intelecto y por el denuedo la resistencia mortal de las cosas del mundo. Es el que hace mejor a un mundo enemigo. Sus Doce Trabajos son polígonos terrestres, que llena de tangentes y radios libertadores su espíritu purificador. ¡Bien está el álamo cabeceante a la brisa, en dedicación a este semidios, mayor que los dioses mismos!

Contemplemos ahora la graciosa palma, votada a las Musas. Sabéis que las Musas fueron nacidas de Jove y de Mnemosina, la Memoria. ¡Los altos abanicos de las palmeras arrullen los raptos de las Inspiradas! Y he aquí a Atenea o Minerva. ¿Habéis dado un momento de reflexión al hondo sentido de ese mito que hace nacer a la diosa sabia del maridaje del creador celeste y de su hija, y al par esposa, Metis, o la Meditación? Nada más terrible que pensar cómo Jupiter se llenó de temor al prever que los hijos de su maravilloso amor serían más fuertes que su propio y celeste Padre y que habrían de derribarlo de su solio en un día irrefragable. Júpiter devora, como lo informe quisiera hacerlo con las formas nacientes, a su ligera ninfa Metis, o la Meditación. ¿Pero qué vale ello? En el cerebro del dios ha quedado la fecundidad, y por la herida que abre el hacha de Vulcano emerge al mundo ella, la luminosa e iluminadora Minerva o Ate-nea. Ella es la paz. El olivo, que da luz a la lámpara estudiosa y un reposo visual al horizonte de la campiña, es su árbol. ¡Ah!, no repetiremos la Oración a Minerva, que estuvo otro día en otros labios. Pero la ensalzaremos en breves palabras: "¡Propiciadora de la inteligencia, tú que das la paz, también la paz sea contigo!"

Flores en la poesía

Por JOSÉ M. COSSÍO

Tema que surge constantemente en la poesía, el de las flores, no cabe reducir a sistema su tratamiento o su uso, y menos las traslaciones a que ha dado lugar, los símbolos en que ha sido trasunto o las ocasiones en que su evocación ha acompañado el blando devanear de los poetas.

Ya la pura enunciación, sin más arreo que el preciso adjetivo de algún accidente, ha tenido virtud bastante para constituir entidad poética.

El blanco lirio y colorada rosa,
de Garcilaso; el
coger la olorosa flor,
de Gil Polo; o más artificiosamente
el lirio azul, incógnito, y campestre,

de Zorrilla, son suficientes para evocar y reproducir una imagen que es poética en sí misma, sin el refuerzo verbal de artificios retóricos, o la malicia poética de traslaciones o alegorías. Pero aún la evocación puede ser mejorada haciendo resaltar alguna cualidad, que, notada, reduplique su efecto poético. La interrogante de Pedro Espinosa en su *Salmo I*, dirigiéndose al Creador,

¿quién te enseñó el perfil de la azucena?

es sin duda impresionante por la actitud poética del asceta, por lo sorprendente del giro inquisitivo, pero no lo es menos por la alusión al dibujo de la flor, subrayado con felicísimo acierto.

Asimismo, el contraste de dos accidentes heterogéneos da este resultado en el Br. Juan de Salinas:

Es el jazmín poca flor;
mucha fragancia la rosa.

Pero en la poesía se ha solicitado a las flores para diversísimas empresas, y así como la luna ha sido confidente de tantos amores sin ventura, a las flores les ha tocado ser, muy frecuentemente, cómplices en la dicha de los amantes.

De las logradas del marqués de Santillana, en su ingenuo idilio de las montañas de Liébana,

fueron las flores
de cabe Espinama,
los encubridores.

Con flores había de sostenerse el desmayo amoroso de nuestros místicos, conforme a la pauta del *Cantar de los Cantares*, y San Juan de la Cruz había de dejar su amoroso cuidado,

entre las azucenas olvidado.

En todos los idilios, místicos y profanos, desempeñan las flores su papel de cómplices, y lo mismo puede corresponderles percibir el aliento regaladísimo de la amada al halagarla con su olor, que el ser destrozadas por su mano distraída en el abandono del deliquio, que hay suerte y desdicha también hasta para las flores.



Sin abandonar el tema femenino y amoroso, cumple señalar que, a veces, han sido las mujeres comparadas con las flores; pero muchas más han sido éstas las que han dado sus accidentes para ser trasladados a perfecciones de la mujer.

*En tanto que de rosa y azucenas
se muestra la color en vuestro gesto,*

ha de decir Garcilaso; pero tal imagen y todas las semejantes en nuestra poesía, que son legión, proceden de Petrarca, cuando por la evocación de los más bellos seres de la Naturaleza quiere reconstruir la belleza de la amada. En los más influidos de Petrarca, entre nuestros poetas, especialmente en Camoens y Herrera, este tópico toma desarrollo frondosísimo; pero en pocos se logra una personalidad que pueda llamarse auténticamente española. Algún caso puede notarse en el que estas corrientes metáforas logran singularidad y sorpresa. Así, Camoens, en un soneto escrito en castellano, ha de evocar la hiedra (hojas ya, que no flores) felicisimamente:

*la garganta
de alabastro, por donde como hiedra
las venas van de azul muy rutilantes.*

y aplicadas a accidente material ha de escribir Boccángel esta seguidilla:

*Si el coral de su boca
sus voces abren,
es, en flores de ingenio,
ámbar el aire.*

Unidas al recuerdo de la mujer salen al paso en nuestra poesía a cada momento. A la amada suelen ver los poetas cogiendo flores como en el más adecuado oficio de la hermosura. Otras veces gustan de evocarla junto a ellas para declarar que apoca su olorosa belleza. También saben componer el cuadro de la hermosura femenina, decorado por las flores. Así, Bernardo de Valbuena, en estrofa de una canción amorosa, que admitirá pocas competencias entre todas las muchas que escriben los poetas italianistas:

*A la sombra olorosa
de aquel árbol sentada,
ninfa de aquesta fuente parecía;
y una rama hermosa,
de jazmines nevada,
a dar sobre sus hombros descendía:
y allí flores llorúa,
cual nieve por la sierra;
unas a los cabellos,
que el sol es menos que ellos;
iban otras al agua, otras a tierra;
y ella, entre tantas flores,
por todas partes derramando amores.*

Pero no sólo en vida. En ocasión luctuosa, al evocar la muerte de la amada, constantemente vuelve el recuerdo de las flores, y pocas veces con mayor felicidad que en esta interrogación de don Gabriel Bocángel y Unzueta, en una "elegía fúnebre, hablando con una señora, deuda suya":

*¿Qué es de la mano que hospedó la rosa
entre cristales?*

La simbología de las flores, ya por su color, ya por su caducidad, o por cualquier otro accidente, ocupa tan dilatada área en nuestra poesía, que habría de hacerse estudio especial y largo del caso. No cabe en esta nota ni en mi intención de ahora. Los azules celosos, los rojos airados, los amarillos envidiosos, los verdes esperanzadores, y tantos otros símbolos semejantes, se reiteran hasta el fastidio; pero como he de poner algún ejemplo de este tratamiento del tema, valga el siguiente pasaje de la fábula de Endimión y la luna, del discreto Gaspar de Aguilar, poeta valenciano de nuestro mejor tiempo. Endimión, penado de su imposible amor,

*Para dar remedio y fin,
si es posible, a sus dolores,*

*se entra luego en un jardín
que estaba entre muchas flores
matizado de jazmín.*

*Y, con las ansias sobradas,
unas flores coge enteras,
y otras coge deshojadas;
imágenes verdaderas
de sus glorias mal logradas.*

*Coge el alhelí morado
que a tener amor dispone,
y con el jazmín nevado
coge el lirio, aunque le pone,
por ser azul, en cuidado.*

*Coge en el clavel venganza
por ser leonado y galán;
en la violeta, mudanza;
pero no coge arrayán
por ser color de esperanza.*

*Acabadas de juntar
sembrallas fué menester,
que si en cualquiera lugar
se siembra para coger,
él coge para sembrar.*

*Y como amor establece
que ella tenga la corona
del martirio que padece,
con las flores perfecciona
la corona que le ofrece.*

Me ha caído de la pluma, como de pasada, la mención de un accidente de las flores, que ha de constituir, aunque con opuestas interpretaciones, el tema fundamental poético de su tratamiento en nuestra poesía: el accidente de su caducidad.

*Unida
está al morir su vida,*

dirá de la rosa Francisco de Rioja, y en su pluma y en la de muchos han de ser las flores fragantes documentos morales del desencanto. La consideración ascética de la brevedad de la vida en las flores ha de oponerse a la pagana invitación, al goce del vivir, fundado en la propia caducidad, que resuena tentadora y viciosa en el elegante madrigal de Ausonio:

Colige virgo rosae...

que había de encontrar su mejor glosa, como era de esperar, en la dulce Francia, por la pluma de Pedro Ronsard. Pero también en nuestra poesía tiene eco, y en poetas tan graves como Fray Luis de León, que en coplas de arte castellano ha de prevenir persuasivamente a la mujer desdeñosa de amar para el duelo del día en que querrá inútilmente gozar del amor, cuando

*el tiempo que vuela, helare
esa pura y fresca rosa.*

Ha de ser este tema tratado por la mayor parte de los poetas de nuestro siglo XVII, y por ninguno mejor que por Góngora en más de un soneto memorable. Ni la musa popular se resignará a la caducidad irremediable de tan delicadas criaturas, y así como la culta profetizará su conversión en frutos, ella buscará una metamorfosis consoladora. Así, las flores del romero, en el conocido cantarcillo,

*hoy son flores azules,
mañana serán máiel.*

Mas esta interpretación, más o menos jocunda, ha de alzarse la más severa y aleccionadora, y por la mano de Francisco de Rioja han de pasar la rosa amarilla y colorada, el jazmín y la arrebolera; y la poesía barroca ha de enriquecer fastuosamente el tema, que logra matices insuperables en un López de Zárate o en

L

La flor ha sido un eterno motivo en la pintura de todos los tiempos. Y conservando su exacta y definida materialidad ha visto desenvolverse a su alrededor toda una inacabable teoría pictórica, desde los primitivos hasta las más atrevidas creaciones de nuestra época. En alegorías primaverales, en paisajes de todos los tiempos y en solemnes y maravillosos retratos dinásticos, ha puesto la flor ese indefinible motivo ornamental de su presencia y de su gracia. Lo mismo en una pintura de Botticelli que en la imagen de una reina de severa traza o en la mano blanca y predestinada de María Antonieta, jugó la flor su perfumado simbolismo con el callado orgullo de una presencia inmarcesible.



GERANIOS

Mejor que en jardín, en huerta,
al balcón mejor que en patio
y en cajón tosco de pino
más bien que en tiesto de barro,

alegría de los ojos
menestrales y románticos,
sus cuajarones de sangre
amontonan los geranios.

Ellos—tan nobles—plebeyos,
desde su cuna soñaron;
soñaban con ser claveles,
claveles de rumbo y rango.

Cuando al abrirse a la luz
sus costados se palparon,
qué pronto echaron de menos
la firme curva del tallo.

Ya no prenderán mantillas
en pechos enamorados,
ni negras ondas o azules
de las reinas del fandango.

Tan frágiles de cintura,
crecen siempre cuatro a cuatro.
Todo el perfume perdieron
en una noche de sábado.

Pero la alegría vuelve
al volcán de los geranios
y estalla en nuevos carmines
generosos y apretados.

Pleitean nieta y abuela
sobre quién ha de regarlos,
y su discreto mensaje
descifra oliéndolo el gato.

Son el brío de la calle,
la premática del barrio,
y no hay ojos que no prendan
por la costanilla abajo.

Geranios del mes de agosto,
en alba, siesta y ocaso,
hogueras de sangre ardiendo
por los pensiles nostálgicos.

Guardad bien en vuestras sedas
las huellas de alados rastros,
cuchillos de golondrinas
y revoleras de pájaros.

Y abrid a la tormenta,
mojad las fauces, geranios,
que os traen los goterones
toda la paz de los campos.

GERARDO DIEGO



ROMANCE

de la

BELLA MANO JARDINERA

*Maravillaba su mano
llevando la luz del alba
en su sortija... Con ella
se baña desnuda el alma
de la rosa. Geometría
en puro cristal tallada;
temblor azul del lucero
cuando llega la mañana
loca de sol... Por los bosques
esa mano es la que exalta
líricas flautas de plumas,
y, en el manantial, las aguas...
Divina mano. Los frutos
por ella se maduraban
en los árboles. La brisa,
soplo sideral que pasa
y adolescencia del viento,
iba arrancando fragancias
forestales... Los laureles
daban la visión del Atica,
y era una fragancia griega,
silvestre, rosada y dáfnica,
la que su mano y la brisa...
por el bosque, despertaban.
Maravillaba su mano
llevando la luz del alba
en su sortija...*

ADRIANO DEL VALLE



JAZMINES

(A una dama coqueta.)

*Estos diablillos blancos que, a la aurora,
se visten, por burlar, sobrepellices
de tenue seda clara y que, felices,
emperezan de olores sitio y hora,*

*travieso imagen son, dulce señora,
de ese incierto decir con que no dices
y ese alegre jugar que con deslices
y frenos, me detiene y me enamora.*

*Una sonrisa con su leve peso,
una esperanza con su lejanía,
—ligeras fuentes de tan grande exceso—*

*llenen todo mi ser. La vida mía
está toda aromada por un beso,
como por un jazmín el mediodía.*

JOSÉ MARÍA PEMÁN

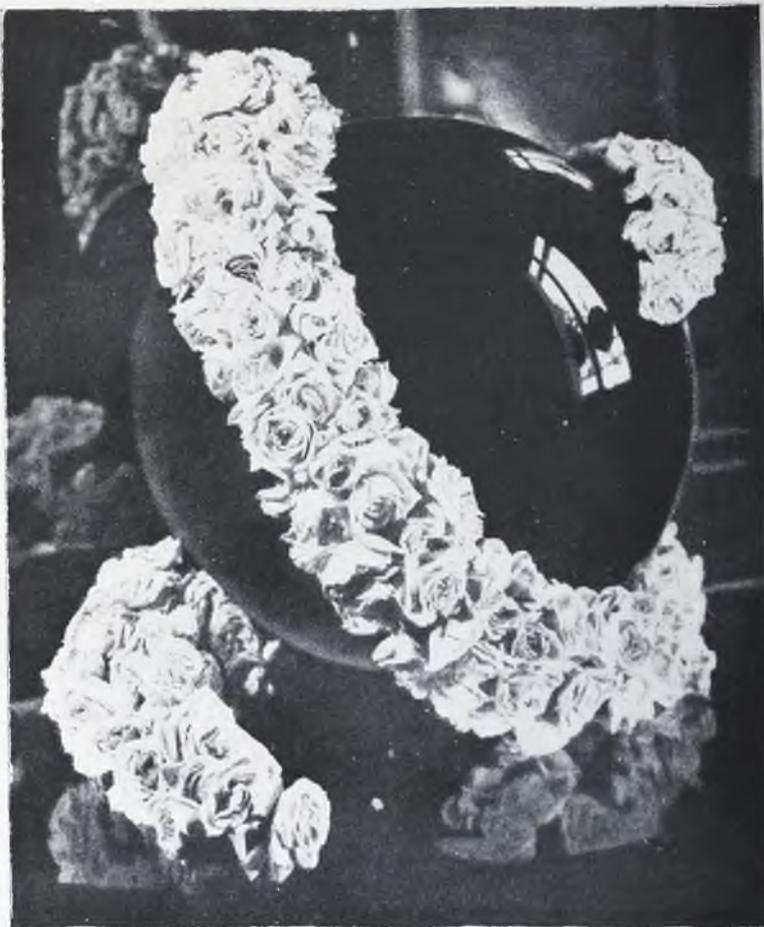




LAS FLORES

en la VIDA MUNDANA

Por MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN



S

on las flores un precioso don de Dios a los hombres donde plugo al Supremo Hacedor reunir las más gratas sustancias de la creación: forma, color, aroma. Su frágil existencia efímera constituye un encanto más.

Es lógico y natural que la vida mundana, manifestación selecta de las relaciones obligadas en toda colectividad humana, adopte para su ornamento cuanto sea brillante, grato, fino y exquisito, música, baile, sonrisas, poesía, amores alquitarados, flores.

La llamada mundanidad no brota sino en sociedades altamente civilizadas, y encarna en la aristocracia, entendiéndose por tal no sólo la de la sangre, sino las del dinero y el talento, siempre que se adapten a determinadas modalidades y costumbres, dictadas por el buen gusto, que en este caso es representado por los seres a quienes se denomina elegantes.

Bajo su exterioridad, frívola a primera vista, la mundanidad desempeña una alta función suavizadora, que se derrama de clase en clase social para lubricar la lucha por la vida, el célebre "strugel for life" de los positivistas.

Las costumbres mundanas que sirven de ejemplo a los demás estratos sociales, si bien, adaptadas a cada medio, son pulidas, elegantes, en el verdadero sentido del vocablo; estéticas y blandas. Quien dice mundanidad, comprendiendo en esta palabra todo el trato amistoso entre damas y caballeros, dentro de un conjunto amable, al cual se llama aristocracia a secas, crema, "high life", alta sociedad, según los tiempos, excluye la grosería, la brusquedad, lo chabacano y chocarrero, lo impulsivo y violento.

El ideal del "dandy", en quien encarnó a finales del siglo XVIII el más refinado espíritu mundano, es la impasibilidad "perfecta" ante la vida, que sólo se llega a lograr por el dominio sobre sí mismo.

Frente a los desbordamientos románticos de la época que sigue, la escuela creada por Jorge Brummel representa la equilibrada armonía clásica.

De los altos círculos sociales, donde se fraguaban los hábitos mundanos, teniendo todos a limar asperezas en el comercio humano, para convertirlo en dulce y agradable convivencia, irradia el modelo, por copia o imitación, que se suele llamar "snob-

bismo", más o menos conscientemente, hasta tocar bajas capas, aunque cada vez tome caracteres más atenuados, quiere decirse menos fino y cortés, a medida que va descendiendo de escalón en escalón.

Aquella mundanidad o vida elegante, como también se dice, limitada antaño en torno a los tronos, fué después amplíandose progresivamente, hasta constituir en nuestros días un ancho coto, donde comulgan todas las eminencias, bajo el denominador común de "buena sociedad", más o menos fácil en cada país; pero que en ninguno resiste al "sésamo, ábrete" del dinero.

En todos los "avatares" de la mundanidad jugó la flor un papel de primer plano. Cada época, cada dama célebre, cada caballero distinguido, hizo emblema de una determinada flor. Así hubo una guerra de las "dos rosas", la de York y la de Lancaster; la violeta simboliza el bonapartismo; la hortensia figura en el escudo de los Morny, la camelia evoca el Romanticismo, con Margarita Gauthier; la flor de lis o azucena, como debíamos decir en español, a la Casa de Borbón; la gardenia, a Jorge Brummel; el desmelenado crisantemo, a Oscar Wilde; las mimosas, a un gran duque de Hesse, que adoraba el color amarillento, del cual se rodeaba; la orquídea, al viejo Chamberlain de la guerra boer; los claveles rojos, a la Carmen de Merimée; los blancos, en el ojal, a los elegantes del 900; los nardos y jazmines, a las mujeres orientales encerradas en sus harenes; los pensamientos, a la melancólica Emperatriz Eugenia, en su desgracia, que los amó tanto, y los heliotropos, a la Reina María Cristina de Habsburgo, que prefería su aroma delicado y su color suave a todos los otros.

El máximo culto mundano a la flor es de nuestros días, en que la civilización sutaliza el sentido del placer, y dentro preferentemente de la clase social más elevada, por alcurnia y educación.

La gran señora no puede separarse de las flores que coloca en el tocado, sobre el pecho, prendidas en la estola de piel, sujeta en el manguito, decorando su tocador, su salón y en los livianos florenos de su automóvil.

Ha menester de recrear con ellas su vista, de aspirar su perfume, que la hace entrecerrar los ojos, como si recibiera una

caricia. En ciertos momentos de nervosidad o disgusto las acerca a su nariz palpitante, como un sedativo, contra las vilezas del existir cotidiano.

Las mejores capitales del mundo: Berlín, Viena, París, Londres, Niza, Roma, Buenos Aires, y ahora empieza Madrid, están llenas de florerías, en que en toda época, particularmente en los días de nevasca y lluvia, abren tras los cristales de sus escaparates campo encantado y risueño a las imaginaciones.

Allí, en cestillos, vasos, bandejas y cálices de cristal, esperan las flores a que la vida mundana las reclame: los bellos ramos de azahar, que serán ornato de las novias cuando suban al altar; las bolas de muérdago, que habrán de decorar los dinteles en las puertas de los salones aristocráticos durante la noche vieja, autorizando en Inglaterra a besarse las parejas a quienes las doce campanadas, límite del año muerto, encuentre bajo aquellas flores; la pomposa cesta de orquídeas, que con una cartulina prendida irá a felicitar por sus días o cumpleaños a la señora de campanillas, o será homenaje rendido a la artista eximia en la velada de su beneficio.

Flores, flores, flores son estela y ringorrango de la vida mundana. Ellas aparecen ineluctablemente con sus corolas perfumadas en todos los acontecimientos sociales. Desde la boda, inicio de nuevas vidas que han de nacer, hasta la muerte. La iglesia, donde la pareja distinguida va a enlazarse para el resto de la existencia, se acicala con blancas flores. En una boda reciente, evocatoria de pasadas pompas, la del primogénito de los Duques de Sevilla con la señorita de Claramunt, aparecieron los Jerónimos con una floración alba tan copiosa, que fingía una primavera en pleno otoño.

A la muerte de una persona ilustre, llueven las flores sobre su cuerpo. Antes, en forma de coronas; hoy, en brazados y ramos. Cuando el cadáver de Emilio Castelar llegó a Madrid desde Levante, donde había fallecido el gran orador, era tal el olor a flores ajadas que desbordó el furgón al abrirlo, que varias señoras se desmayaron.

Hoy el imperio de las flores, especialmente en la "sociedad", es mayor que nunca. Se envían flores a las señoras con todos los motivos. Antaño, en días de santo, se las regalaba de preferencia con dulces. ¡Oh, recuerdo de aquellas fuentes monumentales, a modo de apetitosas fortalezas, con mosaicos de chantilly, caramelos, compotas, almendras y anises, coronadas por un angelito en vuelo rosa y azul. Pero hoy se remite a las damas, aparte de bombones y castañas confitadas, flores, muchas flores, desde el "bouquet" geométrico, recuerdo de la jardinería árabe, hasta la magnífica "corbeille" (si la llamamos cesta pierde importancia) de orquídeas que parecen bellas mariposas posadas al azar.

En Buenos Aires, la ciudad de las flores por excelencia, donde no hay un solo barrio, aun muy modesto, que deje de poseer sus floristas establecidos o ambulantes, es costumbre en los invitados a una fiesta la de remitir a la señora de la casa, a modo de expresión de agradecimiento por su fineza, sendos cestos de flores, que convierten la morada en espléndido jardín.

En nuestras fiestas de sociedad se prodigaron siempre las flores. Cuando la marquesa de Squilache, esa figura tan interesante como poco conocida del público, en su recia psicología, daba recibos, lo cual sucedía cada jueves y cada viernes, aparte de las fiestas extraordinarias, venían desde Granada, Murcia y Sevilla vagones enteros que se vaciaban en los grandes salones del palacio histórico de Villa-Hermosa, ocupados por la "ilustre y caritativa dama", como la llamaban los revisteros de salones, aquellos benévolos notarios de la vida social, cuyo solo recuerdo evoca toda una época.

En la noche del 31 de mayo de 1904, cuando la primavera, de consuno con un largo período de regalada paz, cantaba en los corazones, quiso Pilar (así la llamábamos sus íntimos) celebrar una especie de apoteosis de la flor. Fué el célebre "Baile de Flores", al que las damas habían de acudir con disfraces de flores. Nunca olvidaremos la velada tibbia, en aquellas inmensas salas materialmente tapizadas de corolas; con celosías de rosas cubriendo los balcones, por donde entraba el suave efluvio de la noche estrellada; con lluvia de pétalos que aleteaban en el aire como mariposas; con las más hermosas mujeres del Madrid aristocrático de entonces, envueltas en vestidos, trenzados y sobrepuestos de flores. Un periódico de entonces dijo al día siguiente de la fiesta, por la pluma ilustre de "Mascarilla":

"La frase corriente de que tanto abusamos los cronistas, "la casa aparecía convertida en improvisado jardín", no pudo ser nunca empleada con mayor propiedad que refiriéndose a la brillante fiesta anoche celebrada en casa de la marquesa de Squilache. Verdadero jardín eran aquellas espléndidas estancias, decoradas y perfumadas con las flores más bellas.

Parecía imposible que después del extraordinario consumo de flores que en los meses de abril y mayo se ha hecho con motivo de las excursiones del rey, hubiera aún en los jardines tributos que rendir. Nada de eso... Valencia, Murcia, Granada, Málaga, enviaron algunos vagones para la espléndida fiesta de la marquesa de Squilache; flores que la mano delicada de una mujer artista distribuyó con exquisito gusto por todos los salones.

Desde que se penetraba en el vestíbulo, contiguo al patio, frente al cual deteníanse los carruajes, comenzaba la decoración primaveral. Soberbias plantas, cuyos tiestos aparecían todos adornados con flores, decoraban aquel lugar, formando un gran macizo.

Flores adornaban también la escalera. El pasamanos desaparecía bajo un macizo de claveles rojos y blancos. A ambos lados de la alfombra que cubría los escalones se veían desparriamados pétalos de deshojadas rosas.

Al pie de la escalera, el gran portero de banda; en los rellanos, los lacayos perfectamente vestidos con las blasonadas libreas blancas y verdes. Fijábanse los convidados en estos detalles, porque ellos dan idea de la perfecta organización de una casa montada tan admirablemente como la de la marquesa de Squilache.

Si en el vestíbulo y en la escalera habíanse prodigado las flores hasta llegar a la profusión, no hay que decir cuán soberbio sería el decorado de los salones.

En todos ellos constituían las flores primorosos adornos, repartidas en artísticos grupos en mesas y jarrones, formando elegantes guirnaldas y diseminadas por todas partes.

En el salón de baile se había colocado, sobre la escocia, ancha rama cuajada de flores, que formaba artística bóveda para los bailarines. En todos los balcones, grandes enrejados de rosas y claveles tamizaban las ondas del aire, que llegaban a los invitados perfumadas con la fragancia de las flores y templaban al mismo tiempo el ambiente, haciendo que la temperatura fuese siempre agradable.

La amable dama, que con tanto interés había rogado a sus invitados que adornasen con flores sus "toilettes", dió el ejemplo prodigamente, sin tasa, haciendo con ellas alfombras, dosel y marco para el hermoso cuadro de la fiesta, y aún quedaron flores en los labios de la marquesa de Squilache para dirigir las a las señoras que con más elegantes y originales tocados se presentan.

Llamaban la atención los artísticos peinados que llevaban casi todas las señoras. Bien podría acreditarlo Lucía, que habrá tenido el sentimiento de no poder complacer a todas sus aristocráticas clientes.

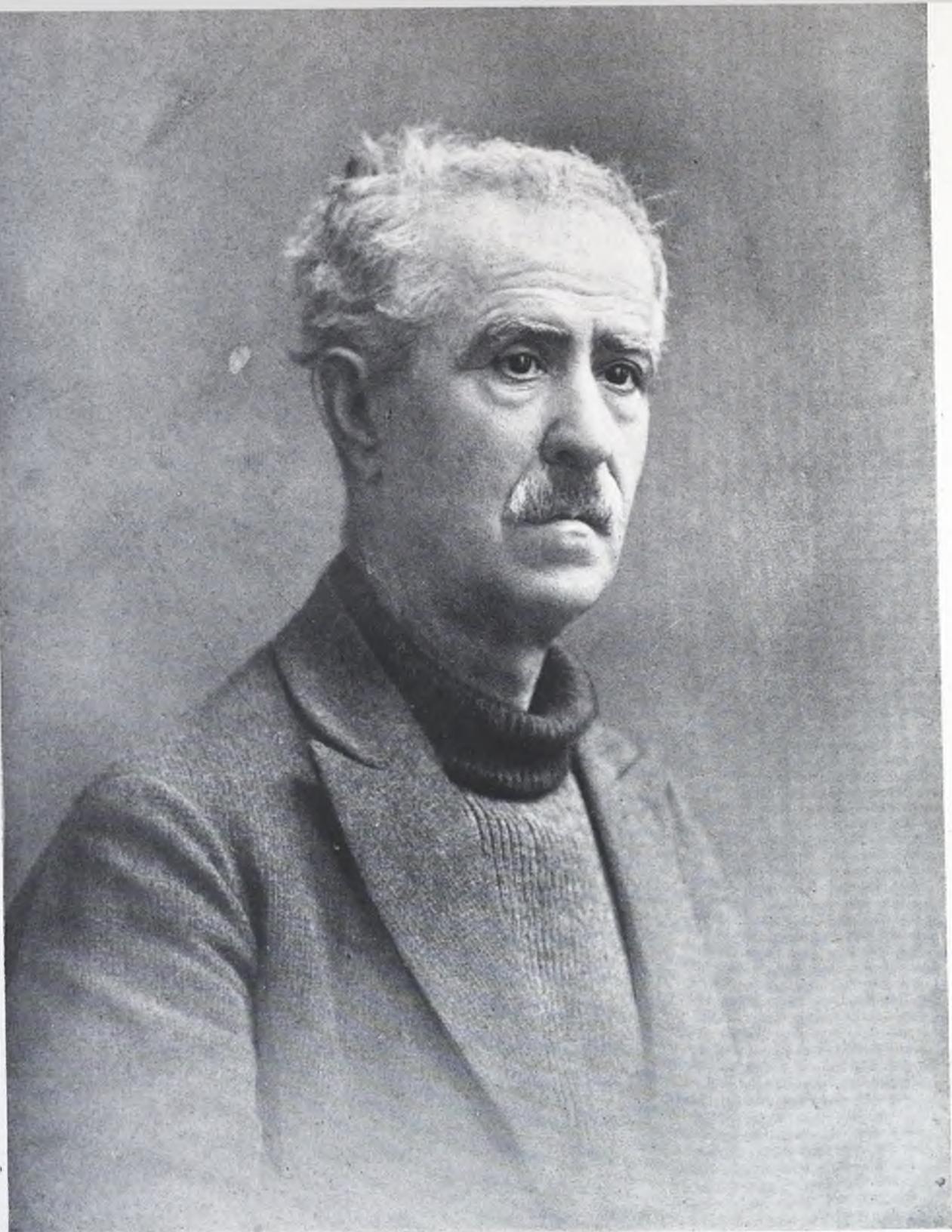
La decoración resultaba preciosa. No lo fueron menos las aristocráticas figuras de la fiesta."

Me acuerdo, como si fuera ayer, que la imaginación juvenil capta las remembranzas, para toda una vida, de las mujeres más guapas y notables que contemplé aquella noche.

La Squilache se adornaba con ramos de yedra rociados de brillantes. Su sobrina, que le ayudaba a los honores de la fiesta, Beatriz León, señora de Icaza, ministra de Méjico en Madrid por su matrimonio con el ilustre poeta y diplomático de igual nombre, rubia bellísima con encarnación de flor, se presentó en el baile envuelta en un enorme boá de claveles rosados que rimaban con su cutis; la hermosa marquesa de Alquibla se cubría con rosas de los cármenes granadinos, su patria pequeña; con blancos orisantemos, otra de las grandes bellezas de la época, la señora de Castro Caselliz, que luego de haber triunfado como embajadora de España en varias cortes europeas, acaba sus días hoy en el silencio de un monasterio; de amapola otra lindeza de entonces, que ya no existe, la condesa Carmen de Valmaseda; dos figuras relevantes en aquel período atraían todas las miradas: la marquesa de Ivanrey, sal de Málaga pasada por París, con rosas de pitimín, y Gloria Laguna, "la gentil condesita de Requena", cuyo ingenio inagotable y agudísimo marca con sello indeleble el 900, que lucía en ambos lados de la cabeza sendos lirios. La marquesa de Valdeiglesias, majestuosa Jumo rubia, casaba su tez nacarada con un adorno de rosas de Francia; con lirios, la condesa de San Félix, aquella beldad morena que representó en Madrid la hermosura criolla; la condesa Carmen San Luis; la marquesa de Ayerbe, a la sazón en el cenit de su belleza y fortuna, a quien la vida reservaba hondas amarguras, y tantas bellas muchachas entonces en flor, como diría Marcel Proust, que andan por ahí ahora convertidas en respetables matronas...

Todo aquel mundo brillante y lozano que nos daba una segura sensación de definitivo e inmutable, se deshojó ya, como las flores, a quienes se rendía homenaje en aquella dulce noche de mayo inolvidable.





CARLOS PAU ESPAÑOL (1857-1937)

Por ILERDENSIS

EL origen de Pau es humilde. Sus padres, allá en Segorbe, donde nació el 10 de mayo de 1857, eran comerciantes en granos. Empezó sus estudios en el Seminario, para luego seguir la segunda enseñanza en el Instituto de Valencia. Tarde y venciendo dificultades, que no faltaron. Hasta los veinticinco años no se licenció en Farmacia, y a los veintisiete se hizo doctor.

Cursó sus estudios facultativos en la Universidad de Barcelona. Le cautivó para la botánica Federico Trémols. Antonio C. Costa, catedrático que fué de dicha Universidad, hizo escuela. En torno a él se agruparon Bolós, Cadevall, Masferrer, Puiggarrí, Trémols, Vayreda..., a quienes se deben los estudios fundamentales, aparte los de Salvador, sobre la flora catalana. Trémols no publicó apenas nada, pero sus recolecciones fueron muy importantes. Sostenía cambios frecuentes con los botánicos ex-

tranjeros de más nombradía, y su herbario era entonces de los más importantes de España. Es interesante consignarlo porque él enseñó a Pau las primeras nociones prácticas de fitografía, al propio tiempo que le comunicaba su entusiasmo por la botánica. Pero no, sin duda alguna, por la botánica libresco, como era muy general enseñarla en España durante el siglo pasado, sino por el estudio objetivo de las plantas. Y empezaron las excursiones por las cercanías de la Ciudad Condal, por San Gervasio, Vallvidrera, Montcada, etc. Si en la "Flora" de Cataluña se menciona de Barcelona el "Dianthus valentinus" se debe a una planta de Pau recogida durante aquellas primeras salidas.

Sin recursos para establecerse por su cuenta o con objeto de practicar la profesión antes de instalar farmacia propia en Segorbe, se defendió como regente al principio de su carrera en varios pueblos de las cercanías de Teruel. De Trémols recibió

una buena colección de especies catalanas, bien preparadas y correctamente determinadas. Y empezó sus trabajos sirviéndose de ellas como tipos de comparación. Luego, don Bernardo Zapater, canónigo de Albarracín y famoso naturalista, le obsequió con gran número de ejemplares de las montañas turolenses, que hubo de determinar, poniendo tal empeño en ello, que le sirvió en gran manera para perfeccionarse en botánica sistemática. Loscos acabó después la obra, y puso a Pau en relación con importantes centros extranjeros para el cambio de plantas.

En 1884 publicó Pau su primer opúsculo. Vió la luz en "La Asociación", periódico profesional de Teruel, y versaba sobre plantas raras de Olba. En 1887 dió a la imprenta el fascículo primero de sus "Notas botánicas a la flora española". Desde estas fechas hasta su muerte publicó alrededor de doscientos trabajos. Los primeros cien opúsculos aparecieron entre 1884 y 1911, es decir, en veintisiete años; durante los veintiséis siguientes vieron la luz los restantes, el último ya como póstumo, de manera que el ritmo de trabajo no se modificó durante toda su vida.

★

España tuvo una época de verdadero esplendor botánico durante la mitad del siglo XVIII. Diríase, en cierto modo, reflejo linneano, porque parece empezar en 1751 con la venida a España de Loeffling, discípulo predilecto del famoso naturalista sueco. Basta citar los nombres de Asso, Barnades, Gómez Ortega, Mutis, Palau, Pavón, Quer, Ruiz y, sobre todo, Cavanilles, para que no quepa dudar de ello. Pero con la muerte intempestiva de Cavanilles empezó la decadencia. Su sucesor en el Real Jardín Botánico de Madrid, Lagasca, perseguido y emigrado, víctima del desgobierno de principios del siglo pasado, vió ya frustrada su actuación, y el descenso continúa luego cada vez más acentuado. El propio Pau hablaba de esa cadena descendente de directores del citado establecimiento: Cavanilles hizo a La Gasca, La Gasca a Graells, Graells a Colmeiro, Colmeiro a Gredilla..., que en cierta manera es paralela a la línea de decadencia botánica general de España.

Al paso que la botánica española iba languideciendo, falta de escuela y de guión, el país era codiciado e invadido por extranjeros beneméritos a quienes debemos la mayor parte de los avances del siglo XIX: Pourret, el más madrugador, pues llegó a fines del XVIII, y después Bory, Salzmann, Dufour, Bentham, Cambessedes, Endress, Durieu, Boissier, Reuter, Webb, Bubani, Willkomm, Funk, Bourgeau, Lange, Zetterstedt, Fée, Timbal-Lagrave, Marés, Virgnez, Fritze, Hackel, Winkler, Huter, Porta, Rigo, Leresche, Levier, Rouy, Reverchon..., para no mencionar más que los principales. Como se ve, la lista es para sonrojarnos. España era a modo de una colonia inexplorada que atraía la atención de toda Europa, porque en la lista anterior hay de todo, franceses, ingleses, alemanes, daneses, italianos, suizos, etcétera.

Los precursores del Renacimiento fueron Costa, en Cataluña, y Loscos, en Aragón, ambos bajo los fraternales consejos del insigne Willkomm, a quien nunca agradecerá bastante España el esfuerzo realizado. Los promotores, estos cinco señores: Enrique Calahorra, Joaquín Gómez Hidalgo, Juan R. Gómez Pamo, Jerónimo Macho y Gabriel de la Puerta. De ninguno de ellos queda rastro botánico alguno, ciertamente; pero hicieron a España el incalculable servicio de repudiar a Carlos Pau cuando en 1892 su vocación se había manifestado ya claramente, su suficiencia era más que notoria y pretendía nada menos que la cátedra de Botánica de la Facultad de Farmacia de Madrid.

Como Pau no tenía espíritu de pordiosero, no insistió. Fuése a su pueblo, dióse al diablo, aguantó firme el encontronazo..., y después se dispuso a continuar la lucha. No era quien para arredrarse. Y las consecuencias del trallazo no se extinguieron en él más que con la muerte, acaecida el 9 de mayo de 1937, la víspera de su octogésimo aniversario. El, que fué capaz de conocer la tragedia perdurable que se encendió entonces en su alma, si no antes ya, porque los "Gazapos botánicos cazados en las obras del señor Colmeiro, que es director del Jardín Botánico de Madrid", publicados en 1891, constituyen un formidable aldabonazo: sabe que la nota más insignificante que dió a la imprenta luego salía con el ímpetu de un dardo y con toda la "mala intención" de quien tiene la venganza por "un placer de los dioses". Dígalo, si alguien dudare, aquella "Cetaurea latronum", "de los ladrones", que ya puede suponerse a quién iba dedicada...

Por aquellas fechas, la cadena había llegado a Colmeiro. Debemos mucho bien a Colmeiro, porque al fin se empleó en la tarea que le incumbía, la de recopilador. Pero antes quiso probar fortuna en Cataluña, cuando fué catedrático de la Universidad de Barcelona, y publicó allí un catálogo de plantas de aquel país, apurando toda suerte de datos del herbario de los famosos Salvador. Así se podía trabajar entonces y escribir una flora cómodamente sentado en el gabinete; así, y traduciéndolo mal del francés, y creyendo artículo de fe cuanto se atrevía a decir de nuestras plantas el primer extranjero que quería ocuparse de ellas.

Pues bien: nada menos que contra esto contra la ciencia ofi-

cial española, corrompida como nunca, se levantó Pau, allá en Segorbe, sin más medios que los suyos propios, sin otros recursos económicos que lo que le daba la botica. El entusiasmo ardió en él como inextinguible llama. La salud no faltó nunca, ni, como se ha visto, la longevidad, y era lo que se dice un hombre recio, rudo como un pastor y noble como el que más. La libertad económica y la independencia se la dieron la farmacia y el celibato. Y lo demás se lo sacó de su cabeza privilegiada. Tuvo prodigiosa memoria. Si parece excesivo, póngase excelente memoria, porque algún fallo, sobre todo a última hora, sí lo tuvo. Trabajó sin ficheros ni mecanógrafas. Sólo con su herbario y con sus libros. ¡Pero qué herbario y qué biblioteca!

Un herbario no vale exclusivamente por el número de especies que contiene. Su mérito estriba en la proporción según la cual se hallan representadas en él las plantas de un país y según el número de tipos que contiene, ya sean auténticos o procedentes de las localidades clásicas. Trabajar en florística sin herbario es como ocuparse de historia sin archivos. En sistemática, el documento es la planta, viva o muerta.

Lo que faltaba a Pau eran tipos. Y fué por ellos. De primero siguió las huellas de Loeffling, de Asso, de Cavanilles, de Lagasca...; luego las de Boissier, de Willkomm... ¿Quién podría luego discutir con él de fitografía? Muchos de sus viajes, pues, no fueron realmente exploraciones, sino pesquisiones. Iba en busca de formas concretas, de plantas determinadas. ¡Con qué gozo alborozado las saludaba al descubrirlas! Acaso alguien recordará aun su alegría, casi pueril de tan franca, al comprobar en los Puertos de Beceite lo que sospechaba desde su gabinete de trabajo: el carácter híbrido de la rarísima "Centaurea Loscosii", de Willkomm, combinación de las "Centaurea podospermaifolia" y "Centaurea Scabiosa".

Pero la triste experiencia de Loscos le hizo avisado. Loscos se moría de miseria en Castelserás. Y Pau supo comprender que sus actividades científicas tendrían que extinguirse si carecían de una sólida base económica. Quiere decirse que no descuidó su botica, y que, por lo tanto, sus correrías, aunque muy numerosas, debieron ser breves, de unos pocos días de duración. Pero aprovechadas. Recogía cantidades fabulosas de plantas. Cuando daba con una notable en su localidad clásica, cargaba con grandes cantidades de ella. Y luego, Leonhardt, el famoso comerciante alemán en herbarios, daba cien ejemplares por cada ejemplar de Pau, porque las plantas españolas siempre se cotizaban muy altas en el comercio internacional, y no digamos si se trataba de topotipos o de especies nuevas.

Así fué creciendo el herbario, incrementado además por las aportaciones de gran número de amigos. Porque, en efecto, ¿qué le faltaba a Pau para no parecerse en nada a los sabios oficiales? Pues contestar a vuelta de correo al neófito que le pedía consejo y le remitía unas plantas en consulta desde el más apartado rincón de España. Contestarle a vuelta de correo no habría bastado. Pau sabía halagarle, sabía decirle, poco más o menos: "Sus plantas me han gustado. Veo en su envío cosas sumamente curiosas. Si se aplica un poco más en la preparación de los ejemplares no dudo que podrá hacer labor meritoria, y descubrirá plantas del mayor interés. Por lo pronto, advierto en su paquete dos formas nuevas...". Y una de las tales formas, por poco que valiera la pena, era dedicada indefectiblemente al neófito. Tratar con Pau era entrar en faena inmediatamente. Y surgían problemas por doquier. Tenía uno la sensación de la labor fecunda por realizar. Presentía la felicidad de los hallazgos inesperados, de las relaciones de unas floras con otras, de las conexiones florísticas entre territorios alejados...; se daba cuenta, en fin, de que, por ventura suya, no todo estaba hecho en España, como parecía deducirse de los textos oficiales, que eludían los problemas por incapacidad, no ya de resolverlos, pero ni siquiera de plantearlos. Las aportaciones de esos neófitos, que luego devenían discípulos, fueron muy considerables, y el herbario de Pau se nutrió en gran parte de ellas. La lista de sus colaboradores, si pretendiéramos enumerarlos, sería excesivamente larga. Pero de tres, sobre todo, entre los difuntos, no cabe hacer omisión por la importancia de los trabajos que han dejado: el P. Merino, de La Guardia (Pontevedra), Juan Cadevall, de Tarrasa, y Fre. Sennen, de Barcelona. Debemos al primero la excelente "Flora de Galicia", en tres volúmenes, y a Cadevall la magnífica "Flora catalana", que comprende seis, ambas obras completas, y la última, sobre todo, alentada constantemente por Pau, ora con amables consejos, ora con interesantes indicaciones sistemáticas, ora con noticias fitogeográficas de gran valor. La obra de Fre. Sennen consiste principalmente en su importantísima exsiccata, en la que colaboró Pau asiduamente, no sólo remitiendo plantas para la misma, sino revisando año tras año las determinaciones de Fre. Sennen.

La labor de Pau parece influida por su manera de trabajar. Labor de rebotica, muchas veces, aunque también supo velar. Mas, acuciado por la prisa de los voluminosos paquetes de plantas que esperaban turno, de las copiosas recolecciones que había que intercalar en el herbario, de las consultas botánicas que era preciso resolver sin demora..., nunca gozó Pau de la calma necesaria para extenderse en largas consideraciones, ni para hilvanar inacabables períodos. Su estilo es, a menudo, telegráfico, y su trabajo un tanto desordenado. A ello es debido el gran número de notas de pocas páginas que constituyen la mayor parte de su la-



La raza marroquí del pinsapo, en el monte Laxhab, 2.150 metros de altura. Vista tomada desde lo alto del collado de Huata-el Kasdir, en la cabecera de Beni Derkul (Marruecos español). El pinsapo se extiende en la vertiente septentrional de la montaña, sin llegar a la cumbre

Importancia de la flora hispánica

Por S. DE LINIERS

El día 22 de mayo de 1845, festividad de Corpus Christi, Pistro Bubani, el famoso explorador italiano de las riquezas botánicas del Pirineo, descubrió junto a Rocafort, no lejos de Sangüesa, en Navarra, una notabilísima planta leguminosa, un astrágalo, al que dió el nombre de «domitus», dominado o vencido, porque, habiendo esquivado hasta entonces las pesquisas de los botánicos hispanos (¿también las de Ignacio de Asso?, era por fin descubierto y entregado a la Ciencia. Bubani, sin embargo, no pudo ver publicada su «Flora Pyrenaea», y el *Astragalus domitus* siguió durante muchos años todavía tan «indómito» como antes, hasta que, en 1887, Carlos Pau el botánico segorbinó, en la página 20 de sus primeras humildes «Notas botánicas», describió y publicó la especie con el nombre de *Astragalus turoloensis*. Esta misma planta, hallada en Jabalambre por Elisée Reverchon en 1892, todavía recibió otro nombre, el de *Astragalus aragonensis*, que le dió Freyn, desconocedor de la publicación de Pau (el *A. aragonensis* fué dado a conocer por Willkomm en el suplemento del «Prodromus Florae Hispanicae», página 234, 1892).

No es extraordinario que hasta mediado el siglo pasado no fuera descubierta en España una planta tan singular, porque ocupa en la Península un área relativamente reducida, en la cuenca del Ebro, desde Navarra, en el Oeste, hasta Alcañices y Aytona, en Cataluña, como límite

oriental, para remontarse, más hacia el Sur, hasta las montañas de Teruel y de Jabalambre, y aun dentro de esta área se encuentra acá y allá, muy dispersa, separadas sus diversas localidades por grandes espacios sin ella.

Pero el 24 de julio de 1924, mi malogrado amigo Emile Jahandiez descubrió esta planta en el llamado Tizi Taghzeit, en el Atlas Medio. Para Font Cuet, que dió cuenta del descubrimiento en sus opúsculos titulados «De flora occidentale adnotationes» (I, núm. 8), en 1925, la planta atlántica es una variedad de la aragonesa; en la etiqueta de Jahandiez («Plantes marocaines», núm. 688) la había llamado Maire *Astragalus exul*, astrágalo «desterrado», y luego la subordinó también al *turoloensis* con la categoría de subespecie. En realidad, las diferencias son de tan poca monta que, a nuestro modo de ver, apenas si justifican la creación de una variedad, en el sentido de raza geográfica, del tipo aragonés.

He aquí, pues, una planta bien notable, de gran autonomía específica, propia de la cuenca ibérica, que apenas si traspone en Jabalambre, y que, sin embargo, hallamos en las vertientes calizas del Atlas, como si realmente hubiera sido desterrada de su patria.

En una crónica datada en Granada el 10 de agosto del propio año 1845 (entonces era España tierra de promisión para los botánicos extranje-



Distribución geográfica total del *Drosophyllum lusitanicum* Link



Distribución geográfica total del *Drosophyllum lusitanicum* Link



Los pinsapos en lo alto del Djebel Bu-Halla, sobre Beni Derkul



Los pinsapos del monte Bu-Halla. Al fondo, el collado llamado Huata-el-Kasdir

ros), Moritz Willkomm comunicaba a la «Botanische Zeitung» el descubrimiento de otra famosa planta: *Scopolina atropoides*, hallada en el Barranco Agrio de la Sierra de María. Grande fué el tropiezo de Willkomm, porque la planta en cuestión pertenece a otro género; pero en descargo suyo diremos que a la sazón el joven Moritz acababa de salir de las aulas, no contaba más que veinticinco años de edad, y sus conocimientos sobre la flora española, al cabo de un año de empezar sus exploraciones aquí, forzosamente debían ser muy escasos. Además, no es lo mismo escribir desde el laboratorio, bien pertrechado de libros y de herbarios, que hacerlo desde cualquier posada granadina precipitadamente, cegado por la propia ilusión del hallazgo insospechado y maravilloso. Porque, efectivamente, cinco años más tarde, el mismo Willkomm publicaba la especie con el nombre de *Atropa baetica*. No se trataba, pues, de la *Scopolina*, sino de una segunda especie del género *Atropa*, bastante distinta de la única que se conocía entonces, la belladona común, para crear un nuevo tipo específico.

Más tarde fué encontrada esta planta en La Sagra y en la Sierra de Castril por Reverchon, y luego, por el propio recolector, en la Sierra de la Cabrilla y en el Barranco de Guadalentín, de la provincia de Jaén. Enrique Gros, estando al servicio del Instituto Botánico de Barcelona, la

descubrió junto a la Peña de los Enamorados, de la Sierra de la Nieve, en 1922.

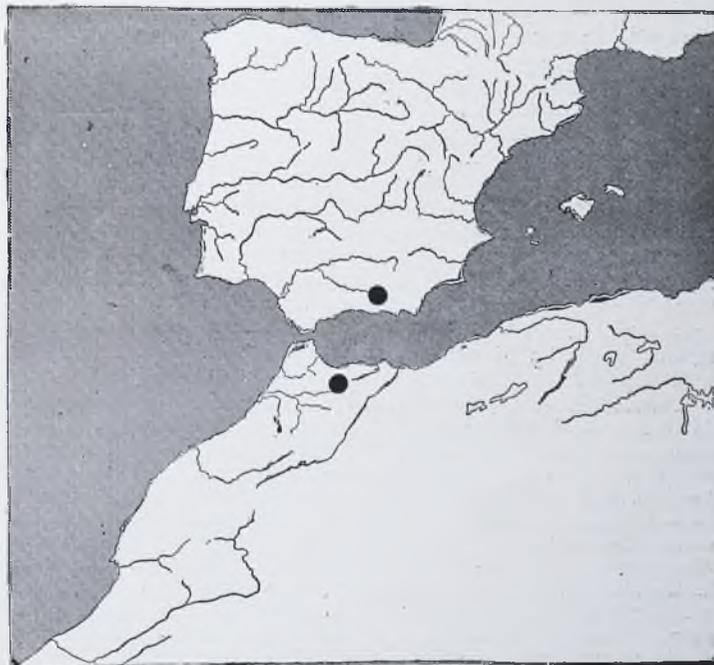
El hallazgo de Gros ampliaba considerablemente en España el área de la belladona andaluza; pero un año antes, en 1921, otro descubrimiento la extendía mucho más. En efecto, René Maire, profesor de la Universidad de Argel e infatigable explorador de Marruecos, la encontraba en Ras-el-Ma, cerca de Asrú, en el Atlas Medio, entre 1.500 y 1.600 metros de altitud.

Ocurrió, pues, con esta planta, lo propio que con el *Astragalus turorensis*, que hallada en España, se descubría más tarde en el Noroeste de África. Pero con una diferencia: así como el *Astragalus turorensis* se encuentra en numerosas localidades de la cuenca ibérica y sólo en una del Atlas, la *Atropa baetica* es mucho más frecuente, y, sobre todo, más abundante en Marruecos. Principalmente, en las montañas calizas de las ásperas cabilas de El Ajmás, Beni-Zedjel, Beni-Selmán y Beni-Derkul, del Atlas rifeño, puebla grandes espacios en los linderos de los pinsapares.

Que una planta española se descubra en Marruecos, o que otra, marroquí, se encuentre en España, lo mismo es. Y el hecho se ha repetido docenas de veces desde que la exploración botánica de Ma-



Distribución geográfica total de la *Atropa baetica*



Distribución geográfica total del *Eryngium glaciale*



Los pinsapares y el Pico de S. Cristóbal, sobre Grazalema



El bosque de Abies Pinsar, en la umbría de la Sierra del Pinar

rruecos ha podido realizarse, como es debido, a partir del momento en que los botánicos pudieron herborizar intensivamente en aquellos territorios, y al paso que en España, por otra parte, se intensificaban también las exploraciones. Porque hay especies que aun contando con una vasta dispersión en el Norte de África, sólo se dan en España en muy pocas localidades. Dígalo, si no, la *Callitris articulata*, «el arar» de los moros, frecuentísima en la mayor parte de Marruecos, y que en España y en todo el Continente europeo sólo se conoce de una localidad de las cercanías de Cartagena; y dígalo también la *Corydalis heterocarpa*, común, asimismo, en todo el Noroeste de África, que en España y en Europa vive únicamente en los riscos calcáreos de Esparteros, cerca de Morón.

Sobre todo, entre la parte austral de la Península Ibérica, contada partiendo de la falla del Guadaluquivir y Marruecos, las afinidades florísticas son tan notables que saltan a la vista así que se estudia el problema. Pero no vaya a suponerse que se limitan al fondo floral común a ambos países, que ya se supone que no pueden darse grandes diferencias en cuanto a él se refiere en todo el ámbito de las tierras circummediterráneas, sino a los tipos más sobresalientes de una y de otra orilla. Ambas riberas formaron parte de un mismo territorio indistinto en otras épocas geológicas, y los restos de las floras que las poblaron persisten en mayor o menor proporción en ambos lados del Estrecho de Gibraltar. Hay vegetales rarísimos, por ejemplo, como el *Eryngium glaciale*, que en España no se conocen más que de un solo punto: de las cumbres de Sierra Nevada en este caso, y que en Marruecos tampoco viven sino en una localidad: en la cima del Tidiguín, en Ketama, la más alta del Rif, por lo que toca a dicha especie.

La flora española, o, mejor dicho, la flora ibérica, porque nadie se atrevería a negar a este respecto la homogeneidad peninsular, no constituye una unidad independiente, a pesar de lo rotundo de sus límites naturales. Las conexiones con Marruecos son tan entrañables, que datan de miles y miles de años. Cuando entre ambos países se abrió el abismo del Estrecho, la semilla de la comunidad estaba echada hacia siglos, y si más tarde, acá y también allá los períodos glaciares obraron con eficacia dispersante, favoreciendo la inmigración o la extensión aquí de especies norticas, y allí la de las formas más resistentes al frío, acantonadas antes en sus montañas, no por eso se han extinguido los testigos de aquella afinidad floral, sino que se cuentan por centenares las especies y aun los géneros que en todo el orbe no se dan más que en ambas riberas del Mediterráneo, en España y en Marruecos.

Cuando Willkomm y Lange se decidieron a publicar su «Prodromus» de la flora española, se limitaron estrictamente a las especies que se crían en los límites políticos de la España peninsular. Ni siquiera tuvieron en cuenta las plantas de las Baleares y Pitiusas. Claro que el fijar los límites de un país, con objeto de describir su flora, depende de muchos factores. En primer lugar, de la capacidad cognoscitiva del autor. Pero suponiendo que la posibilidad de hacerlo no resulte una pura quimera, es evidente que para tratar de la flora ibérica con toda la amplitud debida es preciso proseguir los estudios allende el mar y buscar las afinidades de nuestras plantas también en África, y explicar la singular dispersión de no pocos tipos florísticos marroquíes, previo el conocimiento de sus respectivas áreas españolas.

Hemos visto un anteproyecto de «Flora Hispánica» redactado por el

Instituto Botánico de Barcelona. Desde luego, se trata de una obra sumamente ambiciosa. En él se alude a la magnífica «Flora orientalis», de Boissier, que, prescindiendo de toda suerte de fronteras políticas, encuadraba el campo objeto de sus estudios dentro de un extensísimo marco: Grecia, Turquía, Palestina, Siria... Una «Flora occidentalis» que hiciera juego con ella, comprendiendo nuestra Península y todo Marruecos, hasta más allá de Ifni, con las Canarias, Azores y Madera, podría ser, realmente, espléndida. Mas, como suele decirse, lo mejor es a veces enemigo de lo bueno... Antes hay que ver con qué medios se cuenta y con qué colaboración se puede confiar, para emprender un trabajo que precisa llevar a término con la mayor dignidad.

Lo que parece indiscutible, y esto constituye, a nuestro parecer, un acierto del mencionado anteproyecto, es que la futura «Flora Hispánica» debe abarcar los territorios de la España continental y lusitana, junto con las Baleares y Pitiusas, aludiendo, siempre que fuese menester, a la parte septentrional de Marruecos, si es que no la comprendía declaradamente, porque es, sobre todo en esa parte donde nuestro mundo florístico más genuinamente autóctono se reproduce de manera sorprendente, como un objeto, y su imagen especular.

En el carácter «africano» de la flora española estriba precisamente lo que más la realza a los ojos de Europa. Pero no vaya a creerse, sin embargo, que a causa del elevado número de especies marroquíes, oranesas y argelinas de nuestra flora sufran menoscabo los otros elementos florísticos. Todo lo contrario; las variadísimas condiciones mesológicas de la Península Ibérica, con toda clase de suelos y de climas, han podido albergar en todo tiempo, mejor que los restantes países europeos, a elementos florísticos de la más diversa condición. Nuestras montañas fueron lo suficiente elevadas para que en ellas se establecieran, en franca retirada, las especies boreales invasoras durante los períodos interglaciales. Y las solanas del Mediodía y los roquedales del litoral abrigaron, durante la recia de la glaciación, a las especies termófilas más frioleras, que en otros países de Europa perecieron indefectiblemente, si no por lo desaparecible del clima, por la invasión pujante de otras especies mejor preparadas para resistir aquellas condiciones climáticas.

El clima bonancible y húmedo de las costas occidentales y de no pocos rincones privilegiados de España, aun en las bajuras de ciertas comarcas mediterráneas (bajas montañas de Algeciras y Tarifa; La Selva, en la provincia de Gerona), han conservado vegetales de otras aptencias: las plantas atlánticas y subatlánticas. Otras, en fin, las esteparias, venidas de Oriente, hallaron también acomodo perdurable en numerosos puntos, y su presencia en España constituye otra de las maravillas de nuestra flora.

España, pues, conservando gran número de elementos terciarios antiquísimos, anteriores a su separación de África; habiendo ofrecido anchurosa entrada a las especies aquilónicas invasoras durante la glaciación; albergue seguro a las esteparias orientales, llegadas en los períodos xerotérmicos, y respecto templado y húmedo a no pocos tipos atlánticos y subatlánticos, constituye a modo de inmenso relicario de cuantas floras se disputaron el territorio en el transcurso de los siglos. En ello se funda la grandeza de la flora hispánica desde el punto de vista estrictamente especulativo, y sería un crimen olvidarlo cuando llegue el momento de fijar los límites de la obra que habrá de describirla.

LA FLOR EN LA CALLE

Por FELIPE SASSONE



La flor en la calle—o *la flor de la calle*, en sentido figurado, lo más escogido y lo mejor, la excelencia de la calle—no es la que aparece, todavía en su planta, erguido el tallo, levemente mecida por el céfiro, en los vergeles libres de algunas grandes urbes, abriendo y cerrando un paréntesis colorido, lozano, vivo y blando, entre el duro y rígido urbanismo—piedra y hierro, madera y cristal—del recinto ciudadano.

En verdad, todas las ciudades bien construídas, las pequeñas y las grandes, también las industriales y fabriles, pero mucho más las que se nutren del campo, se decoran de agua y de verdura.

El ejemplo máximo nos lo da la Ciudad Eterna, vecina a la campiña, que de ella viene y a ella va, donde fraternizan, en el milagro del clima, el pino y la palmera, norte y sur, y una como rapada cabellera de musgo humaniza las antiguas murallas ciclópeas y el verdín hace más profundos y acusados los pliegues de las túnicas estatuarias, y el agua canta perennemente entre las esculturas de las fuentes monumentales, y junto a la arquitectura estática del mármol tiembla en el aire la arquitectura viva del árbol, y los surtidores tienden la fresca merced luminosa de sus parábolas para emular, alegres y graciosas, la curva pétrea y grave de un arco conmemorativo y triunfal. Pero exceptuadas la propia Roma y la Ciudad del Lirio Heráldico, en donde hasta los campaniles tienen una como inefable gracia vegetal, y las urbes floridas, por virtud de la tierra y del ambiente, como en nuestra España Granada y Sevilla y Valencia y los pensiles canarios y mallorquines, que ofrecen al viandante abiertos sus jardines, éstos, en la mayor parte de las ciudades, se guarnecen entre tapias y rejas y sólo mandan al exterior su perfume, que embalsaman el aire, como en las calles morenas, esquinas al sol, del barrio de Santa Cruz sevillano, el aroma embriagador de azahares y jazmineros. En las ciudades, el jardín natural, un poco rústico y sin recortar, duerme escondido entre tapias y paredones. Apenas si por encima de los muros se ven guen el cono de un ciprés, que, como dijera nuestro poeta Eduardo Marquina, "lleva al cielo su férvida arquitectura de aguja de catedral", y la copa de una magnolia, cuajada de perlas blancas, engarzadas entre sus hojas de bronce brillante, o se desbordam, asomándose, las guirnaldas de las buganvillas, y los racimos de las glicinas, y los encajes de las madreselvas, para alegrar de pintura impresionista el verde sombrío de las hiedras trepadoras. Los parques de las grandes ciudades son jardines sin flor: tal cual florecilla silvestre, unas margaritas—augures de amor, que consulta el amante inquieto: sí, no; sí, no, como en el soneto rubeniano—escondidas entre el peinado césped inglés; una estatua italiana, mutilada y blanca, a la sombra del sauce llorón que Alfredo de Musset pedía para su tumba; unas figuras geométricas de tupida verdura uniforme en glorietas y pasadujos, como en un lienzo de Santiago Rusiñol, y un muro blando, de morisco arrayán, cercando una alberca o un estanque, para teñir de verde el agua, convirtiendo en esmeralda la tersa lámina de acero o de diamante. Luego, por las vías amplias, en los alrededores, fuera de los huertos cerrados, las avenidas de acacias y los álamos de plata, que se reproducen temblando en el espejo del río. Pero no está ahí la flor de la calle. Ni siquiera en los jardines postizos que fingen las balastradas de los balcones y los alféizares y las rejas de las ventanas, donde se alinean en sus tiestos claveles y geranios. La flor de la calle está en los escaparates de las tiendas de París y de Londres, cribando de colores la niebla, y en aquellas de la *Via Tomabuoni*, de Florencia—"città dei fiori sei Firenze bella", dice lo stornello popular—, y en la escalinata de la Plaza de España, en Roma, abriendo un maravilloso camino de perfumes hacia la *Trinità dei Monti* y la *Villa de Medici*, y en las aceras de *La Gran Vía* y de la calle de Alcalá de nuestro Madrid; a la puerta de las iglesias y de las tiendas de bebidas, en manos de las nuevas floristas, cortas las savas y altos los zapatos ortopédicos, o tristes y sucias las grises alpargatas, nietas, rebajadas en donaire, de aquellas otras de antaño, que se peinaban con bandolina y colgaban de sus hombros—*tanagras* de fábula cierta—el mantón *alfombrao* y dejaban asomar al borde de la falda de percal *planchá* los zapatitos bajos de charol.

La flor de la calle, la flor en la calle, es la flor arrancada, la errante y viajera, la que va a cumplir su misterioso destino de fervor, de duelo, de recuerdo, de halago, de galantería o de amor: su misión de belleza, en fin, rendida y regalada, que es la única eficacia consoladora de su divina inutilidad. La cortó de su planta la tijera del jardinero, para que se agrupase con otras en la corona funeraria o en el ramo de la novia, o para que rezase su oración muda ante el santo o la Virgen de un altar, o para que fuese a agradecer a la dama de calidad la primera comida que nos diera en su casa, entre otras flores que pintaban su eterna primavera esparcidas sobre los blancos man-



Florista, por GRAU SOLA

teles del festín. No es, desde luego la flor muerta, la camelia inodora que va prisionera entre algodones en una caja de cartón, ni la orquídea complicada, retorcida y fría como un insecto disecado; es la flor gozosa del aire, en todas las calles de todas las ciudades prácticas, utilitarias, grises y prosaicas del orbe, que canta su bella inutilidad de arte vivo y alegre, aromada, suave, pictórica, entre el mal olor de los automóviles, el humo de las fábricas, las rufonadas del condumio de restaurantes y botillerías, y la dureza metálica, amarilla y negra de cerrojos, aldabas, placas, bocinas, timbres, alambres, chapas y manivelas. Va en un vehículo de mimbres, en la cesta de la florista o en el cucurucho de papel del comprador, asomando por encima la vara de un nardo o de un lirio, o la corola espectacular y formosa de una dalia, o el rojo disparo de un clavel andaluz, o la porcelana viva de una hortensia nipona; en el lecho blando y rizado de una cabellera femenina, prendida en el corpiño, en la cintura, junto al pecho, en el manguito; sobre la oreja pícara de un *donjuán* plebeyo; entre los dientes blancos de una moza; en el ojo de un irruento masculino, bien sobre la chaqueta de un galán, porque allí la dejó la novia, bien en la prenda severa y elegante de un pisaverde anciano—tirador de canas al aire—, que lleva la flor para rejuvenecerse el ánimo al contacto de su lozanía. La flor de la calle puede ser ese clavel de pasión trágica y de pérfida coquetería que la cigarrera desgarrada arrojó al pecho del soldado, para atraérselo, en la novela de Próspero Merimée, y esa violeta melodiosa que Raquel Meller nos ofrecía cantando con voz francesa y aire de Italia—de Parma era la violeta y de Roma la tonadilla—y arrobándonos con sus negros ojos españoles. La flor de la calle es esta rosa roja—"pura encendida rosa, émula de la llama", que cantó nuestro Rioja—, que unas dulces y piadosas manos de mujer han puesto en mi escritorio para que me disipe el olor del tabaco con que aguijo el torpe entendimiento y la pobre fantasía. Otro poeta me acuñe al recuerdo: "En un vaso, olvidada, se desmaya una flor".

Pero esta rosa no fué olvidada. Me la pusieron aquí, en un vaso de cristal de Bohemia, que no digo viejo porque el cristal, como las mujeres hermosas, no tiene edad. Pero este vaso fué de mi abuela, regalo de boda, que ella entregó luego a mi madre, y que mi padre, ya viudo, me dejó en herencia, con unas pipas y una edición de lujo de "La Mandrágora", de Macchia-velli. La rosa me miraba escribir; abierta esta mañana, empezó a temblar a la caída de la tarde, presintiendo su agonía. Con un golpe de tos—¡maldito tabaco!—la deshojé de repente. Unos pétalos, rojos como gotas de sangre, han caído sobre esta cuartilla. Una flor de la calle acaba de morir.



JAUME SALVADOR. Estatua del Museo Martorell, de Barcelona

EL INSTITUTO BOTANICO DE BARCELONA

Por ANTONIO DE BOLOS

Barcelona tiene una tradición antigua de amor a la ciencia de las plantas. Botánicos ilustres ha tenido entre sus hijos, y figuras insignes de la ciencia universal han cruzado sus caminos, encontrando comprensión y camaradería entre sus ciudadanos.

La semilla sembrada por el médico vicense Francisco Micó (1528), que ejerció en Barcelona, no dejó de dar sus frutos en los siglos ulteriores. A Micó se debe una de las primeras contribuciones de correcto estilo científico al conocimiento de la flora española, por medio de una comunicación de unas treinta plantas propias de España que, descritas y dibujadas, mandó a Dalechamps y éste publicó en su *Historia generalis plantarum* (1587).

Al comienzo del siglo XVII, algunos farmacéuticos de Barcelona, entre los que se contaba Juan Salvador y Boscá, el primer naturalista de esta estirpe, se reunieron para acompañar en algunas excursiones alrededor de la ciudad a un ilustre botánico; así consta en una lapidaria inscripción escrita por la propia mano de Salvador en el ejemplar de "Arnaldi de Villanova, medici acutissimi opera nuperrime revisa..." (Lugduni MCCCCXXXIII) de la biblioteca Salvador, que por su especial sabor copiamos íntegra:

(1) "Sit ad futura rei memoria, quod die IV mensis novebris ano nats. dni. 1628, in hoc bar. civitate repertus Guillermo Boelio (2) antuerpianus pharmacopula olissiponesis subtilissimusque herbarius, exit. foras apud trasmote et., tota mote monasterii monacoru S.^{ti} Hieronymi vulgo de la vall de Bro. (3) nobiscum Bernardo flaquer, Joanne Albanell, Xphro Parra et mecu Joanne Salvadore onibus pharmacopulis bar. et tota praelonga varia ac fidelissima. (?) stimpium ab eo nobis exhibita fuit copia, valde inde admiratos fuisse, et pre (?) maxime casu coprobatione quippe nulla plata reperta fuit eo ignorata, dempta quada ononide spinas carente, reliquis tame notis, spinosa aemulanti—qualem dixit nuqua videri—ac etia altero die circa prateses fuimus et itide nullam ignota ei p."

Es probable que la admiración despertada en Juan Salvador, ya naturalista iniciado, por la ciencia botánica de Guillermo Boel,

(1) La transcripción se ha hecho con todo cuidado; no obstante, lo complicado de la escritura abreviada nos deja algunas dudas sobre puntos que no pueden alterar el sentido global.

(2) Guillermo Boelius no dejó ninguna obra; pero su nombre consta en "The Montly Miscelany", de J. Petiver, pág. 392.

(3) Trátase de San Jerónimo del Valle de Hebrón, en la sierra del Tibidabo.

tan ingenuamente expresada en la inscripción transcrita, le incitara a la emulación, pues él fué el iniciador de unas colecciones y de una biblioteca que llegaron a ser famosas. Trabajó relación científica con el monje Barrelier, y al calor de sus incipientes colecciones se inició el núcleo de un cenáculo botánico que, según Quer en su "Flora española", había de influir en aumentar el interés por el estudio de las ciencias naturales en la ciudad.

Los Salvador fueron figuras centrales, representativas y dinámicas, del movimiento científico dentro de su ambiente. Reciben en su casa a los Tournefort y Jussieu y les acompañan en sus exploraciones por España; mantienen correspondencia seguida con los Jussieu, Magnol, Linck, Petiver, Quer, Gómez Ortega, De Baillon, Langio, Boccone y muchos más. Sus gabinetes se convierten en centro de reunión de los amantes de la ciencia, concurriendo a ellos algunos médicos de las flotas y ejércitos que en aquellos azarosos tiempos residían o pasaban por la ciudad. Fundan un jardín botánico en San Juan Despí, tal vez el más antiguo de España, que merece muchos elogios. Viajan por el extranjero. Colaboran en la "Colectanea", de Petiver, donde Juan Salvador y Riera publica unas listas de plantas de Montserrat, de Mallorca y de Menorca. De entre las de Menorca es curioso destacar como un ejemplo, que cita ya de manera inconfundible con la frase de estilo tournefortiano: *Alaternus Balear. fol. serratis subtus ferrugineis*, el endemismo balear descrito como nueva especie por Chodat hace pocos años: el *Rhamnus Ludovici-Salvatore*.

Después de cuatro generaciones que dieron brillante aureola científica a la ciudad, se inicia la decadencia en los naturalistas de la familia Salvador, que definitivamente se eclipsa al morir por accidente, ahogado en el Garona, José Salvador y Soler, amigo y colaborador de Lagasca. Pero durante esta larga etapa de tiempo de cerca de dos siglos, habían aparecido en el palenque científico nuevos nombres, algunos de ellos brillantes y varios de ellos discípulos directos de los Salvador: Mínuart, Olsina, Paláu, Bahí, Sala, Isern, Mirambell, que colaboraron con ellos y siguieron posteriormente manteniendo el fuego sagrado de los estudios botánicos.

Entretanto, Pourret recorre parte de España, estudia el Herbario Salvador y escribe su elogio. Lagasca acaba su vida de trabajo en Barcelona. Y cuando parecía haberse agotado la vena de los botánicos, aparece la serena figura académica de Antonio Cipriano Costa, realizando labor positiva y fecunda, rodeándose de una densa red de colaboradores y discípulos: Tremols, Masfe-

rrer, Vayreda, J. Pujol, R. de Bolós, Agelet, Grau, Puiggarí, etc., los cuales le aportan sus materiales para la redacción de su "Introducción a la flora de Cataluña".

Como último de los discípulos de Costa, en relación postrera con los supervivientes de aquella pléyade, Cadevall y Diars prepara un herbario, base de su notable *Flora de Catalunya*, en la que se refunden los datos recogidos por sus antecesores, y añadiendo copiosas observaciones personales, elabora una flora de tipo moderno, cuya publicación terminó, muerto ya su autor, en 1937.

★

Toda la documentación del movimiento científico, representado por los nombres que hemos citado, quedaba archivada en unos herbarios y unos escritos que venían a representar un tesoro científico para las generaciones futuras. Pero los herbarios, los fehacientes documentos, si no son cuidados por personal especializado, tienen una vida efímera. Los factores naturales de destrucción, juntándose muchas veces a la ignorancia de los sucesores, van anulando la obra de largos años de sacrificios y estudios.

La trágica desaparición de algunas notables colecciones dió fuerza a esta consideración, que movió a algunos espíritus selectos a proponer la creación por el Ayuntamiento barcelonés de una Junta de Ciencias Naturales, con un departamento de botánica, con la misión de recoger en sus Museos las colecciones particulares dispersas, continuando y acrecentando las investigaciones.

Pronto, el Departamento de Botánica, actuando como un verdadero Instituto, concretó un programa de actuación de amplias visuales, consagrándose al estudio de los dominios iberoafricanos. En 1918 toma su dirección el doctor Font y Quer. Ya desde 1917 dirige el Departamento todos los años excursiones de exploración a las regiones que se consideraban menos conocidas, obteniéndose espléndido resultado, ya que operando sobre zonas inexploradas y ricas en formas propias, el trabajo se convertía en estimulante y fecundo. Cultivóse la colaboración con los más prestigiosos botánicos con que contaba España: Cadevall, Carlos Pau y el Hermano Sennen, para no citar sino figuras desaparecidas, entrando también en relación con numerosos Centros científicos extranjeros.

Las adquisiciones de obras para la Biblioteca, la recogida de archivos y correspondencia de botánicos (la parte más importante de la correspondencia de Pau está archivada en nuestro Instituto), las relaciones científicas, todo iba dirigido al mismo fin, que era el conocimiento total de la flora de las tierras occidentales.

A raíz de la ocupación del Rif por el Ejército español en 1926, se dirigieron, durante varios años, expediciones de exploración a la Mauritania, que enriquecieron considerablemente los herbarios del Instituto en plantas africanas, logrando formar un conjunto que tal vez no tenga similar en Europa. Véase aquí, por años, las numerosas regiones y comarcas recorridas por el personal del Instituto, fuera de Cataluña:

- 1917.—Menorca y Mallorca (viajes del Hermano Bianor, botánico de Pont d'Inca, subvencionados por la Junta de C. N.).
- 1918.—Ibiza y Formentera.
- 1919.—Ibiza, Valencia, Murcia y Málaga.
- 1920.—Mallorca e Ibiza.
- 1921.—Almería, Aragón y Navarra.
- 1922.—Cádiz (entre Ronda y Gibraltar).
- 1923.—Valencia, Alicante, Murcia y Sierra Nevada.
- 1924.—Madrid (Aranjuez, Madrid, El Escorial, etc.), Toledo, Murcia y Extremadura (Sierra de Gredos, etc.)

1925.—Cádiz (desde Cádiz y San Fernando a la Sierra de la Nieve), Sevilla, Córdoba y Jaén.

1926.—Jaén, Málaga y Cantabria.

1927.—Primera exploración del Marruecos español (Abril-Junio).

1928.—Segunda ídem íd. íd. (Abril-Diciembre).

1929.—Tercera ídem íd. íd. (todo el año).

Provincia de Almería.

1931.—Huelva y sur de Portugal (Algarbe).

1932.—Quinta exploración del Marruecos español (Junio-Julio).

1933.—Aragón (Los Monegros).

1934.—Sólo Cataluña.

1935.—Territorio de Ifni, León, Asturias, Galicia.

1936.—Resellón, Norte de Portugal (Coimbra), Aragón.

1937, 1938, 1939, 1940, 1941.—No se hicieron más que excursiones locales de corto alcance.

1942.—Aragón (Jaca).

El acrecentamiento del Herbario con el material recogido en estas insistentes exploraciones fué considerable, pues llega a contar hoy día 242.862 pliegos, en mucha parte revisado por especialistas o botánicos de nota (Bécker, Lacaita, Litardiere, Maire, Pau, Rothmaler, Saint-Yves, Schwarz, etc.).

Tras múltiples, variadas y laboriosas gestiones pudieron irse reuniendo en el Instituto todos los herbarios catalanes de alguna importancia: Cadevall y Font Quer cedieron los suyos. Los hijos de Estanislao Vayreda depositaron el de su padre, con todo el material para incluir. La Real Academia de Ciencias y Artes depositó el conjunto de sus colecciones botánicas con los herbarios Tremols, Costa y otros varios. Se adquirió un importante lote de plantas del herbario Masferrer. Ingresaron también los de Francisco y Ramón de Bolós, y, más últimamente, con las colecciones Salvador ingresó el resto del que fué magnífico Herbario Salvador, reducido sólo a 727 ejemplares. Todos ellos, reunidos a los de Ballé, Benedicto, Bofill y Poch, Carreño, Compañó, González Frago, Jiménez Munuera, Llenas (líquenes de Cataluña), Pavón (en parte), Saura, Sociedad Botánica de Barcelona, Vidal, han formado un fondo de archivos botánicos de verdadera importancia.

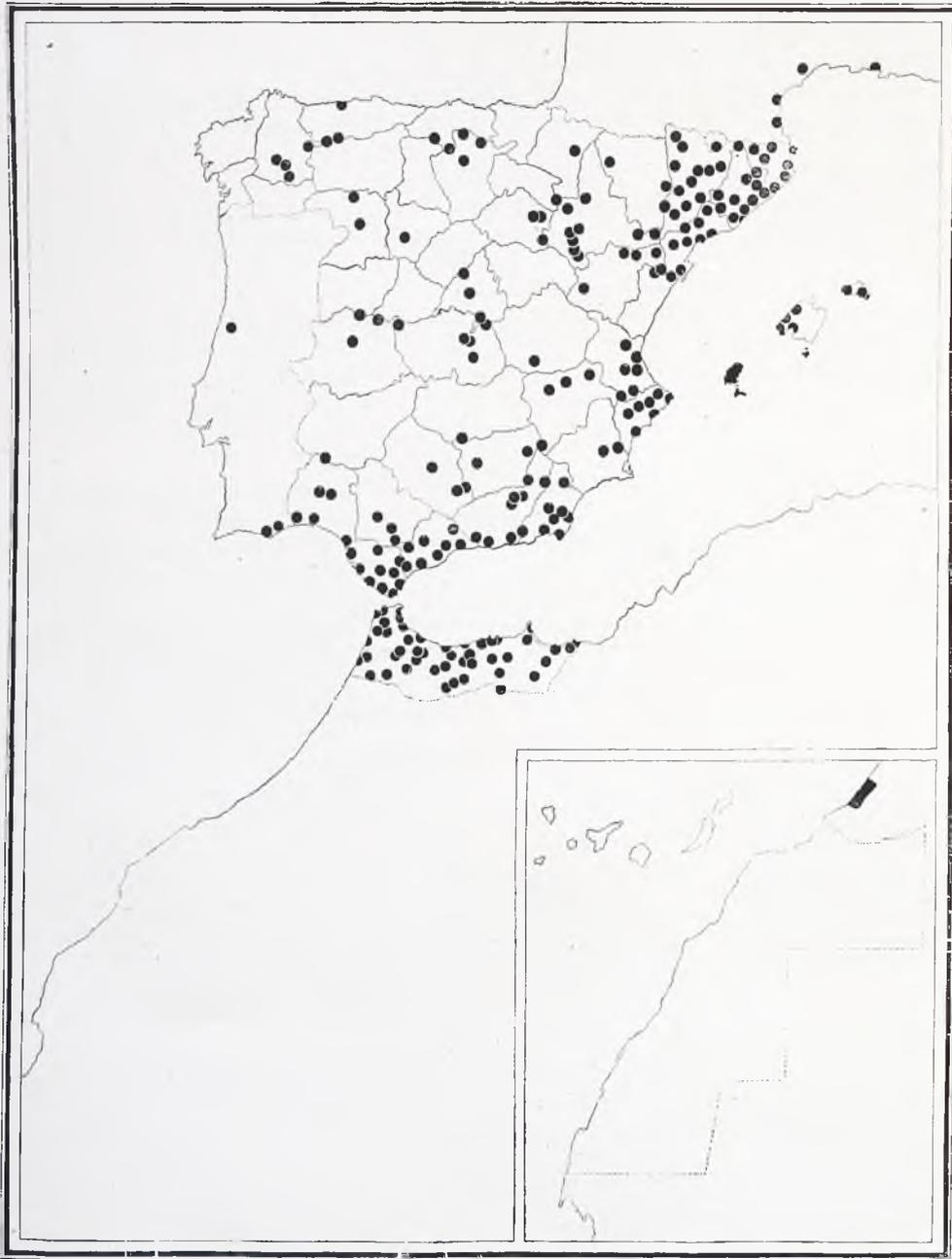
Como consecuencia de su empeño en el conocimiento metódico de la flora de los dominios españoles, importantes volúmenes, referentes a esta materia, ha incluido entre sus publicaciones:

Font y Quer, P.: *Datos para el conocimiento de la flora de Burgos*. Cuatrecasas, José: *Excursión botánica a Alcaraz y Ríopar*. Cuatrecasas, José: *Estudios sobre la Flora y la vegetación del macizo de Mágina*. Pau, Carlos: *Nueva contribución al estudio de la Flora de Granada*. Pau, Carlos: *Contribución a la Flora española: Plantas de Almería*.

Además de estos volúmenes, empezó en 1934 a publicar la primera centuria de la exsiccata *Flora ibérica selecta*, colección de plantas raras o exclusivas del ámbito ibérico, escogidas entre las más interesantes y preparadas con la máxima perfección. Durante el año 1935 se publicaron la segunda y tercera centurias. Su finalidad era dar a conocer a los botánicos y especialistas de todo el mundo la riqueza de la flora española en formas exclusivas o endémicas, proporcionando a los estudiosos los tipos de comparación de las localidades clásicas. A pesar de su precio, relativamente elevado, las treinta y dos colecciones que se prepararon fueron tan rápidamente adquiridas por las Universidades, Museos y Jardines Botánicos, que se agotaron a poco de ver la luz, mereciendo vivos elogios de significados profesores de diversos países. La situación internacional ha



Gabinete botánico de los Salvador, siglo XVIII



impedido la continuación de una publicación tan valiosa y apreciada; pero no se ha desistido de trabajar para ella, pues aun durante este período crítico se ha seguido recogiendo material con que continuarla tan pronto el ambiente mundial esté más propicio para estas pacíficas empresas.

En el cuadro de las actividades del Instituto se encontraba a faltar la formación de colecciones de plantas vivas dentro del marco de un Jardín Botánico. Ya en 1927 se inició éste de una manera modestísima en algunas parcelas del Parque de la Ciudadela, alrededor del edificio ocupado entonces por los Museos y el Departamento de Botánica. Pero no fué sino hasta el 1931, al liquidar los terrenos ocupados en Montjuich por la Exposición Universal de 1929, cuando se tuvo idea de dedicar a Jardín Botánico las grandes hoyas de las canteras de Montjuich, viniendo con ello a tomar cuerpo de realidad el Jardín Botánico de la ciudad de Barcelona.

El espacio de que se podía disponer venía representado por ocho hectáreas, distribuidas en cuatro circos cerrados o casi cerrados. La curiosa y original disposición que el terreno obliga a dar al Jardín, permite disponer en cada uno de los circos de cuatro orientaciones opuestas, donde es posible la adaptación de tipos de plantas de muy diversa aptencia, presentando abundantes paredes rocosas propicias para el cultivo de plantas saxatiles, tan abundantes en nuestro país montañoso. Por su especial disposición de cubeta cerrada, los fondos poseen un microclima característico, mucho más frío y húmedo que el clima medio exterior. Du-

rante el mes de enero de 1942, la temperatura mínima llegó en ellos a — seis grados, en tanto que la mínima absoluta del mismo mes en Barcelona fué, según el Servicio Meteorológico Nacional, de — 1,4 grados. Hay, pues, así abundantes espacios para plantas de climas fríos, en tanto que en ciertas zonas de orientación al Mediodía pueden vivir bien las plantas xerófitas y aun de climas cálidos.

De acuerdo con la orientación general del Instituto, ha se dedicado una parte del jardín a la realización de algunas representaciones geográficas correspondientes a las zonas de estudio que se tiene propuestas.

Así, la región mauritánica, sobre todo en su aspecto de los barrancos del Atlas, viene representado por un bosquecillo de *Cedrus atlantica* (Man.), que a los diez años presenta ya un aspecto magnífico. Les acompaña el *Cyissus osmarensis* (Coss.) Ball., especie arborescente (de un género cuyas especies europeas no pasan de pequeños arbustos), y que en nuestro jardín sobrepasan los seis metros de altura; la *Euphorbia Neveidum*, Jahandiez et Maire, de altísimo porte; el *Cistus ladaniferus*, L. var. *petiolatus* Maire, la *Digitalis purpurea*, L. var. *mauritanica* Humb et Maire, *Lactuca cornigera*, F. Q. et Pau, de altos penachos; *Leucanthemum osmarensis*, Ball, que se desparrama sobre las rocas; la casi arborescente *Centaurea sempervirens*, L. ssp. *mauritanica*, F. Q.; el *Convolvulus mauritanicus*, Boiss, de hermosas campánulas azules, etc.

Otra región representada en la bética, con un bosque de *Abies pinsapo*, Boiss.; el curioso abeto descubierto por Boissier en la serranía de Ronda, y *Quercus ilex*, con su cohorte de *Prunus lusitanica*, L.; *Atropa baética*, Willk.; la Belladonna ibero-africana *Scrophularia mellifera*, Vall.; *Putoria calabrica*, Pers.; los curiosos *Biarum corratracense*, F. Q., y

Biarum tenuifolium, Schott.; de flores extravagantes y nauseabundas; *Papaver rupifragum*, Boiss. et Reut, de la localidad clásica de Grazalema, etc.

Una tercera zona representa el dominio balear y la región levantina, con *Taxus baccata*, L.; *Cneorum tricocum*, L.; *Hypericum bulgaricum*, L.; *Fraxinus Ormus*, L.; el árbol del maná *Buxus balearica*, W.; *Helleborus lividus*, Ait, planta que se encuentra también en las islas tirrenas; *Ranunculus macrophyllus*, Desf., y el pequeñísimo *Cyclamen balearicum*, Willk., etc.

Actualmente se está realizando la plantación de un jardín de plantas medicinales, con la finalidad de ser, además de una escuela práctica para los escolares y estudiosos, un campo de experimentación de cultivos posibles, al mismo tiempo que un auxiliar para el estudio farmacológico de las drogas naturales.

En los vericuetos de los caminos, al pie de las peñas o en las numerosas parcelas de cultivo normal, multitud de plantas interesantes de todos los países, muchas de ellas de propiedades medicinales, se cultivan adecuadamente, aumentando de año en año con las nuevas siembras y adquisiciones.

Muchas otras realizaciones se tienen en proyecto, que irán desarrollándose a tenor de las posibilidades, hasta llegar a obtener el jardín ideal que el gran fitólogo inglés Jorge Benthham sugería después de visitar el antiguo y abandonado jardín de Barcelona en su "Catalogue des plantes indigènes des Pyrénées" (1826), reconociendo las excepcionales condiciones de nuestro clima, que permite cultivar al aire libre, con gran desarrollo, plan-

(Continúa en la página 100)



A



FLORA
HISPANICA





VEGETACIÓN LEÑOSA ESCLEROFILA
 VEGETACIÓN ESTEPARIA
 BOSQUES PLANOCADUCIFOLIOS
 BREZALES (HEIDEN ALEMAN)

V. Várdez





JARDIN
BOTANICO

DE BLANCO







J A R D I N
B O T Á N I C O
D E B L A N E S

Marimurtra

Por DRYAS



Hay pocas plantas que estén tan íntimamente asociadas con el mar Mediterráneo como el mirto sureuropeo "Myrtus communis". Es un arbusto con hojas perennes y siempre verdes, fragantes flores blancas o rosas y bayas negras y jugosas. El mirto ha venido desde Asia hace muchos siglos. En la antigua Grecia y en Roma estaba consagrado a la diosa Venus, y sus hojas las llevaban igualmente el serio legislador y el joven atleta. La fragancia de sus flores sigue inspirando al poeta, así que cuando se oye decir mar y mirto en seguida se imagina uno las playas del azul Mediterráneo, favorecidas por su clima ideal y su belleza inmarcesible.

Hace una quincena de años, un extranjero que ama a España y vive en nuestra patria desde 1897 tuvo la idea de fundar un jardín que encerrara la esencia vegetal del Mediterráneo, y lo llamó espontáneamente "Marimurtra".

Este jardín está situado cerca del pueblecito pescador de Blanes, en la provincia de Gerona, a unos 70 kilómetros de Barcelona, donde comienza la Costa Brava y donde el clima catalán llega a la perfección. Se trata de conservar en él, en su estado natural, un gran trozo de bosque mediterráneo de pinos y encinas y demás plantas menores que se asocian a estos árboles; por cultivo se ha aclimatado la vegetación subtropical de muchos países: el árbol de la plata (Silvertree), del Cabo, Grevilleas y demás proteáceas de Australia, cipreses y acacias, el eucaliptus y una gran variedad de palmeras. También las plantas crasas crecen en abundancia: cactus, euforbias, mesembriantemun, etc.

El fundador de este nuevo paraíso para botánicos se ha propuesto que todos los científicos de los grandes centros europeos, Zurich o Viena, Berlín o Amsterdam, París o Roma, puedan, con sólo unas horas de viaje en avión, hallarse en este lugar privilegiado, donde las plantas que en sus regiones, menos afortunadas, se ven reducidas a la vida artificial de las estufas, aquí crecen al aire libre con toda su pujanza. Para el estudio y el trabajo, una casita en el jardín incluye una biblioteca botánica que ya empieza a ser importante. La arquitectura de este edificio y de la casa-vivienda, de estilo catalán, encaja perfectamente en el delicioso paisaje para recreo del sentimiento artístico de los que allí acuden. Hay lugares en el jardín dedicados a los grandes botánicos antiguos para que todos los visitantes les ofrenden su recuerdo: un belvedere en memoria de De Candolle, una pérgola consagrada a Linneo, un paseo llamado de Ruiz y Pavón, y otros más.

A pesar de que las circunstancias son totalmente adversas, ya han pasado temporadas en Marimurtra figuras botánicas extranjeras de la importancia de un Wettstein, director del Instituto del Káiser Guillermo, de Biología, en Berlín; doctor Bernard, de Suiza; doctor Kupper, de Munich, y otros más. Todos los españoles que aman las plantas y han llegado a Cataluña se acercan a Marimurtra y vuelven entusiasmados de su visita. El extranjero con alma mediterránea que ha tenido la visión de lo que podía ser un jardín botánico en Blanes ve poco a poco realizarse su sueño. Ha tenido que luchar contra toda clase de contratiempos y no ha sido el menos importante el rigor del invierno de 1940, que mató gran número de euforbias. También hay que tener en cuenta que los recursos de este jardín se ven ahora muy mermados, pero no importa, la ilusión y la voluntad de vencer de este gran loco pueden más, y la belleza de su jardín aumenta de día en día. El Agave americano se destaca sobre el azul del mar. Las Opuntias mejicanas bordean el paseo de Ruiz y Pavón, sobre acantilados y rocas. En el jardín californiano, las Chollas se expanden llenas de vida, y en el rincón surafricano, la Kleinia tomentosa crece satisfecha al calor de las rocas.

Sintámonos orgullosos de que esta tierra nuestra y este mar tan bello hayan sabido conquistar de tal manera a un extranjero, que todos sus afanes culminen en dotar a España de un jardín como Marimurtra.



Rocalla con Opuntia y Agave



Kleinia tomentosa

LA FLOR, PROBLEMA CIENTIFICO

FILOSOFIA BOTANICA

Por EMILIO GUINEA

La flor contiene la sexualidad de la planta superior. No el sexo, puesto que lo dominante es la flor hermafrodita (masculina y femenina). Las plantas inferiores carecen de flores, pero no de sexo. Este se va haciendo más oscuro e impreciso a medida que se desciende en la serie vegetal, al extremo de verse obligados los biólogos a designar con los signos + y - (hongos) esta sexualidad rudimentaria sin carácter masculino o femenino.

En el eslabón extremo inferior (esquizofitas) aun no se ha demostrado actividad sexual, y posiblemente no existe. Estas eofitas se multiplican simplemente partiéndose en trozos.

Vamos a exponer el posible origen de la flor, haciendo la crítica de las teorías modernamente aceptadas y el juego de este órgano importante en los actuales métodos naturales de la clasificación botánica, para terminar con un punto de vista, a nuestro juicio, más racional.

Hasta la fecha, todos los ensayos de interpretación del plan vegetal parten de una visión excesivamente simplista y rudimentaria del problema. Este encierra en sí una complejidad de tal orden, que nos hace sospechar no pueda ser abordado en toda su extensión, limitados a nuestros recursos inteligentes y a los testimonios que hoy poseemos.

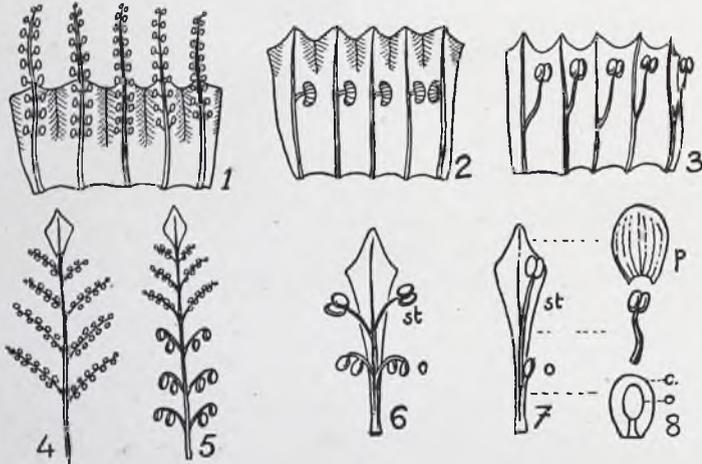
Apoyándonos en las hipótesis hasta hoy expuestas y en nuestra experiencia y meditación del problema, pretendemos realizar un esfuerzo mayor para alcanzar una comprensión más compleja, de tal manera que podamos alzarnos sobre las simples exposiciones lineales y planas, buscando dar al tema relieve o profundidad, es decir, dotándole de la tercera dimensión, que, a nuestro juicio, no se ha tenido en cuenta al formular aquellas teorías.

Consideramos descartado el pretendido origen monofilético de la serie «anthophyta» y defendemos como más verosímil el origen polifilético, ya expuesto por los botánicos más modernos.

El interesante descubrimiento hecho por Thomas en el Jurásico, de fructificaciones fósiles, clasificables como órganos de angiospermas (Angiospermae), pero que difieren fundamentalmente de sus similares, entre las actualmente vivas o restantes fósiles hasta hoy conocidos, hace ya pensar que los *phyla* (*phylum*) han debido tener un origen independiente de aquel a que pertenecen las referidas fructificaciones fósiles.

El problema del posible origen de la flor ha comenzado a ser atacado partiendo de un tipo floral ideal único.

J. Hutchinson (1926) sostiene que el tipo primitivo de flor debe buscarse en la magnolia o el botón de oro (Magnoliaceae et Ranunculaceae), pudiendo derivarse de éste fácilmente todos los demás tipos florales que hoy conocemos. Por consiguiente, para él, la flor angiosperma primitiva fué bisporangiada, apocárpica, dotada de periantio petaloide y entomófila. Las formas apétalas y diclinas, las considera derivadas de aquella. Según este autor, los órdenes más primitivos que, a juicio de Engler, dan principio a la serie de plantas con flores, pasarían a ser grupos derivados de Magnoliales y Ranales.



Transformación de un verticilo de microsporofilas en una flor ♂ con periantio y estambres (fig. 1 y 3)

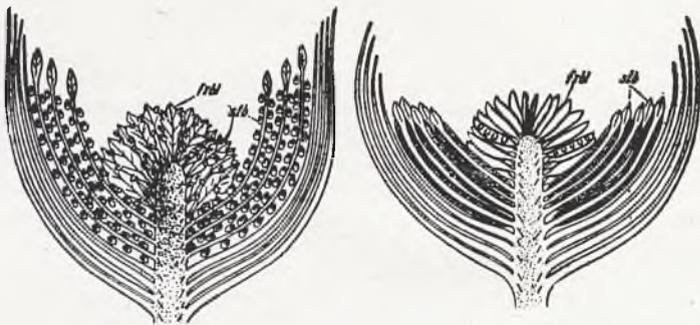
Transformación de una esporofila en las piezas de la flor de angiosperma (fig 8), mediante la diferenciación en una zona ♂ y ♀ progresión de las diversas partes: st, estambre; p, pétalo; c, carpelo; o, óvulo

A. B. Rendel (1922) suscribe casi por completo la clasificación de Engler y va más lejos que éste, pues si bien ambos creen en la máxima antigüedad de las Apetalas, Rendel considera este grupo independiente de la serie Corolina.

Arber saca recursos del descubrimiento de las flores fósiles de las Bennettiales (Cycadeoideae), a expensas de los brillantes estudios realizados por Wieland sobre fósiles muy bien conservados de estas plantas en las formaciones Mesozoicas de Black Hills, en Wyoming y sur de Dakota.

Arber concluye que las cicadoideas están más cerca de las angiospermas que de las verdaderas Cycas, y que su flor tiene verdadero parentesco y puede homologarse con la flor primitiva de las angiospermas (anthostrobilus). Sin embargo, desgraciadamente, sus publicaciones fueron anteriores al descubrimiento de dos Cycadoideae muy notables, *Williamsoniella* y *Wielandiella*, que responden a un tipo floral mucho más próximo de la flor de las Polycarpiceae más sencillas.

Arber propone la posibilidad de que haya existido un hipotético grupo de plantas, durante el Mesozoico, que designa con el nombre de hemiangiospermas (hem-angiospermae). Su flor (pro-anthostrobilus) era similar al de las Cycadoideae, pero no derivado directamente de él. Este proanthostrobilo lo concibió como un estróbilo formado por varias series de brácteas transformadas en periantio, sobre las cuales y en el eje floral se insertan, siguiendo una línea espiral, series de microsporofilas con numerosos sinangios (synangia) y, finalmente, un grupo terminal de carpeloides, dotados de numerosos macrosporangios (macrosporangia) marginales.



Formas intermedias hipotéticas entre las partes florales de las Bennettiales y aquellas de Angiospermas, según Wieland

Como se ve, tanto Arber como Hutchinson, suscriben el viejo dogma de que las diversas piezas florales no son otra cosa que hojas modificadas (Goethe), punto de vista muy difícil de sostener hoy, frente al que se da como cierto sobre la verdadera naturaleza y origen de los órganos esporógenos de las plantas vasculares más antiguas.

Engler (1926) trata con gran detenimiento el problema del origen de las angiospermas. No acepta la hipótesis de Hutchinson, que, como acabamos de ver, las considera derivadas de las Cycadoideae, ni la hipótesis de Wettstein y Karsten, que expondremos más adelante, y que las derivan del grupo Gnetales.

Al igual que Arber, siente la necesidad de recurrir a un grupo hipotético que sitúa en el tiempo, naturalmente en el Mesozoico, en forma de conjunto vegetal complejo, dotado de muchos de los caracteres que hoy ostentan las angiospermas conocidas y de las que éstas han derivado.

Bautiza este grupo hipotético con el nombre de protangiospermas (Protangiospermae).

Los diversos «phylla» que conocemos en la actualidad pueden ser considerados como series evolucionadas paralelamente, pero con entronque común en las pretendidas protangiospermas. Quiere explicar la diversidad actual mediante cambios (¿mutaciones?) que debieron aparecer en momentos determinados. Naturalmente, este argumento no es sólido, y continúa sin ponerse en claro el punto que defiende, de un origen común.

Dotó a las protangiospermas de flores bisporangiadas, con periantio rudimentario o nulo; anemofilia microsporangio dehiscente mediante un endotecio; megasporangio, con o sin integumento, basal o marginal; gametofita femenina de tipo octonucleado, aparato ovular homólogo del arquegonio; embrión con uno o dos cotiledones; la esporofita provista de hacecillos vasculares abiertos o cerrados.

La carencia de fósiles pertenecientes a este supuesto grupo la explica suponiendo que numerosos restos vegetales (semillas y madera) son de difícil identificación y pudieran pertenecer al grupo por él inventado, además de que la posible naturaleza herbácea de las protangiospermas no ha permitido su fosilización. Dice que no es verosímil que estos tipos herbáceos hayan dado origen a las dicotiledóneas leñosas del Cretácico inferior; pero sí supone que éstas derivan muy posiblemente de protangiospermas leñosas.

A pesar de que las angiospermas más antiguas conocidas son del

Cretácico inferior, se relacionan fácilmente con géneros que existen en la actualidad y, efectivamente, en muchos casos, pertenecen incluso a formas que hoy existen, lo que prueba y es evidente, que angiospermas verdaderas han debido existir en períodos geológicos más antiguos. Engler sugiere que si existieron han debido tener su origen en períodos geológicos enclavados en comarcas tropicales inexploradas hasta la fecha.

Las primitivas monoclamídeas del Cretácico inferior no pueden ser consideradas como formas ancestrales directas de las coripétalas hoy vivientes; por el contrario, estas últimas han de considerarse derivadas de otras formas coripétalas ancestrales, contemporáneas de monoclamídeas y apétalas también ancestrales.

Engler niega que las formas diclinas (Fagales, Salicales) de las arquiclamídeas sean derivadas de las flores petaloideas, si bien acepta que la condición unisexual puede ser un carácter secundario a partir de formas hermafroditas. Piensa que entre sus protoangiospermas pueden haber coexistido flores con carpelos concrecentes, y sospecha que entre las angiospermas vivientes, las Pandanales formarían un puente con su hipotético grupo. Concluye afirmando que si bien hoy está claro el parentesco de ciertos «phyla», en cambio continúa en la más impenetrable oscuridad, que grupo de angiospermas cabe considerar como el más antiguo y del cual han debido proceder las restantes. De aquí su creación hipotética.

A nuestro juicio, esta es la equivocación fundamental del gran botánico alemán, que, a pesar de su fina inteligencia filosófica, no supo sustraerse al planteamiento del problema en su forma clásica. No pensó que era un error inicial suponer que necesariamente las angiospermas tienen un origen común en un grupo determinado. Nosotros sentamos, a la vista de todos estos hechos, que, en un momento determinado de la historia de la tierra, aparece una gran masa plástica de vegetales, que por diversos caminos, independientes entre sí, tratan de resolver la creación de la flor.

La necesidad de alcanzar este estadio (aparición de la flor), en la evolución vegetal, es perfectamente lógica y no repugna pensar que haya habido una simultaneidad de soluciones dentro de límites relativamente extensos, en la resolución de este problema, de conseguir formas florales primitivas que se van haciendo más complejas, acordes con el ritmo de una mayor intensificación de la vida vegetal.

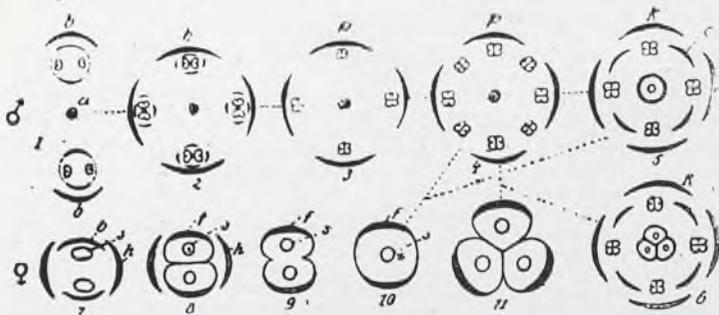
Que las antofitas irrumpieron con una riqueza de posibilidades hasta entonces no conocida en el mundo de las plantas, lo prueba el fantástico incremento de este maravilloso y riquísimo grupo de la moderna historia de las plantas, en contraste con la pobreza y recursos que supone el dominio de las esporofitas propias de períodos geológicos más antiguos.

Concebido el problema en esta forma, hemos de detenernos aquí, prohibiéndonos alardes imaginativos. ¿Cómo fueron aquellas formas vegetales? ¿Qué tipos florales cabe idear? Nos parece preferible dejar al descubrimiento futuro de los testimonios fósiles la solución a estas preguntas, antes que aventurarnos en el enunciado de una nueva hipótesis, que sería tan deleznable como las expuestas hasta hoy.

Creemos más difícil sustenernos al encanto de crear combinaciones nuevas para dar con los tipos florales primitivos, sin testimonio cierto alguno, que seguir el camino demasiado libre de los Wettstein, Engler, Arber, etc., cuyas concepciones ingeniosas esperan todavía el refrendo de una realidad en que apoyarse.

Wettstein (1935) ingenuamente busca el puente entre gimnos y angios, a través de las Gnetales, que es algo así como buscar que el hombre deriva de los antropomorfos actuales. Su visión lineal de la serie vegetal peca de simplista. Es más verosímil buscar grupos antiguos extinguidos, donde cabe insertar en forma ramificada, divergente, los grupos hoy vivientes. Al menos éste es un desarrollo más complejo y de acuerdo con la realidad. Por otra parte, estos dos grupos clásicos son artificiosos, a nuestro juicio, y están llamados a desaparecer en las futuras clasificaciones, lo que razonamos más adelante.

Wettstein concibe la flor primitiva como una inflorescencia, en la que se han simplificado y soldado las flores que la integran.

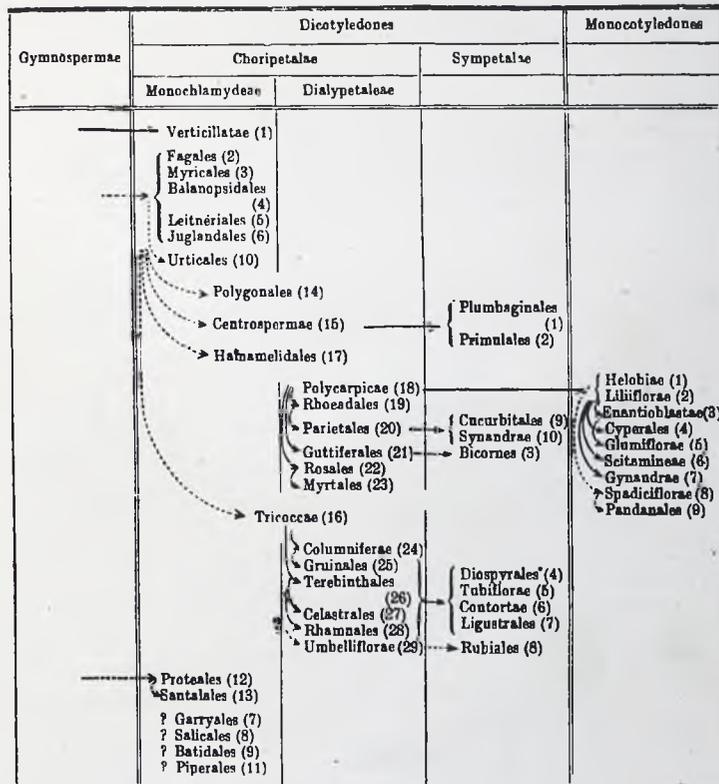


Se fija en las Verticillatae (aunque después, en su esquema de clasificación, deja en el aire la articulación de este grupo con las Gnetales), representadas por un solo género (*Casuarina*), y compartiendo el criterio de Engler la supone la más antigua de las modernas dicotiledóneas. Es curioso notar que este grupo se ofrece totalmente aislado en la serie «anthophyta», desnudo de todo parentesco con los restantes grupos, a pesar de lo cual el autor vienés pretende explicar el origen de la flor, utilizándolo y sosteniendo que de su tipo floral derivan todos los demás. Homologa el periantio con las brácteas que se insertan por debajo de la inflorescencia masculina de *Ephedra* y le pone a cada una un solo es-

tambre. El próximo paso, según Wettstein, en la complicación del plan floral, es un desdoblamiento del número de estambres, previa desaparición de aquellas piezas que dan carácter de flor independiente a cada futuro estambre de la posible flor. Más tarde, la mitad de los estambres, alternadamente, se transforman en pétalos, pasándose de la fase anemófila a la entomófila. Acepta con ello que la flor hermafrodita deriva de la unisexual. Concepción opuesta a la de Hutchinson, etc., y más o menos plegada a la visión engleriana. A nosotros nos parece que el hecho teratológico, que ya denunció De Candolle, de que los estambres se transformen en pétalos, no puede utilizarse como argumento, para explicar el origen de estos dos verticilos florales, que tienen en sí un origen tan ajeno y responden a funciones tan dispares. En el estado actual de la botánica parece más científico aceptar un origen bracteal para el periantio (ipsófilas modificadas) reservando un origen y condición de hojas sexuales (esporofilas) para los verticilos generativos. Se ve claramente el abismo de origen que separa estas dos clases de verticilos florales, a pesar de hallarse reunidos en la unidad flor y proceder de un común botón o yema floral.

La flor primitiva, para Wettstein, fué: monosporangiada, el periantio homologable con un verticilo de brácteas, cada una soporte de un solo estambre, que representa una flor axilar simplificada. La antera tetralocular de esta flor típica es el resultado de la fusión de dos estambres biloculares, tal como aparecen en la flor masculina de *Ephedra*. En la flor femenina el ovario resultaría de la fusión de dos brácteas acompañantes, cada una de las cuales soporta un solo óvulo, de manera que la inserción primitiva de éstos es basal y no marginal.

Ya tenemos las flores diclinas formadas. Si se continúa por este camino cabe suponer, con Wettstein, que en el extremo de la inflorescencia

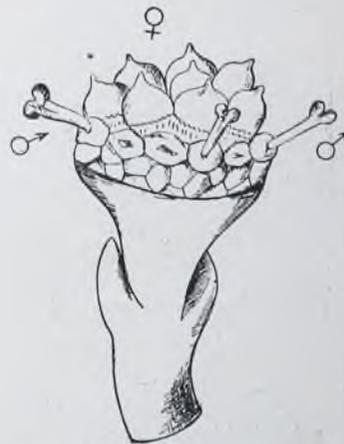


masculina se encuentra una flor femenina, caso peculiar de algunas especies de *Ephedra*, dando el conjunto la flor hermafrodita buscada, mediante reducción de los entrenudos y simplificación de cada flor.

Hoy se supone, con más visos de certeza, en contra de las opiniones de Engler y Wettstein, que las flores hermafroditas son más primitivas, y las diclinas posiblemente derivadas.

Anteriormente copiamos el esquema de la clasificación de Wettstein. Karsten intenta un camino parecido al de aquel autor, pero toma como punto de partida la inflorescencia de otra Gnetal (*Gnetum*) y llega a una flor primitiva espiralada, polímera y apocárica, todo lo cual resulta más acertado y le aproxima al punto de vista de Hutchinson. Este breve resumen del estado actual de la cuestión evidencia la gran oscuridad reinante sobre la aparición de la flor en el mundo vegetal y posible evolución de tan importante órgano, hasta alcanzar las fases y gran riqueza de formas que de él conocemos hoy.

A pesar de la dificultad que ofrece esta cuestión, podemos sentar algunas afirmaciones y conjeturas, apoyándonos en principios generalmente aceptados por los botánicos contemporáneos.



En nuestra opinión, la flor primitiva es hermafrodita, polímera, espiralada y apocárpica. Anemófila o entomófila, recurre, en este último caso, a diversos medios de reclamo (corola, estambres coroleados, perfumes, jugos azucarados, etc.) Simultáneos de este tipo dominante aparecen otros tipos florales más simplificados, pero todos con este carácter o condición primitiva. El primero para dar lugar a una rica serie de formas que alcanzan su plenitud en nuestros días; los otros para estancarse en pequeños grupos de escaso poder evolutivo.

Las piezas libres y múltiples de la flor se van soldando y reduciendo en número, y es tan intensa esta tendencia a la concrecencia que en el escalón más alto de las plantas con flores (Compositae) aparece un tipo de inflorescencia (el capítulo), de estructura tan apretadas y densa que simula una simple flor (sobre que sus flores integrantes están dotadas de simpetalia, sinandria y epiginia).

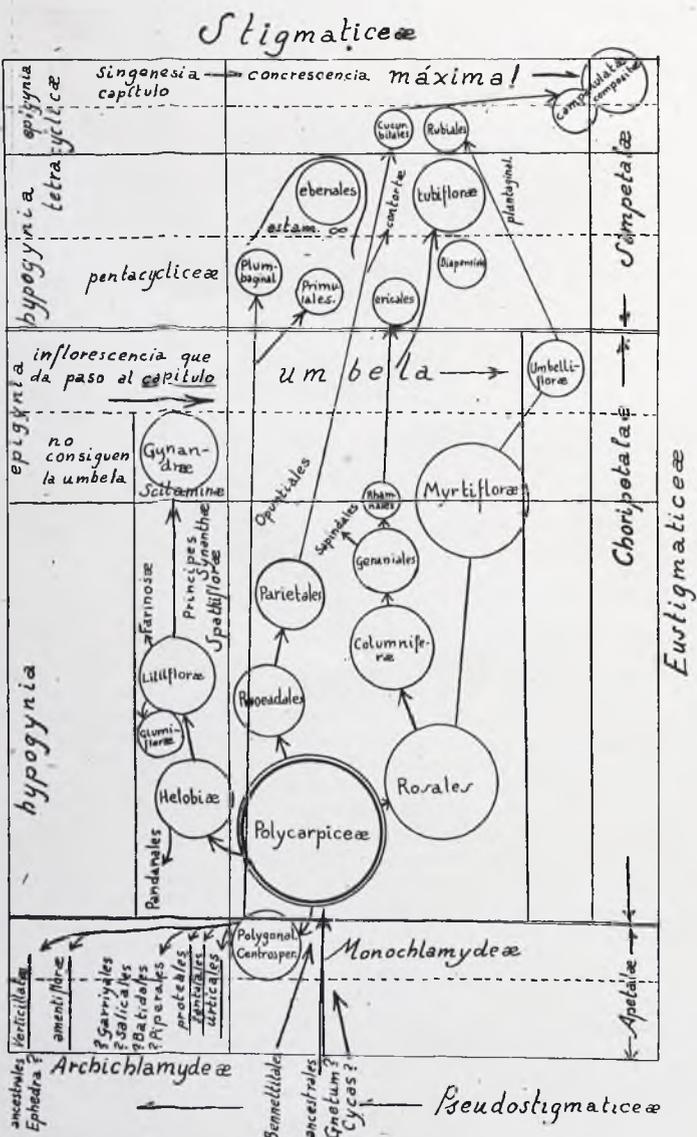
Los valores modernos utilizados en la clasificación botánica son perfectamente lógicos y aceptables (órganos normales—rudimentarios, simetría actinomorfa—cigomorfa, condición primitiva de las formas de extrema adaptación, carácter leñoso—herbáceo, las inflorescencias ricas y especializadas se consideran derivadas, inserción espiralada—cíclica, óvulo crasinucelado—tenuinucelado, coripetalia—apetalia—simpetalia, hipoginia—epiginia, dicotylae—monocotylae).

Por último, las pruebas serodiagnósticas ayudan a establecer el parentesco de los pequeños grupos dentro de este plan general.

Si hoy no se puede sostener el origen directo de las monocotylae, a partir de las Polycarpiceae vivas, su parentesco directo es innegable, y cabe presumir que proceden de un tronco común, axial en la clasificación de las antofitas.

Aceptamos plenamente el punto de vista de Miss Sargent, que considera el embrión de las monocotylae, formado por fusión de dos cotiledones, lo cual da carácter derivado indiscutible a este grupo de plantas.

En el esquema adjunto se puede ver el detalle de nuestra concepción del plan de clasificación de la serie «Anthophyta».



Con él creemos haber alcanzado una visión más certera y próxima a la clasificación natural. Hemos pretendido reunir los aciertos de los diversos sistemas naturales, desechando lo que consideramos erróneo.

En cuanto a los grandes grupos clásicos, creemos llegado el momento de combatir su poca solidez y artificio.

En primer término, el grupo Gimnospermae resulta sumamente hete-

rogéneo y artificial. Así, las Teridospermas (Cycadofilicales), o se incluyen al final de la serie Pteridophyta, o a lo sumo se estudian como grupo de transición entre esporofitas y espermatofitas, puesto que por su aparato vegetativo y numerosos caracteres sexuales están más cerca de los helechos que de las pretendidas Gimnospermae. El último grupo de estas plantas, Gnetales, presenta el mismo problema. Su flor está dotada de una bráctea, que ya puede considerarse como una hoja carpelar. Si a esto se suma el integumento de su semilla, plenamente desarrollado en aparente estigma, vemos lo impropio de considerar estas plantas como provistas de semillas desnudas. Gnetum, por su aparato vegetativo y textura de sus tejidos, está más cerca de las dicotiledóneas que de planta alguna.

De los restantes grupos (Cycadales, Bennettitales, Ginkgoales, Coniferae, Cordaitales), los tres primeros tienen un carácter mucho más destacado que la condición de semilla desnuda, que las escinde en dos series naturales. La primera (Cycadales, Bennettitales?, Ginkgoales), con sifonogamia mixta, que concluye en zoidogamia genuina.

Por el contrario, Coniferae y Cordaitales (?) son sifonógamas puras, con leño formado únicamente de traqueidas, elemento leñoso primitivo y poco diferenciado.

Según este punto de vista, queda así la distribución de los grandes grupos en la serie «Anthophyta»:

astigmatophytæ	sifonozoidogamia	Cycadales.
		Bennettitales (?).
stigmatophytæ	sifonogamia	Coniferae.
		Cordaitales (?).
stigmatophytæ	pseudostigamiceae	Gnetales.
		Dicotylae.....
		eudicotylae.
		pseudomonocotylae.

BIBLIOGRAPHY

- Arber, E. A. N., and Parkin, J. On the origin of the Angiosperms. Jour. Linn. Soc. Bot. 38: 29-80. 1907.
- Bancroft, N. A review of literature concerning the evolution of Monocotyledons. New Phytologist 13: 285-308. 1914.
- Berry, E. W. Tree ancestors. Baltimore, 1923.
- Bessey, C. E. Phylogeny and taxonomy of Angiosperms. Bot. Gaz. 24: 145-178. 1897.
- Bews, J. W. Studies in the ecological evolution of Angiosperms. IV. New Phytologist 26: 1-231. 1927.
- Campbell, D. H. The embryo-sac of *Pandanus*. Ann. Bot. 25: 773-789. 1911.
- Coulter, J. M., and Chamberlain, C. J. Morphology of Angiosperms. Chicago, 1903.
- Coulter, J. M., and Land, W. J. G. The origin of monocotyledony. Bot. Gaz. 57: 509-519. 1914.
- Engler, A. Die natürlichen Pflanzenfamilien, 2d ed. Vol. 14^o. Leipzig, 1926.
- Haller, H. L'origine et le système phylétique des Angiospermes exposés à l'aide de leur arbre généalogique. Archives Néerland. Sci. III B. 1 146-234. 1912.
- Hauflers, A. Fossile Insecten. 1906-1908.
- Hutchinson, J. The families of flowering plants. 1. Dicotyledons. London, 1926.
- Knowlton, F. H. Plants of the past. Princeton, 1927.
- Lotsy, J. P. Vorträge über botanische Stammesgeschichte. Vol. 3. Jena, 1911.
- Lyon, H. L. The embryo of the Angiosperms. Amer. Naturalist 39: 13-14. 1905.
- Mez, C., and Gohlke, K. Physiologisch-systematische Untersuchungen über die Verwandtschaften der Angiospermen. Beitr. Biol. Pflanzen 12: 155-180. 1913.
- Mottier, D. M. The embryology of some anomalous Dicotyledons. Ann. Bot. 19: 447-463. 1905.
- Noé, A. C. A. Palaeozoic Angiosperm. Jour. Geology 31: 344-347. 1923.
- Porsch, O. Die Abstammung der Monokotylen und die Blütennektarien. Ber. Deutsch. Bot. Gesell. 31: 580-590. 1914.
- Potoni, H. Lehrbuch der Paleobotanik, 2d ed. Berlin, 1921.
- Rendle, A. B. The classification of the flowering plants. 1. Gymnosperms and Monocotyledons. Cambridge, 1904.
- . 2. Dicotyledons. Cambridge, 1925.
- Sargent, E. A theory of the origin of Monocotyledons, founded on the structure of their seedlings. Ann. Bot. 17: 1-92. 1903.
- Stokes, M. C., and Fujii, K. Studies on the structure and affinities of Cretaceous plants. Ann. Bot. 24: 231-232. 1910.
- Strasburger, E. Die Angiospermen und Gymnospermen. Jena, 1879.
- Thomas, H. H. On *Williamsoniella*, a new type of Bennettitalean flower. Phil. Trans. Roy. Soc. B. 207: 113-148. 1915.
- . The Caytoniales, a new group of angiospermous plants from the Jurassic rocks of Yorkshire. Phil. Trans. Roy. Soc. B. 213: 299-363. 1925.
- Wettstein, R. Handbuch der systematischen Botanik. 3d ed. 1924.
- Wieland, G. R. American fossil Cycads. Carnegie Inst. Washington. Publ. 34. 1906.
- . The origin of dicotyls. Science 48: 18-21. 1918.
- E. Strasburger. Lehrbuch der Botanik. 1932.
- D. H. Campbell. The phylogeny of angiosperms., Bull. of the Torrey Club, 1929.

Los cultivos medicinales en la CASA DE CAMPO

Por M. MADUEÑO BOX

Ingeniero del Servicio de Plantas Medicinales de la Dirección General de Agricultura

Sobre el fondo velazqueño—finas tonalidades grises y azules—de las afueras de la capital, en la antigua finca de Iván de Vargas, convertida en posesión real por Felipe II, hay una huerta, testigo tal vez de los trabajos y devociones de un santo labrador que, por serlo, gustaría de los remedios caseros contra sus dolencias y sabría de las propiedades curativas de ciertas hierbas, sin sospechar que ese mismo terreno sirviera, al cabo de diez siglos, para estudio y muestrario de las más variadas e interesantes plantas medicinales.

Doscientos de dichas especies constituyen hoy la colección de esta parcela de la Casa de Campo madrileña, y el Servicio de Plantas Medicinales aspira a elevar incesantemente aquel número hasta reunir un digno exponente de la flora medicinal hispana, cuya profusión queda justificada por nuestra diversa climatología, la altitud media de la Península, su extensa faja litoral y las grandes zonas esteparias.

Es la familia botánica de las Labiadas—corola en forma de boca abierta—la que reúne mayor cantidad de especies aromáticas, y de ellas, se cuenta con el espliego o alhucema, de cuyas flores se obtiene la esencia de lavanda; el cantueso, con su penacho de brácteas moradas; la salvia, encomiada por los Druidas; el romero, «rosmarinus», perfume de mar; el marrubio, usado como estimulante; la melisa o «apiastrum» de los romanos, cuyos dos nombres aluden a sus cualidades melíferas; el tomillo, citado por el papiro de Ebers; el serpol, la albahaca, el orégano y la serie de las mentas silvestres: hierbabuena, menta de agua, poleo, mastranzos, etc., aparte de la menta piperita, triple híbrido de cundidora vegetación y del que los modernos tratamientos genéticos han conseguido una forma tetraploide, de gran riqueza en esencia.

De las solanáceas, fuente copiosa de alcaloides, posee dicha colección especies del venenoso género *Atropa*, alusión a la Parca que interrumpe el hilo de la existencia: la belladona, cuyo cultivo adquiere cada vez mayor importancia, en función de la penuria de planta espontánea y de la que se realizan curtos estudios sobre la germinación de su semilla; y la *Atropa Bætica*, oriunda de nuestras cordilleras meridionales. Las hojas de estramonio, utilizadas contra el asma, y las de beleño, de cuyas dos variedades, blanca y negra, ya hablaba Plinio; los tallos de dulcamara—dulcis amara—; los laxantes frutos, lisos y anaranjados, del alquequenje, etc., son otras tantas drogas representantes de esta útil familia.

Al fondo de un camino de tilos, árboles dedicados por los germanos a la Venus del Norte, una serie de cartelas, con los negros elzevires latinos, indican su vínculo genérico al reiterar en todos el nombre de *Digitalis*. Presididas por la oficial especie «purpúrea», típica dedalera, se agrupan y comparan otras varias: lutea, oscura, *Thapsi*, ambigua, *laevigata*, etc., de las que pudiera pronto surgir una seria competidora de aquélla. Igualmente escrofulariácea es una planta de tallo erguido, cubierto de borra, hojas blanquecinas, flores amarillas, con tres de los cinco estambres barbados, *verbascum*: el vulgar gordolobo que, si por sus racimos florales merece el calificativo de emoliente, sus raíces pulverizadas son eficaz insecticida.

La misma propiedad poseen las inflorescencias del pelitre,



Podophyllum peltatum, cuyo cultivo en España se va a intentar

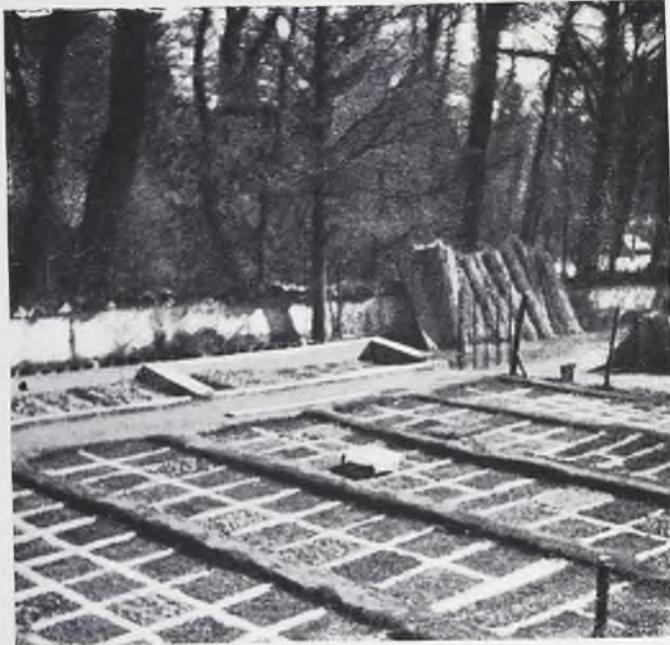
de creciente cultivo en el litoral mediterráneo, especie de las Compuestas, como la inula, planta dedicada a Elena, porque, según la Mitología, brotó en el sitio donde lloró ésta al ser raptada por Paris; la bardana; el tusilago; la milenrama, cuyas cualidades vulnerarias pudieron ser el motivo de su denominación genérica: Achillea, en honor del héroe griego; la artemisa; el cardo santo, tan estimulante por su contenido en conicina; el estragón; la manzanilla, tan frecuente en su utilización terapéutica como en los cultivos de los cereales castellanos, donde desempeña el molesto papel de mala hierba; la lechuga virosa, de zumo cortical narcótico; la hierba de Santiago; el abundante diente del león, diurético y depurativo, del que especies próximas producen un latex similar al caucho; etc.

Flores en umbela y frutos recorridos por abundantes canales secretores de esencias, a los que deben su carácter aromático, son los rasgos principales y comunes a gran número de especies, unas típicamente condimentarias: el hinojo; la alcaravea; el comino, del que se encontraron simientes en los sarcófagos egipcios; el anís; el cilantro, de la fetidez de cuya planta surge después el agradable aroma de su grano. Otras, de preferente empleo en farmacia: la cicuta, muy venenosa por la conicina que posee; el eneldo, la angélica—estimada por los noruegos del siglo XII como don del cielo contra la peste—, de frutos y raíces tónicos y estimulantes; el levístico, etc.

Un cultivo de gran interés es el de la adormidera. De sus cápsulas inmaduras se obtiene un jugo laticífero que, espesado en contacto con el aire, constituye el opio o «nepentes» de Homero, según la tradición. Las propiedades narcóticas de aquella planta son de tan antiguo conocidas, que su nombre genérico, *Papaver*, insinúa que los celtas brizaban a sus pequeñuelos tras de mezclar con la papilla el polvo de aquel fruto. La *celidonia* y la común *amapola* son especies afines, la primera de latex usado contra la oftalmía, y con pétalos béquicos la segunda.

Sobre un fondo de laurel real—seto recortado y verde intenso de Rusiñol—, una mata leñosa ofrece sus hojas coriáceas, ricas en tanino, de utilidad terapéutica tan señalada, que la abusiva colecta de esta gayuba silvestre aconseja la adopción de medidas oficiales que eviten su desaparición, así como la de otras especies en igual peligro, tales como la genciana, una de las más bellas plantas de nuestras montañas; la cebolla albarraña, cuyos bulbos tunicados tienen facultades cardiotónicas y raticidas, etc.

Entre unos saúcos, de los que se utilizan no sólo sus hermosas umbelas de florecillas blancas y las bayas negras y brillantes, más también la medula y la corteza de sus tallos, una plan-



Tres vistas de los cultivos del "Servicio de Plantas Medicinales"

tación de valeriana exhala su característico aroma, más intenso en sus raíces desecadas. Si los antiguos pueblos nórdicos la dedicaron a su diosa Hertha, amparadora contra los maleficios, hoy, más prosaicamente, se aprovechan las propiedades antiespasmódicas de sus órganos subterráneos.

De la palabra Rha, denominación rusa del Volga, región donde antiguamente presumíase se encontraba, deriva el nombre actual del ruibarbo, rheu barbarum, con que se conoce a una poligonácea de enormes hojas y desarrollado rizoma tónico y purgante. La acedera y la bistorta—dos veces torcida, en alusión a su astringente tallo subterráneo—son especies allegadas a la anterior.

Aparte de los ensayos agronómicos que se efectúan con las plantas apropiadas a las condiciones de esta zona vegetativa, se fuerzan los requisitos de algunas, habida cuenta de que, para el fin pedagógico que también se pretende, interesa reunir el más completo muestrario de ejemplares medicinales. Así, junto a los altos tutores por los que trepan las femeninas y—nunca aplicado mejor el adjetivo—volubles plantas del lúpulo (*Lupulus salictorius* de Plinio), surgen los ejemplares de la Palma Cristi medieval, cuyo tallo hueco y cilíndrico, con grandes hojas palmeadas y flores en racimo, llega, aun en este clima, a los tres metros; la primera especie, productora en sus conos del polvo amarillo, amargo y aromático conocido bajo el nombre de lupulina; la segunda, del aceite de ricino, tan importante hoy en el aspecto farmacéutico como en el industrial.

Un paso más y nos encontramos ante las plantas extranjeras cuya aclimatación interesa a España, con lo que se lograría una autarquía casi absoluta en la obtención de drogas vegetales. La variada flora ibérica hace que el número de aquéllas sea reducido, y su introducción en los campos de la metrópoli y colonias no es problema insoluble, aunque en ocasiones ofrezca dificultades.

Iniciada ya esta labor, el éxito ha coronado la empresa en lo relativo a dos especies americanas: la lobelia, cuyas sumidades floridas contienen el alcaloide lobelina, de propiedades expectorantes; y el *Hydrastis*, oriundo de los bosques sombríos del Canadá, vasoconstrictor enérgico, debido a la hidrastina, berberina y canadina contenidas en su rizoma.

En período de ensayo se encuentra otra planta de la misma procedencia que las anteriores, de tallo bifurcado, que termina en una gran hoja verde y lobulada. Su nombre científico es *Podophyllum peltatum*, y, como el *Hydrastis*, debe a la podofilina de su rizoma las características purgantes. También se estudian en estos momentos: el boldo chileno, cuyas hojas, con el haz verde intenso y el envés muy pálido, gozan de gran reputación para las afecciones de hígado; el aromo o carambuco, que da, por destilación de sus flores, una esencia incolora, antineurálgica y la cáscara sagrada, droga descubierta por Pursh en el año 1794, de nombre alusivo a su corteza laxante.

Del grupo de leguminosas cuyas raíces tienen propiedades insecticidas por su contenido en rotenona—*Derris*, *Lonchocarpus*, *Mundulea*, *Milletia*, *Spatholobus* y *Tephrosia*—, se investiga la aclimatación de este último género, que es el único apropiado para regiones templadas.

Por último, en el grupo de especies cuyo estudio está en vías de iniciación, figura en primer lugar el quino, el de la poética leyenda de Zuma y cuya historia va tan asociada a la del gran Mutis; el *Viburnum prunifolium* y *Hamamelis virginiana*, de corteza, el primero, y el segundo (al que atribuían los indios virtudes mágicas), de hojas apropiadas para combatir los trastornos circulatorios; la *Gaultheria procumbens*, la infusión de cuyas hojas es antiséptica de los bronquios.

Y a uno y otro lado de un paseo bordeado de castaños de Indias, más y más plantas, cuya reseña haría interminable este artículo. Las filas de letreros, permanentes floraciones en latín, marcan, con su tinte uniforme, sobre la vegetación multicolor, el paso de una clasificación severa a la que no resiste el corpulento eucalipto más que el llantén rastrero. Las científicas inscripciones binarias poseen, unas, el sello de rancio abolengo helénico, como el ajénjo, dedicado a la famosa reina de Caria; otras, tal que el meliloto, la evocación de deleitoso sabor o el recuerdo de perenne verdor, en el laurel; en la escarchada, la finura académica de una enjundiosa denominación, mientras que la pulmonaria indica escuetamente su empleo oficial. La alusión marina de la cebolla albarrana o la cita armoricana del rábano rústico, encuadran al vegetal en el espacio, en tanto que el nombre específico de la hierba del asno dice de su ciclo vital, o de su perpetuación el de la gota de sangre. Y al final de cada una, como sigla responsable del breve poema, la inicial de Tournefort, La Gasca, De Candolle o Cavanilles, y, sobre todas, con justiciera persistencia, la de Linneo.

Terminado el recorrido, dejado atrás el fondo nevado del Guadarrama y el lugar apacible, donde los hitos de las inscripciones son la única guía en el romántico desorden de la variada vegetación, el visitante, al internarse en la ciudad, bajo la monotonía de la urbana acacia, llevará bien impreso, entre efluvios de esencias y añoranzas bucólicas, el concepto de lo que puede suponer la movilización de tanta riqueza inadvertida y el empleo racional de innumerables remedios bienhechores.

PRIMAVERA DE FLORES ARABES

Por EMILIO GARCIA GOMEZ

La poesía árabe es eminentemente descriptiva, y la flor es el objeto de la naturaleza más hermoso y digno de describirse. No es extraño, por tanto, que el poema floral haya gozado de gran boga dentro de la poesía árabe. Tanto más cuanto que, por otra parte, dicho poema es susceptible de todo género de aplicaciones. Si el artista está enamorado, los jardines le darán las únicas materias que sin desdoro pueden ser comparadas a los encantos de su amada: suavidades, formas, perfumes; rosas para el rubor, narcisos para la palidez, rocío para el sudor y la saliva. Si es religioso, en ningún otro mundo encontrará más exquisito tema de mediación sobre la perfección de la obra y de la providencia de Dios. Y, por último, si es ambicioso o lisonjero, ningún otro asunto le hará resbalar más limpiamente hacia el panegírico interesado u obsequioso: "la rosa descuellera en el jardín... como el príncipe entre sus vasallos"; "la nube riega los arriates... como la generosidad del rey se desborda sobre sus servidores", etc., etc.

El poema floral (*nawriyya*) adquiere independencia sustantiva en la Bagdad abbasí de los "poetas modernos" cuando la fiera poesía beduina deja el árido desierto, se domestica y traba amistad con el lujo y las flores de Persia. A España llega muy pronto. Su primer momento brillante es en la Córdoba de Almanzor, a fines del siglo X, entre los más elegantes estetas que ha conocido la Andalucía musulmana. Su apogeo es el comienzo del siglo XII, sobre todo en la región de Valencia, donde canta Ben Jafacha de Alcira, a quien llamaron *al-channán* ("el jardinero"). Luego decae o se repite. Pero la época en que se ha cultivado con más intensidad, como todos los demás géneros poéticos, es el siglo XI, en las diminutas y refinadas cortes de los reyezuelos de Taifas.

De este período poseemos una deliciosa antología floral, conservada en un manuscrito único escurialense y recientemente editada en Marruecos por el profesor de la Universidad de Argel Henri Péres. Se titula *Libro peregrino, que trata de la descripción de la primavera*. Fué compuesto por un muchacho, a quien llamaban Habib, que era visir de un régulo sevillano, el cadí Ben Abbad, abuelo de Mutamid; el cual Habib murió de poco más de veinte años. Divídese la obra en tres partes: la primera está dedicada a las descripciones de las flores en conjunto; la segunda, a las descripciones de dos o más flores, y la tercera, a las descripciones de flores aisladas, siguiendo el orden de su aparición en el año. Todo es en ella primavera: el título, el tema, la edad del autor y hasta el nombre de éste, pues en árabe significa "Amado". ¿Falta algún detalle? Subrayemos otra vez que el escenario es Sevilla.

Me he ocupado técnicamente de este libro en nuestra revista científica *Al-Andalus*. Ahora me propongo escoger casi al azar algunos de estos innumerables poemas florales, con la mira de analizar someramente los procedimientos utilizados por los árabes para diseccionar las flores en sus herbarios retóricos.

★

Se ha sostenido—y, a mi entender, con exactitud—que en la poesía árabe hay una natural tendencia a "la gradación descendente de la metáfora". Cada ser es comparado con otro del reino natural inmediatamente inferior; el hombre, al animal; el animal, a la flor; la flor, a la piedra preciosa. Obediente a raíces metafísicas muy hondas, y de acuerdo con la peculiar modalidad de la plástica islámica, la poesía musulmana gravita hacia la petrificación, heraldización o inanización de los objetos. Los estiliza para quitarles alma; para convertirlos en arabesco, ataurique o blasón.

Patente, aunque no exclusivo, es el influjo de estas ideas en nuestra antología, e infinitos los poemas en que el artista estiliza la flor con privarla de su fragancia y de su aroma, y trasmutarla—desde el punto de vista del color—en materias duras. El jazminero florido será, de este modo, un manto verde cubierto de monedas de plata; o un bloque de esmeralda donde han incrustado pomos de plata purísima; o un trono real enfundado de verde y sobre el cual han cargado algodón; o un ejército donde los soldaditos van armados de diminutas rodajas plateadas y de las pequeñas lanzas de los pistilos. El arriate de violetas fingirá un escribano de turquesas en espera del joyero que las engarce en zarcillos y pulseras; o un cielo acorazado de verde con negros luceros de almizcle. Al macizo de murta se le dirá vestido por la nube de unas túnicas verdes con negros botones de ámbar. El narciso parecerá un ojo atónito, donde las pestañas son perlas y la pupila un jacinto amarillo. Las azucenas serán cálices de plata donde han quedado cortinas de vino pálido; o almireces estriados, tallados en perla, donde la mano es el pistilo; o exágonos que dibuja el jardín cuando, aficionado a la Geometría, estudia los textos de Euclides. Y el nenúfar será una Kaba de plata, en cuyo centro luce la Piedra Negra.

Es innegable que algunas de estas semejanzas, aisladas, son deliciosas o pintorescas; verdaderas fiestas de los ojos. Pero su acumulación es fatigosa para la atención, y no hay duda de que, técnicamente, le delicia linda con el amaneramiento. Casi preferimos, por

tanto, las metáforas en que, por excepción a la regla general antes formulada, las flores no están endurecidas, sino asimiladas a fenómenos transitorios o a materias todavía más frágiles o delicadas que ellas mismas: aquellas, por ejemplo, que comparan los jazmines con una escuadra de blancas navecillas que bogan por un mar verde; o las que ven en pensamientos y violetas tornasolados collares desprendidos de las gargantas de las tórtolas; o pedacitos azules, cortados de un cielo sereno; o—en extraña combinación—simétricas alas de mariposa goteadas por intenso jugo de moras.

★

Párrafo aparte merecen otras comparaciones de las flores con seres humanos o con miembros del cuerpo humano. A primera vista, parecen una excepción a la ley de "la gradación descendente". Pero, en realidad, no lo son. Siguiendo dicha ley, muchas partes del cuerpo humano han sido siempre comparadas a flores: el ojo, al narciso; la boca, a la camomila; la mejilla, a la rosa, etc., etc. Los ejemplos son infinitos y hay tratados especiales sobre el tema. No hay, pues, que extrañarse si en el poema floral, invirtiendo términos ya tópicos y tradicionalmente equivalentes como en una igualdad aritmética, el narciso es comparado al ojo, la camomila a la boca o la rosa a la mejilla. Citaré algunos otros casos menos frecuentados: Los jazmines son manos de huríes sin brazos. Las venillas rojas de los pétalos del jazmín son las huellas de un mordisco en la mejilla de una virgen. La azucena es el blanco cuello de la amada; o los ebúrneos dedos de una hermosa, que no los ha teñido de alheña (como hoy nuestras mujeres se pintan las uñas) por miedo de los celos de su amante. Las violetas son "los botones carminosos que la juventud imprime en los pechos de las doncellas".

Tampoco son excepción a la ley general poemas en que la idea del jardín va unida a la idea de un ser realmente humano. En un fragmento del Príncipe Amnistiado, poeta de la época de Almanzor, el artista nos dice haberse despedido de su amada en un vergel. Y todo le recuerda a la mujer desaparecida: el sol—al ponerse—parece triste porque dejó de verla; las palomas lloran de pena; el agua lleva el aroma de su nombre; la brisa susurra los secretos de los amantes:

*El azahar es su sonrisa; el céjiro, su aliento;
la rosa, perlada de rocío, su mejilla.
Por eso amo los jardines; porque siempre
me traen al recuerdo la que adoro.*

Intensificado el procedimiento, y suprimiendo el término intermedio (como ha demostrado Dámaso Alonso que hacía Góngora con la lírica renacentista anterior), Ben Jafacha de Alcira, a comienzos del siglo XII, se dirá enamorado del jardín mismo:

*Yo enamoro a este jardín, donde la margarita es la sonrisa;
la murta, los bucles, y la violeta, el lunar.*

Dentro del mismo estilo están algunos madrigales con marco floral, contenidos en nuestra antología, como éste del alfaquí Abu-el-Hasan ben Alí sobre una muchacha que desgranaba habas:

*Una cervatilla, cuyo color cautivó mis ojos
y que en los suyos envainaba y desenvainaba la espada del amor,
fué injusta con las habas, porque las destruyó
y las despojaba de su cáscara.
Siempre que desnudaba a una de su túnica,
me ofrecía el grano con sus dedos.
Y yo dije, estimando exquisita su acción,
ya que su cortesía aumentaba su mérito:
"En ambos—; no me falte vuestra hermosura!—
la perla se separa del topacio."
Entonces sospeché mis intenciones, se ruborizó
y los granos se le cayeron dispersos.*

Dos observaciones sobre este poema: la perla y el topacio a que alude el penúltimo verso son, de un lado, el grano y su vaina, y de otro, los dientes de la muchacha y el vello de su labio. La otra nota es sobre la extrañeza que pudiera producirnos el ver surgir de pronto las habas en el ramillete de las flores. Como he dicho en otro lugar, "la retórica árabe admite como materia prima objetos que nunca se atrevió a emplear la poética clásica: en el mundo vegetal, por ejemplo, no se limita a aceptar solamente la alta sociedad de las flores; considera lo mismo al nenúfar que a la alcachofa, y deja emparejar a la berenjena con el narciso".

★

Los poemas que sí se salen de "la graduación descendente" son aquellos en que las flores toman aspecto antropomorfo. Citaré dos: uno, en que el nenúfar es comparado a una doncella, y otro, en que la azucena aparece como un mancebo.

(Continúa en la página 100)



Grupo de aldeanos de Bermillo de Sayago, Zamora

FOLKLORE DE LAS FLORES EN EL ADORNO ESPAÑOL

Por NIEVES DE HOYO SANCHO



Hay dos evidentes influjos en la decoración y el adorno popular en general, que actúan fuertemente en los motivos y símbolos de los bordados, encajes, sobrepuestos y en todas las formas que el pensamiento de la mujer española ha concebido para embellecer sus labores y sus hábiles manos han sabido realizar.

El primer influjo es, indudablemente, el ambiental, impuesto por la geografía y aún más la geología, sintetizado en el paisaje y reducido principalmente a la vegetación y más a la flora natu-

ral del país, comprendiéndose entonces que la decoración floral en España ha de ser bien variada.

En las zonas verdaderamente pueblerinas de la Mancha y Aragón se representan los motivos florales casi en copia naturalista en la forma y en el color, dando tipos realmente infantiles, que se complican algo en las dos Castillas y Extremadura, y se afinan las formas al pasar a la región levantina, aumentando, si no el color, sí la luminosidad y el brillo con el empleo de sedas y lentejuelas.

El segundo influjo en el adorno popular es el cultural, que se deja sentir principalmente al lado de las grandes Catedrales y las famosas Universidades, como Santiago y Salamanca, con interpretaciones más bien que representaciones de objetos del país y, sobre todo, de lo exótico, que ha bajado por accesión de las culturas superiores o sabias a la folklórica popular, fenómeno que se da también a la inversa, ya que muchas veces los artistas, para crear sus grandes obras maestras, se han inspirado en el rústico trabajo anónimo. Se dan bajo esta influencia cultural los motivos y símbolos que transforman las flores y plantas hasta hacerlas irreconocibles, exagerado este hecho por la estilización y el pleno simbolismo imaginativo. Son portadores de estos símbolos los romeros, o mejor, los peregrinos, puesto que romeros son los que van a Roma, y también los cruzados y guerreros, luego las manos laboriosas

de nuestras aldeanas, lo mismo que las de nuestras damas, encerradas en la soledad de sus castillos, o en la placidez del claustro conventual, repiten la flor del manzano sin pensar que es expresión del amor divino, ni que la azucena es alegoría del Verbo Eterno, o la flor de la higuera representa a los justos.

La paloma, con la rama de olivo en el pico, es motivo frecuentísimo en las labores españolas, casi podríamos decir que motivo central, y, sin embargo, sus hacendosas y constantes representadoras no han pensado que aquella paloma era la primera que, saliendo del Arca de Noé, volvió con la ramita en su pico, prueba de que el diluvio había cesado, puesto que el olivo había florecido; y es seguro que no pensaron en este símbolo, ya que muchas veces la ramita se convierte en arbusto, con todas las hojas necesarias para cuajar la labor, o en la flor más caprichosa, y lo mismo que en el pico de la paloma puede ser transportada en las alas o en la cola, y a veces se produce una metamorfosis, transformándose la paloma en pez o en león, alejándose así definitivamente de la paloma de Noé.

No todas las flores se representan por igual; cada región reproduce primeramente la flora de su país cuando tienen tamaño o vistosidad suficiente, pues el gran grupo de las labiadas, dominantes en las elevadas sierras y estepas del centro, da flores demasiado pequeñas, en las que el delicioso aroma sustituye a las bellezas de forma y color; así, no encontramos trasplantadas a las labores el romero, tomillo, espliego y mejorana, pero sí es seguro que estas florecillas se encuentran alternando con los membrillos para aromatizar los arcones, armarios y cómodas que guardan el ajuar de la casa. Sin embargo, se representan ya las flores algo mayores de las retamas y sus múltiples variedades, sobre todo de las brillantes jaras.

Las flores aisladas, que por su pequeñez o tener una cubierta que las oculta carecen de belleza o apariencia, tampoco figuran en las labores, representándose entonces sus agrupaciones o inflorescencias, co-

mo espigas de gramíneas o cereales, racimos de multitud de plantas y umbelas o corimbos de aspecto de paraguas. Como cenefas o adornos de ornamentación en serie utilizáanse las calciformes, brezos, tojas y, en general, de matas bajas.

A punto de cruz, pasada, deshilado, respunte y otras formas de bordado, se representan las flores de pétalos libres, principalmente las cruciformes, como alielis, rosáceas salvajes o cultivadas, desde las zarzas hasta las flores de jardín; y en representaciones simbólicas de interesante interpretación folklórica, las típicas o curiosísimas personadas o enmascaradas, como la boca de dragón.

La margarita típica las flores compuestas en su doble corola central de agrupamiento de minúsculas florecillas amarillas, rodeadas por los pétalos grandes formando las coronas.

Merece un párrafo aparte el clavel, la flor nacional, como dirían algunos: creeríamos que tenía que ser como un distintivo de las labores españolas, que su sola presencia nos bastaría para afirmar: «este dechado está hecho en España», pues bien, el clavel bordado a punto de cruz goza de gran preferencia en las labores populares de muchos pueblos de Europa, en los países del Norte, lo mismo que en Rusia y Checoslovaquia, el clavel, al igual que en España, adorna labores tanto del ajuar como del vestido, estando siempre representado de perfil y llegando a estilizaciones en las que sería imposible reconocerle, si no supiésemos de antemano que aquello quiere ser un clavel; seguramente, estas estilizaciones estaban impuestas por los materiales que empleaban para sus bordados, el lienzo casero y las hebras de lino, las obligaba o, al menos, las facilitaba para hacer el dibujo, siguiendo la cuadrícula que formaba la trama y la urdimbre, por tanto, no podían hacer formas curvas, ajustándose más al natural, y pensamos que esta estilización está impuesta por los materiales, puesto que cuando bordan en sedas y, muy especialmente, en las prendas del traje que van bordadas sobre paños o bayetas fuertemente batanadas, en las que la superficie de la tela es perfectamente compacta, las formas de las flores se acercan mucho más a las del natural.

Por tradición y recuerdo, empléanse algunas veces plantas exóticas, desconocidas en nuestra Península, bien sean venidas de América, de Oriente, de Egipto, como la flor del loto, o de Persia, como el árbol de la vida, que alterna en nuestras labores con el españolísimo pino, sin que haya entre estos árboles ninguna distinción.

A fines del siglo XVIII, se copiaban los dibujos de las indianas, pero el realismo verdaderamente abrumador del siglo XIX, que hinchaba los animales con felpilla y copiaba las flores con más colores aún de los naturales, tuvo su boga en las ciudades, sin llegar, afortunadamente, a nuestras aldeas.

Una labor repartida por todo el ámbito peninsular y en la que encontramos variedad de flores, son los dechados; en los antiguos inventarios de las damas figuran desde el siglo XVI—cincuenta tenía Doña Juana la Loca, con toda clase de puntos o dibujos—, hacían estos dechados o muestrarios lo mismo las damas que las aldeanas: todas tenían tiempo para ello y las servía de aprendizaje cuando niñas y de libro de referencia para escoger sus dibujos o puntos cuando hacían su ajuar de boda, la camisa que habían de regalar al novio o algún paño de ofrenda con que honrar a sus difuntos. Los antiguos dechados del siglo XVI no tienen ni fechas, ni nombres, ni letras, los más sencillos sólo constan de puntadas de varias clases; pero los hay también complicados y lujosos, con toda clase de randas, calados, acolchados, puntos de cruz, formando grecas, quirmaldas o pequeños motivos sueltos, entre los que encontramos diversas flores. En el siglo XVIII, las que los hacen, encuentran en ellos un arte y primor y tienen gusto en fecharlos y poner su nombre o bien una dedicatoria. Los que sirven de modelos de letras o abecedarios son mucho más modernos y se puede hacerlos coincidir con la aparición del cañamazo a mediados del siglo XIX, ya no tienen interés para nosotros, puesto que las flores apenas figuran en ellos.

Un bordado muy característico español es el hecho sobre lienzo blanco con lana negra, pero no teñida, sino del color de la oveja; su sede es Salamanca, con motivos vegetales, a veces, muy estilizados, que adornan las camisas, pero se extienden por la sierra central y por Extremadura, llegando hasta Lagartera. Un trabajo aparte merecerían las labores salmantinas; pero sólo he de citar, como muy típico y bello, el dibujo en el que los animales y las flores se enlazan de modo caprichoso, formando una continuidad. También en Extremadura alternan las aves y las pequeñas flores, sueltas, bordadas en sedas de dos tonos en las toallas deshiladas.

Las famosas colchas de confites, muy generales en todo el centro y Norte de España, presentan también flores en su decoración, formando un dibujo concebido en Salamanca, Avila, Segovia, y subiendo hasta Santander; pero en Galicia dan la impresión de florecillas, cuando cuatro o cinco de estos confites o nuditos están tejidos en azul.

No quiero dejar de apuntar algún dato del reparto de las flores en la indumentaria española. Las llevan, naturalmente, aquellas regiones que usan telas en las que las flores van tejidas o estampadas; desde Cataluña, por toda la costa mediterránea, saltando el Estrecho hasta llegar a Huelva, salvo en pequeñas lagunas, se usan, si no brocados, si brocateles o, al menos, sedas rameadas; inútil recordar la importancia de Valencia, que competía con Lyon en la fabricación de estos tejidos. Hay otras regiones que emplean percales o algodones estampados, con dibujo de flores, como Aragón y Andalucía Bética. Los terciopelos picados o labrados, rameados, se usan en regiones muy ricas, como el traje charro, o bien para novias y ceremonias. Pero todas estas telas, aunque adornadas con flores, se apartan de nuestra idea, por ser producto de las fábricas y no tejidas en los telares caseros.

(Continúa en la página 99)



Armaor o justillo del traje regional murciano, ricamente bordado con motivos florales



Chaleco de Almería con flores naturalistas



Paño de ofrenda, de lino bordado en lana, con la paloma de Noé y motivos florales, de influencia salmantina



Delantal alicantino del traje de fiesta

ACTUALIDAD NACIONAL

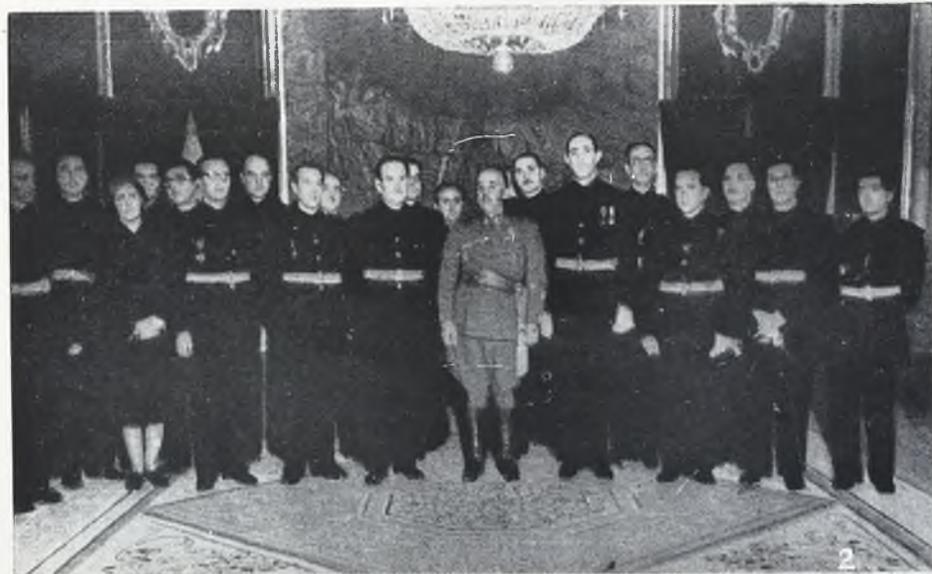


El Caudillo honró con su presencia la brillante ceremonia castrense celebrada últimamente en las gloriosas ruinas del Alcázar toledano, para entregar sus despachos a los nuevos oficiales e imponer los fajines de Estado Mayor a los nuevos diplomados. De este acto reproducimos también la fotografía del General Moscardó, héroe del inmortal recinto, abrazando a su hijo después de imponerle el fajín.





1.—El Ministro Secretario del Partido con los vicesecretarios y delegados nacionales, en su visita al Caudillo en el palacio de El Pardo para felicitarle en su cincuenta cumpleaños



2.—El Caudillo preside la primera reunión de la Junta Política en el palacio de El Pardo

3.—En la Real Academia Española se celebró, presidida por el Caudillo, la solemne sesión de clausura del tercer Pleno anual del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en cuyo acto pronunció un trascendental discurso el ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín

4.—El Ministro Secretario del Partido con el teniente general Muñoz Grandes, al salir de los funerales celebrados en la iglesia de San Francisco el Grande por el alma del capitán Portolés, caído gloriosamente en el frente ruso





El nuevo Embajador del Reich en España, Hans von Moltke, a su llegada a Madrid, y durante su primera entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores, conde de Jordana



El ilustre poeta Adriano del Valle, cuyas últimas obras se han visto laureadas con las más altas distinciones nacionales, que ha sido designado recientemente por la Delegación Nacional de Prensa para la dirección de la gran revista cinematográfica "Primer Plano"



Nuestro camarada Julio Fuertes, veterano periodista del grupo fundador de "Arriba", a quien ha sido encomendada por nuestras jerarquías de la Prensa la dirección de la revista "Mástil"



El camarada Raimundo Fernández Cuesta, Consejero Nacional y miembro de la Junta Política, recién llegado a España después de su larga embajada en Río de Janeiro. Fernández Cuesta continuará su misión diplomática en Roma, como Embajador de España ante el Quirinal. Aparece en esta foto acompañado del Vicesecretario general del Partido, camarada Mora Figueroa, y de nuestro director, José María Alfaro

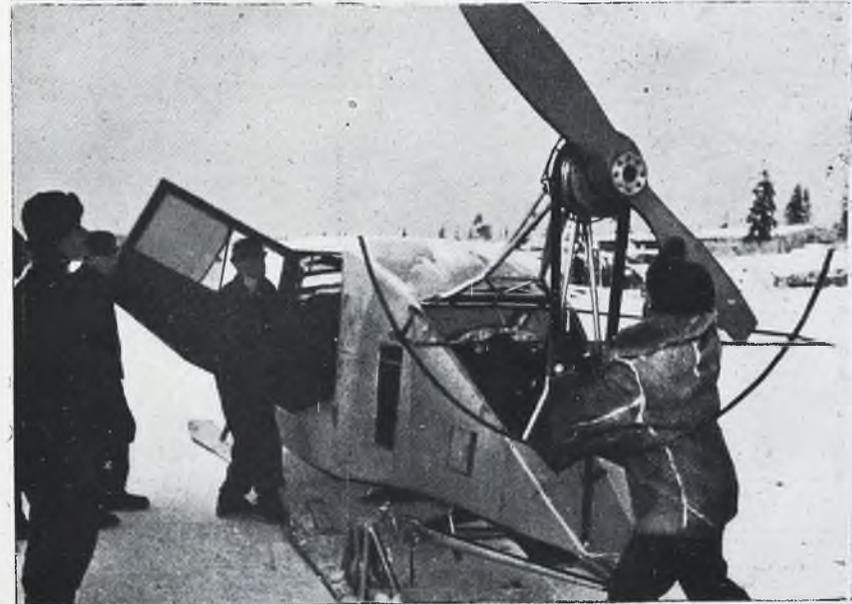


La Falange Femenina ofrece una recepción en honor del teniente general Muñoz Grandes. El teniente general, con Pilar Primo de Rivera, saludan a un oficial de la División Azul mutilado y ciego, que asiste a la fiesta



A L E M A N I A

Nieve en el frente alemán de Rusia. Duro invierno, aliado de las fuerzas soviéticas, que aprovechan la helada coyuntura para el intento de sus desesperadas ofensivas. Sin embargo, este segundo invierno guerrero en las interminables latitudes soviéticas no ha cogido tan de sorpresa a las fuerzas alemanas y a sus aliados. Y los resultados prácticos están bien a la vista: fracasos fundamentales del ejército ruso en todo lo largo del inmenso frente. Estas fotografías invernales nos traen la presencia implacable de los soldados de la civilización en el límite fijado por Europa a la barbarie asiática

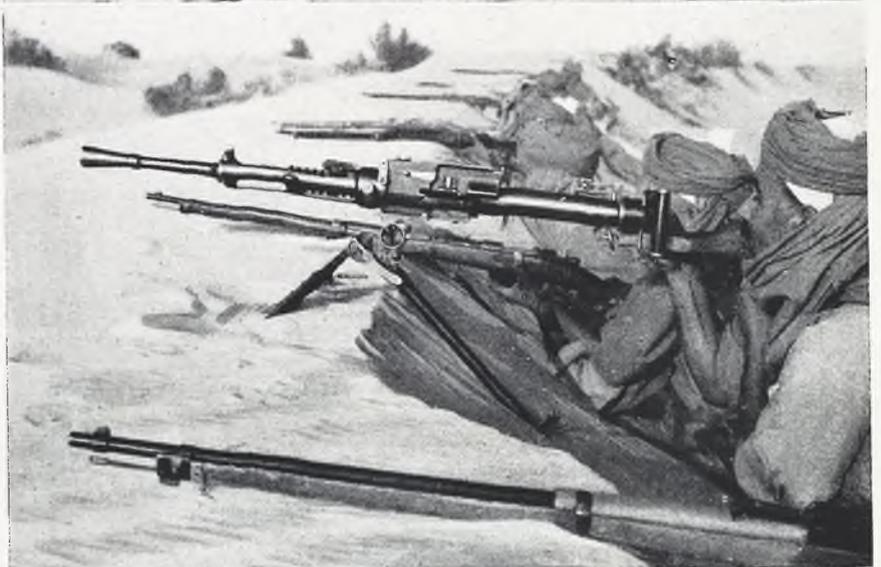




Su Excelencia Francesco Lequio, Real Embajador de Italia en Madrid, fallecido en Roma el 12 de enero último

I T A L I A

Los tres frentes en que combaten las fuerzas de Italia: el mar, el desierto y Rusia. Estas cinco fotografías nos traen, con su dramática belleza, la exacta presencia de la guerra en cada uno de ellos. Artillería y patrullas de fusileros en Libia, con el acierto fotográfico de una película perfecta. La proa de un submarino en crucero de guerra vista desde su torre de mando, y la caballería en Rusia, buena tierra para el militar galope. Al lado de esta última, un desierto donde varias mujeres rusas buscan, entre la bélica escombrera, los restos de sus míseros hogares



LAS FLORES EN LA SAGRADA LITURGIA

(Viene de la página 44)

tísima María Madre y Virgen, que por su hermosura espiritual, fragancia y suavidad, al par que por sus muchas virtudes, es, en el mundo y en el cielo, como la flor de los rosales en los vanales días.» Las rosas, en plural, son los mártires de la primitiva Iglesia, que, con sus angélicos ejemplos, inflamada caridad, odorífera fama y virtud estupenda, decoraron la Iglesia toda, robusteciendo la fe y el espíritu de los pusilánimes, que son los miembros enfermos de la Iglesia.

A las humildes violetas, la flor de loto, jazmines y azucenas, símbolos de los Santos Confesores del olvido de todas las cosas para no ser más que de Cristo, hemos de abandonarlas, para decir que no todas las flores simbolizan las virtudes; los vicios tienen también entre ellas sus representaciones simbólicas. Así, la urente ortiga y las aroideas simbolizan la lujuria; la gula es simbolizada por la drosera; la cólera, por el malvaisco; la impaciencia, por la balsamina; la pereza, por la amapola.

Vamos a terminar estas breves indicaciones sobre las flores en la Sagrada Liturgia con una bella anécdota que en el siglo IX escribiera el monje de Fulda, Walafrido Estrabón, en su poema llamado *Hortulus*, hablándonos de un monje que quería cultivar en su jardín las plantas litúrgicas. «Nos dice el buen monje que cuando entró en el monasterio, encontró el jardín que correspondía a la celda de su antecesor completamente abandonado; sólo había en él zarzas, malezas y hierbas dañinas. La primera labor fué cavar todo el terreno, preparar los surcos y esparcir las semillas; al prepararse a regar se encontró con que el monasterio era tan pobre que no había ni un mal lebrillo para llevar el agua necesaria para regarlas; entonces el monje se decidió a llevar el agua a las plantas valiéndose del hueco que formaba con sus propias manos. Al llegar la primavera, la vegetación se alzó lujuriantemente, compensando las fatigas del industrioso monje. El jardín se transformó en una auténtica guirnalda de flores y hierbas odoríferas. Aquí la hierba luisa y el tomillo, la saevia y el limoncillo, la ruda y la calamina; las borrajas, la malva y la altea. En el techo de la pequeña cabaña, las cucúrbitas extendían sus amplias hojas y sus flores amarillo de oro; los guisantes olorosos se enroscaban ágiles al follaje con sus encapuchadas flores prometiendo abundante cosecha; un ramo de jazmín cargado de flores dejaba caer sus estrellados y odoríferos pétalos cabe el alféizar de su ventana; la rosa roja de los mártires abría sus botones y las violetas escondían sus flores entre las hojas como los Santos Confesores ocultan sus virtudes. El jardín todo cantaba las glorias de Dios; el pobre monje, en medio de tanta maravilla, decía a sus flores las palabras bíblicas: «Floreced como azucenas, despedid fragancia y echad graciosas ramas, entonad cánticos de alabanzas y bendecid al Señor en sus obras» (1). Y sintiéndose feliz, exclamaba con el salmista: «Bienaventurados, ¡oh, Señor!, los que habitan en tu casa, porque ellos te alabarán por los siglos de los siglos» (2).

(1) *Eclesiástico*, XXXIX, 9.

(2) *Salmos* 83, 5.

Folklore de las flores en el adorno español

(Viene de la página 93)

Prescindiendo también de los pañuelos y mantones estampados, para ver más bien el adorno floral bordado o aplicado.

Zamora, no es ya rica, es exuberante en adorno de flores reales y fantásticas, bordadas y sobrepuestas. Sus sayas y rodaos son de una belleza e interés muy particular: Bermillo de Sayago, Carbajales de Alba, toda la Ribera de Valverde, ofrecen ejemplares verdaderamente espléndidos; los hay aplicados de paño o bayeta, sobre la misma tela, o bien de percal; es muy curioso el modo que tienen de hacer esta labor: sobre la falda ponen la tela que quieren aplicar, y en ella van «picando», para formar el dibujo, y luego coserlo. No olvidan de bordar sus delantales con toda clase de flores y ramos, ni las espléndidas camisas, ni los pañuelos. El característico traje de la viuda rica de Toro está, como a su rango corresponde, espléndidamente bordado en motivos florales, con lentejuelas y flequillo de plata, desde las colonias que adornan su cabeza, hasta el zapato. Los cinturones de cuero que llevan los hombres, los bordean con menudas florecillas de colores, y a veces con dedicatorias amorosas.

Naturalmente, Zamora no tiene fronteras cerradas en el adorno de flores; así las encontramos también en León, aunque con colorido menos fuerte, ya que León es un intermedio entre el Oeste o Galicia, y emplea, por tanto, en varios de sus trajes, rico paño sedán, adornado con terciopelo y azabaches.

A Salamanca también baja la decoración floral en el traje, usada bien en los pañuelos de talle, en los manteos, los delantales, las camisas o las medias, dada la enorme variedad de trajes de esta provincia. Y sigue hasta Segovia, pasando por Ávila, donde hay muy bellos ejemplares en camisas y sayas, con aplicaciones, que últimamente se sustituyeron por una simple franja estampada.

Redúcese en Extremadura el motivo de flores a lindísimos estezados, tanto en los chalecos como en las delanteras y fajas masculinas, y de igual trabajo y adorno son las faltriqueras de las mujeres.

En todo el centro y Oeste de España, los hombres llevan con ciertos trajes, y aun con los más burdos, como los de los pastores segovianos y labradores gallegos, la espalda del chaleco de lienzo blanco, con aplicaciones recortadas del paño del traje, con graciosos dibujos de ramos y flores; se explica este lujo, ya que el fuerte sol estival les hace muchas veces llevar la chaqueta o zamarreta al hombro.

Dando un gran salto en diagonal, nos encontramos con otro centro de apogeo de flores bordadas en la incumentaria; cosa bien natural es esto en Murcia, donde las flores crecen múltiples y variadas por todas partes, desde la humilde maceta hasta los cultivados enormes campos, que envían en cientos de banastas su aroma y su belleza a toda España.

Las flores en los reñajos murcianos se reparten en zonas o bandas paralelas, formando guirnaldas; en el «muleño» de paño grana, bordado en lana clara, blanca, la central es más ancha, las flores son grandes y van acompañadas de hojas, que se retuercen y adaptan para rellenar el total del dibujo. Hay otras faldas de seda, bordadas en lentejuelas, así como el delantal y pañuelo de batista que las acompaña y oculta el «armaor» o justillo, que no por eso dejan de bordar en él, primorosamente, siempre motivos florales.

Sin la exuberancia de Murcia, sigue en Alicante el uso de flores en el traje; el hombre tiene chalecos bordados con rosas totalmente realistas, lo mismo que el delantal femenino. Por fin, las flores pasan a las Sierras de Granada y Jaén, desde donde se van difuminando y perdiendo.

Sería muy curioso un análisis de las flores que han tallado, no sólo en los muebles, sino en los instrumentos de uso doméstico, como cucharas y pocillos; pastoriles, colodras, cuernos y bastones; de música, y tantos otros, nuestros pastores y labradores.

LA FLORA EN LA MITOLOGIA

(Viene de la página 58)

Y partamos. Partamos ya. Y al tomar los ojos en despedida, vemos huir allá, hacia el cárdeno círculo de los cielos de octubre, la alegre tropa de Dionisos, o Baco, y su coro enloquecido, que ulula un ¡Evohé! Van el Numen y sus servidores, coronados de yedra y vid. Esa planta sedosa, que da austeridad a la frente, y la otra que otorga los jugos que hacen más dichosa la vida, son las ofrendas antitéticas de Flora al bello genio de la juventud, Dionisos. ¡Evohé! ¡Evohé! Tal es el canto unánime del mundo antiguo, y tal también el que quisiera palpar—¡ah, pero ya no es posible!—en el alma fatigada de este hombre, que sostiene esta pluma.

Flores en la poesía

(Viene de la página 60)

un Polo de Medina, hasta desembocar en los triunfales sonetos de Calderón de la Barca, en *El Príncipe constante*:

Estas que fueron pompa y alegría,

las flores, a la mañana, serán a la tarde ejemplo de las fortunas de los hombres; y hasta las estrellas vendrán a reforzar el mismo símbolo, porque al fin y al cabo,

*flores nocturnas son, aunque tan bellas,
efímeras padecen sus ardores,
que si un día es el siglo de las flores,
una noche es la edad de las estrellas.*

No se pierde este tratamiento del tema a través de toda nuestra poesía posterior. En pleno romanticismo, Carolina Coronado ha de competir con Rioja en pompa poética y en desengaño moral, aun después, en época más realista, Amós de Escalante ha de cantarlas con impecable virtuosismo, y Vicente W. Querol ha de dedicarlas una canción en que retrata sus primores y accidentes en fragante racimo de imágenes y metáforas.

Pero entre estos símbolos de la vida y de la muerte han cabido alegorías menos ineluctables, aunque acaso no menos melancólicas, y una de ellas quiero que cierre esta nota, debida a la gracia del gran poeta olvidado, pero no por mí, Gabriel de Bocángel, que ha de advertir con poética persuasión en esta «metáfora de una rosa a una doncella que había padecido la primera ofensa en el recato»:

*Esa rosa que ves, zagalejo,
y el ave grosera volando picó,
ya no es flor, que a los aires se queja
de verse, aunque rosa, robada y sin flor.*

CARLOS PAU ESPANOL (1857-1937)

(Viene de la página 69)

bor. Son pocas, en cambio, las de alguna mayor extensión (1). Aquellas notas, dispersas en las más impensadas revistas, hacen difícil enterarse al detalle de cuanto Pau escribió. Téngase en cuenta que sus trabajos, como se ha dicho, son sumamente concisos las más veces, y que no sobra en ellos ni una palabra; que, por consiguiente, están repletos de doctrina, porque cada línea encierra un problema o resuelve una cuestión. En una palabra: ¿Qué autor extranjero de los que antes solían venir a España como a país por conquistar, se atrevería a hacerlo hoy? ¿Quién, con sentido de responsabilidad, daría ahora por nueva una especie española sin contar con los trabajos de Pau, de sus discípulos y colaboradores?

He aquí el milagro de Pau. He aquí su "venganza". Creó un herbario, el más importante de España como colección particular. No le dolieron prendas para hacerse con una excelente biblioteca, la más notable colección española privada de libros botánicos. Publicó doscientos trabajos y un sinnúmero de novedades, especies, variedades y nuevas combinaciones nominales. Rehabilitó las creaciones específicas, postergadas, de nuestros botánicos. Creó una escuela, la suya, que acabó con el analfabetismo fitológico de fin de siglo. Y cerró las puertas, definitivamente a los "arrivistas" extranjeros.

Cuanto queda dicho es, en síntesis, lo más sobresaliente de la vida de Pau. Pero serían necesarias muchas páginas para dar a conocer cumplidamente las múltiples facetas de la actividad de este hombre extraordinario, sus viajes por la Península y su exploración de Marruecos, sus creaciones, el anedoctario de su vida, su epistolario... Guárdese buena memoria de él porque es compendio del renacimiento botánico español.

(1) Entre las más importantes mencionaremos las siguientes: *Notas botánicas a la flora española*, I-VI, Broussonet, Cavanilles y Ball como investigadores de la Flora Marroquí (1897); Carta a un botánico, I-IV (1904-1907); *Asso como botánico* (1907); *Notas sueltas sobre la flora matritense*, I-IX, más un apéndice (1915-1929); *Contribución al estudio de la flora de Granada* (1916); *Plantas de Persia y Mesopotamia* (en colaboración con don Carlos Vicioso, 1918); *Nueva contribución al estudio de la flora de Granada* (1922); *Plantas del norte de Yebala, Marruecos* (1924); *Plantas de Almería* (1925).

PRIMAVERA DE FLORES ARABES

(Viene de la página 91)

He aquí el del nenúfar, obra de Abu Bakr ben al-Qutiyya, donde se alude a las semillas negras y a la contracción nocturna de la flor:

*Tiene un cuerpo blanco como plata fundida,
Lleva vestidos blancos del telar de las albercas,
con zaragüelles verdes y cintas verdes.
Se ha friccionado con ámbar
y quedan granos de almizcle entre sus pliegues.
De día es devota entre los devotos,
Pero cuando la noche se acerca,
cuando es la hora de que llegue el amante,
cierra la puerta y dice: Aquí me tienes.*

Y el de la azucena, obra de Idris ben al-Yamani:

*Sutilmente hermoso, descotado,
con la cara de aire inocente,
la camisa le cae, descubriendo los hombros,
como se descubre el ardor del loco amante.
Lleva teñido el turbante de cúrcuma,
y se alza, como un orador silencioso,
sobre una cañavera de alcanfor
que encierra un manantial de aroma.*

Los dos poemas están cargados de esas vagas sugerencias sensoriales y de esa voluptuosa morbidez que caracteriza buena parte de la poesía musulmana.

*

En lo expuesto no se agota, ni con mucho, el tema de la antología. Se podría fácilmente citar más ejemplos, apurar las cuestiones planteadas o abrir calas en nuevas direcciones. Con todo, creo que basta para formarse una idea de la botánica poética de los árabes.

El editor de esta antología, en un libro suyo anterior y muy importante, ha manifestado gran entusiasmo por estos poemas florales arábigoandaluces. Revelan—para él—el exquisito amor que los musulmanes de España sintieron por las flores. Y hasta creo que llega a insinuar que se hallan muy cerca de nuestra concepción del paisaje.

Es muy difícil no asentir a la primera afirmación. Efectivamente, los árabes andaluces, sumamente refinados, amaron las flores y los jardines como todo lo que es bello. Pero la segunda opinión la tengo por exagerada. Si el sentimiento occidental del paisaje, tanto en pintura como en literatura, no fuera invención moderna y se le pudiese encontrar antecedentes, no estarían éstos de seguro en la poesía árabe. Aquel solo y simplísimo endecasílabo de Garcilaso:

el fresco lirio y colorada rosa

se acerca más a nuestra sensibilidad que todas las fantasías florales de que hemos dado muestra.

"Las flores árabes—viene a decir Perés—no dan nunca la sensación de flores de trapo". Y es verdad, en el sentido de que no puede aplicárseles la acepción peyorativa de nuestra expresión "flores de trapo". Pero no lo es si se quiere decir que son flores como las naturales, porque—salvo casos rarísimos—son todo menos eso. Falta la intención, o desfallecen los medios expresivos, de evocar unido el armonioso complejo—forma, color, aroma—que constituye el ser prodigioso de la flor. Cuando se habla del perfume—como algunas veces—se prescinde del color. Y cuando se trata del color y de la forma, se prescinde del perfume para formar joyas, blasones o atauriques, en un mundo mágico donde los colores son distintos y más intensos que los nuestros, o para evocar vagas y mórbidas figuraciones antropomorfas, indecisas y cambiantes casi en cada verso.

¿Me atreveré a decir qué manifestación del arte contemporáneo trae sin querer a mi memoria esta primavera de flores árabes? Para mí no hay duda: las estilizaciones florales arábigoandaluzas están en igual línea, entran en la misma esfera de ese nuevo mundo vegetal que, en sus películas de dibujos animados—sobre todo, en aquella maravillosa *Fantasia de la Primavera*—, ha creado para placer de nuestra época el lápiz prodigioso de Walt Disney.

MIS FLORES

(Viene de la página 11)

Y este premio sublime y silencioso que por su inconsistencia material nadie me discute ni me envidia, me impulsa a enaltecer algunos méritos propios siquiera en esta cándida ocasión, a gloriarme públicamente del apasionado cariño que desde la infancia puse en las flores y que me conduce a conocer lo mismo a las aristocráticas de estufa y selección que a las cimarronas y afortistas, las del aire y del agua, las que se enamoran locamente del sol y las que se despiertan o se duermen solo en la noche, las sensitivas y las venenosas, las amargas y las dulces, así en inagotable procesión, les di un lugar caliente en mi pensamiento y supe de cada una el mito, la leyenda, la magia y el poder; en tanto que ellas me confiaban su indecible secreto, el que se adivina o se intuye por angélica inspiración.

De ellas aprendí que las palabras no sólo tienen un sabor expresivo y rotundo, sino también olor, frescura, rocío, melodía y perfil.

Y con las alas de tales escuchos penetré en los recintos de la Poesía y logré para la inquietud de mi obra literaria ciertos vestigios humildes y deleznable de lo que es eterno y omnipotente en la obra de Dios; algo de la excelsa fragancia que la divinidad otorga a los poetas y a las flores.

EL INSTITUTO BOTÁNICO DE BARCELONA

(Viene de la página 80)

tas que, en la mayoría de los jardines de Europa, deben criar raquíuticos en las estufas.

* * *

El Instituto que se inició como un Departamento de Botánica en el edificio del Parque de la Ciudadela, fué ya considerado como tal Instituto por la Junta de Ciencias Naturales en 1935. Durante el período de guerra hubo de refugiarse en una torre de la calle de San Gervasio, donde pudo conservar y mejorar sus colecciones. En 1941 pudo, por fin, salir de allí para ocupar un edificio municipal en el Parque de Montjuich, precisamente en el área del Jardín Botánico, con lo que se ha conseguido dar mayor cohesión y relieve al conjunto. Gracias a la comprensión y celo del ilustre señor Teniente de Alcalde, Promote de Cultura, doctor don Tomás Carreras y Artau, ha sido posible darle un albergue definitivo donde pueda ir desarrollándose, para prestar buenos servicios a la ciudad y a la Patria. El interés del Municipio barcelonés por las obras de alta cultura merece consignarse con elogio y agradecimiento.

TUBOS

de acero estirado sin soldadura



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCIONES

Babcock & Wilcox

Centrales Térmicas - Grúas y Transportadores - Construcciones Metálicas
Locomotoras y Automotores-Tubos de Acero estirado, soldados y fundidos **BILBAO**